

6
CIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

POUSSAYE

UNA

TRETEMI

P02276

H7

E58

©1945



1020026562



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas

Núm. Autor

Núm. Adq.

Precedencia

Fecha

Clasificac

Catálogo

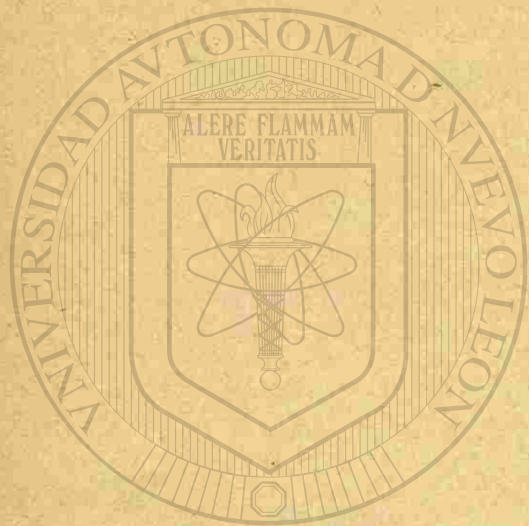
N
H 842 e

30316

- 8 -

669

®



UNA ENTRETENIDA

(LUCÍA)

POR

ARSENIO HOUSSAYE

TRADUCCIÓN DE

EUSEBIO HERAS

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS POR

GASPAR CAMP



BARCELONA

85745

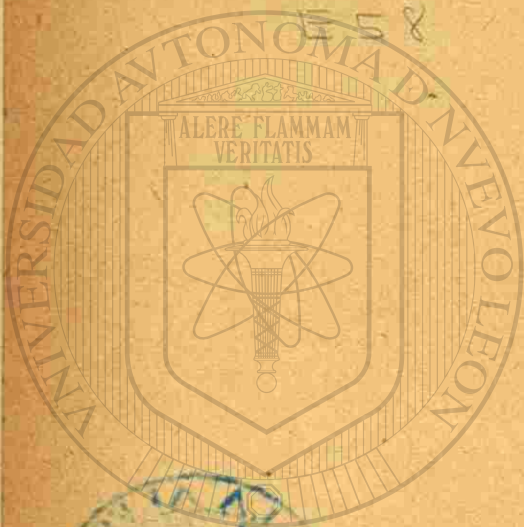
LA EDITORIAL ARTÍSTICA ESPAÑOLA

B. Castellá. — Provenza, 322

1904

30316

843
H. PA 2276
147



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO CÓVARRUBIAS

IMPRENTA BASEDA, a cargo de Domingo Clarasó, Villarreal, 17.

Litografía La Editorial Artística Española.



UNA ENTRETENIDA

LIBRO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

I Ed. 1625 MONTECERMELO

Lo que cuesta un ramillete de cien sueldos.

¿Por qué Gontrán amaba locamente á Lucía? Preguntádselo á Chamfort. ¿Cómo se conocieron? Lo ignoro. Ni ellos mismos lo sabían. Una mañana, al despertar, sintiéronse sorprendidos viéndose juntos.

La madre y la hermana del joven habían tratado en vano de verter una gota de agua bendita en su corazón, un verdadero infierno; Gontrán no juraba más que por Lucía, se presentaba con ella en todas partes, no sólo en los prosencios de los teatrillos, sino también en el Bosque, en americana, en faetón ó en *dog-car*, á menos que se le antojase llevarla en su *cupé*. No temía que le vieran su madre ó su hermana; sin embargo, aun tenía el pudor de no llegar al Bosque sino algo tarde, á la hora de los

enamorados, cuando las calesas de los burgueses vuelven hacia los Campos Eliseos.

Nadie veía con gran inquietud que arrojase el dinero por el balcón. Su padre, que poseía una verdadera fortuna, en haciendas como en papel, podía perder un millón sin disgustarse. Pero hay que advertir que no sabía nada de los desórdenes de su hijo. Estaba enterado de que tenía ciertas amistades, mas no se figuraba que pudiese llegar á la locura. Había echado de ver que vivía en aquella ociosidad parisiense que destruye la bondad de los jóvenes; pero juzgaba que siempre quedaría algo de aquella para la edad de la razón.

Aunque lorenés de origen, el señor Staller era parisiense por su modo de vestir, por sus costumbres, por sus ideas. Le hubiera desolado ver pasar á su hijo codeándose con la juventud sin adorarla; pero condenaba enérgicamente á aquellos muchachos pródigos que hacen una orgía de sus veinte años, que manchan su alma y alteran su virilidad. No quería que el hombre fuese muerto por el joven; pero estaba muy lejos de sospechar que su esposa y su hija llorasen ya ante el espectáculo de los desórdenes de su hijo.

Una noche que la señorita Lucía había cantado algo peor que de costumbre, arrastró á Gontrán á una fiesta que daba una de sus amigas, la Rosemond, apodada Roca Tarpeya. La ilustre comedianta había sido obsequiada con un ramillete que alguien habíala arrojado al escenario; era menester que mostrase aquel ramillete á todo el mundo. Además, ¡es tan fastidioso irse á dormir cuando otros se divierten! Esperaba encontrar allí muchos amigos de uno y otro sexos.

Se bailaba en un salón, se jugaba en otro; la señorita Lucía no se juzgó bastante escotada para bailar; se

sentó descuidadamente ante una mesa de juego, diciendo:

—¡Va mi ramillete!

Habíase jugado un bacará. Pero, á fin de complacer á la Taciturna, que no sabía contar más que hasta nueve, se echaba una partida de sacanete. Había quinientos francos sobre el tapete.

—¡Mis flores contra los quinientos francos!—añadió Lucía.

El conde de Aspremont, un amigo de Gontrán y antiguo amigo de Lucía, tenía la mano.

Miró dos veces á su ex amiga.

—Cedió la mano,—dijo con impertinencia

Juzgaba que la mujer —me equivoco, el ramillete— no valía quinientos francos.

—Y yo,—dijo el vizconde de Harken,—tomo la mano y el ramillete.

Al decir estas palabras, tomó con una mano la de Lucía y con la otra las cartas.

Gontrán tuvo un acceso de celos; pero estaba demasiado bien educado para no sonreír como los demás.

—Bien vale ese ramillete quinientos francos,—dijo Harken, mirando á la actriz.

Púsosele delante, y junto á él un billete de quinientos francos.

Volvió siete ú ocho cartas.

—¡Sacanete!—dijo.—Caballeros, hay mil francos.

—¿Cómo se entiende eso?—dijo un jugador serio.

—Es muy sencillo: quinientos de este billete de banco y otros tantos de este ramillete. Este ramillete no es un billete de banco, pero es un billete á presentación. ¿No es verdad, Lucía, que pagarás á presentación?

—Sí,—dijo Lucía, no queriendo desairar á Harken;

—pagaré á presentación.

Y, ruborizándose como una virgen,
—Pero de sobra sé quién me llevará ese ramillete,
—añadió.

—¿Quién será ese hombre feliz?

—Gontrán.

Harken cedió el puesto.

—Esto se calienta demasiado,—dijo.

Eugenio Marx, un banquero que acababa de obtener un préstamo de Estado, fué quien tomó la mano.

—¡Juego los mil francos!—exclamó Gontrán.

—El ramillete le costará á usted caro,—dijo Eugenio Marx.

Ganó el banquero.

Transcurrió, á partir de aquí, uno de aquellos momentos extraordinarios en que llega á creerse que las cartas están embrujadas.

—¡Juego los dos mil francos!—dijo Gontrán, mitad risueño, mitad furioso.

La señorita Lucía le animó con la mirada; porque él estaba enfrente de ella.

El banquero volvió dos ases.

—¡Cuatro mil francos!—dijo, alzando los ojos hacia Gontrán.

—¡Juego!—exclamó el enamorado.

El banquero volvió dos sotas.

—Las cartas están hechizadas,—dijo la comedianta.

—Sí,—asintió su vecina;—he cortado yo.

Y aquella joven pidió á Eugenio Marx que le permitiera llevar parte en su juego.

—Sí,—díjole él con desdén;—te cedo cinco francos.

El banquero se vió esta vez obligado á volver ocho ó diez cartas; pero ganó también.

—¿Quién juega los diez y seis mil francos?—dijo con aire indiferente.

—Yo,—replicó fríamente Gontrán.

Cuatro cartas después había treinta y dos mil francos.

—Continúe usted,—dijo Gontrán.

El banquero volvió una carta.

—¡Ah! ¡Diablo!—murmuró gravemente.—Esta me hará traición.

Pero la cuarta carta vuelta fué otra igual á aquélla.

—¡Sesenta y tres mil quinientos francos y un ramillete!—pregonó Eugenio Marx, para probar que no estaba conmovido.

—¡Vaya por el ramillete y los sesenta y tres mil quinientos francos!—dijo Gontrán.

—No corras de ese modo tras de tu dinero,—gritóle una jugadora.

—No corre tras de su dinero, sino en pos de mi ramillete,—dijo modestamente la señorita Lucía.

Un violento combate se produjo en el cerebro de Gontrán: si continuaba perdiendo, ¿quién le prestaría, dentro de las veinticuatro horas, los ciento veinte mil francos perdidos? Su madre le había ya dado todos sus ahorros; su hermana, bajo pretexto de que tenía cuadros que comprar, habíale abierto ya su bolsa de mu-chacha. No hay amigos, especialmente entre jugadores, que presten ciento veinte mil francos.

La música no paraba; pero nadie bailaba ya: todo el mundo había acudido á presenciar aquel duelo á ramillete.

Gontrán parecía tranquilo, sonriendo y balanceándose con gracia para ocultar su emoción.

El golpe se hizo esperar, pero el banquero siguió ganando.

Depositó las cartas sobre la mesa, como hombre que se da por satisfecho.

—Supongo,—dijo Gontrán,—que no querrá usted dar á entender que el juego ha acabado.

Eugenio Marx miróle fijamente.

—Supongo que no querrá usted dar á entender que el juego ha de durar hasta la madrugada.

—Pues bien, deme usted el ramillete,—dijo el enamorado.

—¡Oh! ¡De ningún modo!—replicó el banquero con aire caballeresco, para ocultar la alegría que le procuraba su ganancia.

Todo el mundo miraba sin hablar.

—Pues bien,—dijo Gontrán,—¡juego! Todavía le quedan á usted siete ú ocho cartas; acabémoslas.

—Con mucho gusto,—dijo el banquero.

Tornó á coger las cartas y volvió una sota.

—Esta nunca me hizo traición,—dijo.

Y, alzando la cabeza hacia Gontrán,

—¿Quiere usted que lo dejemos? Tengo la seguridad de que volveré una sota.

—Bueno, vuélvala usted,—dijo el enamorado con indiferencia.

Salió un rey.

—Los reyes aparecen como las reinas,—dijo Gontrán, queriendo hacer un chiste político.

El banquero volvió todas las cartas sin hallar rey ni sota. Puso la última sobre la mesa y esperó. Los espectadores contenían el resuello, mirándose unos á otros.

—¡Apuesto por el rey!

—¡Apuesto por la sota!

Todos sentían que era una figura. Veinte mil francos de apuestas cubrieron la mesa.

Gontrán sufría horriblemente. El severo rostro de su padre pasaba por delante de sus ojos; no se atrevía

á mirar á Lucía, porque ella era quien le procuraba aquellas ansiedades.

—Gontrán es un buen jugador,—dijo á su vecino la comediante.—Mírele usted, no ha pestañeado.

—Es que si no sale un rey,—respondió el vecino,—siempre tendrá una dama para consolarse.

Mientras tanto, se había cortado. El banquero volvió á tomar las cartas y mostró una.

—¡Sota!—se oyó exclamation por todas partes.

Y se añadió:

—¡Doscientos cincuenta y seis mil francos!

Eugenio Marx cogió el ramillete y lo tendió á Gontrán.

—Caballero,—le dijo,—aquí tiene usted el ramillete.

—Caballero,—replicó Gontrán con cierto desdén, pero tomando el ramillete,—se lo pagaré á usted.

—¡Vamos, vamos!—dijo la dueña de la casa.—Esos juegos me dan miedo. Tallemos un «humilde bacará» con moderación, y no turbemos los sinsabores de ese «caballero solo».

Gontrán se había acercado al banquero.

—Señor mío, ¿dónde vive usted?

Eugenio Marx le dió su tarjeta.

—Antes de las doce de la mañana iré á llevarle los doscientos cincuenta y seis mil francos.

Las mujeres estaban maravilladas.

—¡Qué modo de correr ese Gontrán!

Se felicitó á Lucía, pero más aún al que había ganado.

—¡Di!—le gritó la que interesara cinco francos en su juego.—¿Te acuerdas de que es mía la mitad?

—¡Oye!—dijole otra.—Ya sabes que yo te he dado la suerte. Mira, si no, este amuleto.

Y le mostraba una manita de coral.

—¡Oye!—exclamó la cuarta.—Es menester que me agradezcas que no tomara yo la mano.

En una palabra, si Eugenio Marx hubiese escuchado á aquellas señoritas, se habría despojado hasta de su dinero.

Gontrán se acercó á Lucía.

—¿Vienes?

—¿Ya?

—Son las cuatro.

—Quiero bailar.

Estas palabras fueron una puñalada para el joven.

—¡Que quieres bailar!

Le ofreció su ramillete.

—¡Ah! ¡Gracias!

Y la comedianta miró la parte baja de éste, cual si esperase encontrar un billete de Banco; pero el puño seguía cubierto con su papel primitivo.

—¿Quieres bailar conmigo, Gontrán?

—No, ya sabes que no bailo; además, he perdido, y tengo que ir á casa.

—Bueno. ¡Adiós!

Gontrán se llevó la mano al corazón.

—¡Adiós!—suspiró.

Lucía tomó por caballero al primer hombre que se le acercó y se puso á bailar con la mayor calma.

Gontrán no podía salir de aquel salón. Miraba con rabia á Lucía.

Esta sintió algún remordimiento y volvió hacia él, sin cuidarse de su bailador.

—Mi pequeño Gontrán, á ver cómo pone usted buena cara á su gata blanca. Has sido muy amable haciendo valer mi ramillete; pero mejor hubieras obrado dándome el dinero que has perdido.

Gontrán, apenas tranquilizado, se indignó y rechazó á Lucía.

—¡Vamos, vamos!—añadió ésta con ojos acariciadores.—He dicho una necedad. Ya sabes que te amo. ¡Qué hermoso es lo que has hecho!

—Pues bien, vente.

—No, puesto que has de ir á tu casa. Mañana te esperaré.

—Mañana es hoy.

—Ve al mediodía.

La señorita Lucía aspiró el aroma del ramillete haciendo una pirueta.

Gontrán se encaminó hacia la salida.

—Después de todo,—dijo, viendo que volvía al salón de baile,—¿por qué no ha de divertirse?

Amábala con rabia y con dulzura.

En el dintel de la puerta, el conde de Aspremont tendió la mano á Gontrán.

—Cuidado,—le dijo;—esa mujer es un abismo color de rosa, pero es un abismo.

II

Retrato de Lucía

En un extremo del saloncito, una entretenida contaba á un repórter la historia de Lucía.

—Has de saber, querido, que no siempre encontró amantes capaces de jugarse una fortuna por un ramillete. «Debutó» con los primeros que se le acercaron. No ha amado más que una vez, pero ésta con pasión.

Y le mostraba una manita de coral.

—¡Oye!—exclamó la cuarta.—Es menester que me agradezcas que no tomara yo la mano.

En una palabra, si Eugenio Marx hubiese escuchado á aquellas señoritas, se habría despojado hasta de su dinero.

Gontrán se acercó á Lucía.

—¿Vienes?

—¿Ya?

—Son las cuatro.

—Quiero bailar.

Estas palabras fueron una puñalada para el joven.

—¡Que quieres bailar!

Le ofreció su ramillete.

—¡Ah! ¡Gracias!

Y la comedianta miró la parte baja de éste, cual si esperase encontrar un billete de Banco; pero el puño seguía cubierto con su papel primitivo.

—¿Quieres bailar conmigo, Gontrán?

—No, ya sabes que no bailo; además, he perdido, y tengo que ir á casa.

—Bueno. ¡Adiós!

Gontrán se llevó la mano al corazón.

—¡Adiós!—suspiró.

Lucía tomó por caballero al primer hombre que se le acercó y se puso á bailar con la mayor calma.

Gontrán no podía salir de aquel salón. Miraba con rabia á Lucía.

Esta sintió algún remordimiento y volvió hacia él, sin cuidarse de su bailador.

—Mi pequeño Gontrán, á ver cómo pone usted buena cara á su gata blanca. Has sido muy amable haciendo valer mi ramillete; pero mejor hubieras obrado dándome el dinero que has perdido.

Gontrán, apenas tranquilizado, se indignó y rechazó á Lucía.

—¡Vamos, vamos!—añadió ésta con ojos acariciadores.—He dicho una necedad. Ya sabes que te amo. ¡Qué hermoso es lo que has hecho!

—Pues bien, vente.

—No, puesto que has de ir á tu casa. Mañana te esperaré.

—Mañana es hoy.

—Ve al mediodía.

La señorita Lucía aspiró el aroma del ramillete haciendo una pirueta.

Gontrán se encaminó hacia la salida.

—Después de todo,—dijo, viendo que volvía al salón de baile,—¿por qué no ha de divertirse?

Amábala con rabia y con dulzura.

En el dintel de la puerta, el conde de Aspremont tendió la mano á Gontrán.

—Cuidado,—le dijo;—esa mujer es un abismo color de rosa, pero es un abismo.

II

Retrato de Lucía

En un extremo del saloncito, una entretenida contaba á un repórter la historia de Lucía.

—Has de saber, querido, que no siempre encontró amantes capaces de jugarse una fortuna por un ramillete. «Debutó» con los primeros que se le acercaron. No ha amado más que una vez, pero ésta con pasión.

Era él un pintor á quien tú conoces, el Rafael de las Madonnas de la Reina Blanca. Le sirvió de modelo en todas formas, de cuerpo y de corazón.

—¿De corazón? ¿Lo tiene acaso?—preguntó el repórter, fingiendo bien la sorpresa.

—No. No lo tiene: es una mala mercancía que se tira al agua para no naufragar. ¡Pero si supieras cuán infeliz ha sido!

—¿Infeliz por qué? ¿Infeliz por quién?

—Su amante no la amó más que un día. Jugaba con sus lágrimas. No vivía ella sirviendo de modelo; pero, en sus celos, no quería que otras mujeres entrasen en el taller. Y él, por divertirse, siempre tenía el taller atestado de hembras. Ya ves...

Palabras eran éstas que decían bien claramente que Gontrán no era el primer amante de Lucía.

Las mujeres galantes son como las naciones, que han tenido gran número de reyes, mas no se acuerdan sino de los tiranos, los únicos á quienes amaran, porque los tuvieron que sufrir.

La señorita Lucía no se dignaba ni aun acordarse de los que no habían reinado más que un día. Ella fué quien, en los bastidores de los Bufos Parisienses, dijo una noche esta frase característica á un hombre que quería recordarle con demasiada insistencia su intimidad de una hora:

—Me pagó usted, caballero, ¿no es así? Pues bien: nada le debo.

Y tenía razón; una mujer no debe nada á un hombre que la ha pagado. Y el que pagó no tiene derecho á recordárselo en público; donde hay dinero no hay buena estrella.

Pero si la señorita Lucía olvidaba tan fácilmente á todos los reyezuelos de la dinastía, se acordaba por



fuerza del que había reinado en ella por derecho de conquista y por derecho de tiranía.

He aquí la historia en cuatro palabras.

Lucía, que nació altiva, había pasado por todas las humildades de la pobreza. Pobreza, no es vicio; pero suele ser madre de todos los vicios.

Pasó Lucía su infancia en un zaquizamí, con una madre enfermiza y con una hermana que no pedía sino en Dios, y que no era otra cosa que su burro de carga. La trataba como á una muñeca á quien se acaricia y á la que se pega, según el humor del día.

Colomba —así llamada por haber nacido el día de Santa Colomba— nunca se quejaba, se sonreía siempre; comprendía ya que la Iglesia es la casa en que Dios protege á los oprimidos; iba con su madre á misa, al mes de María, á todas las fiestas, feliz como si hubiera ido al cielo. Así, cuando Lucía quiso vivir del pecado, Colomba juraba á Dios no vivir sino de la virtud. O, mejor dicho, no juraba, obedecía á su corazón.

La señorita Lucía no había sufrido la misma pena sino rebelándose contra ella sin cesar. Cuando niña, veía que las otras niñas, con trajes de terciopelo y sombreros de plumas, iban á divertirse á los paseos, mientras ella, con su trajecito de indiana agujereado por los codos, había de ocultarse. Se obsequiaba á los otros niños con juguetes maravillosos, muñecas que hablaban y escribían; ella no se atrevía ni á mirarlos, porque su madre le pegaba por su precoz curiosidad. Más adelante, fuéle menester ir á la escuela, siempre mal vestida, atravesando las calles en tiempo de lluvia y con un dedo de nieve, cuando veía pasar á las institutrices que iban á las casas á dar lección á otros niños.

Al cumplir los doce años, su madre la envió á un taller de costurera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

—¡Cómo!—dijose ella muy pronto.—¡Ninguno de estos lindos vestidos será para mí!

Trabajó mal; hasta creo que, en aquellos momentos de orgullo y de cólera, dió algunos tijeretazos en el raso; fué devuelta á su madre, que la llevó á un taller de modista de sombreros.

Sintió los mismos celos al fabricar éstos, que debían hacer lindas con sus flores, sus bordados y sus cordones, á las burguesas que nada tienen que hacer de su belleza y á tantas comediantas como de ella viven. Ni un sombrero hacían aquellas manos de hada que Lucía no se probase; así es que fué apodada *Champiñón*. Ya coqueta como la coquetería, hubiera servido de muestrario con tal de llevar sombreros.

Un día, mejor dicho una noche, tan acostumbrada estaba á probarse los sombreros, que, al marcharse, salió con uno en la cabeza.

Era un adorable nada, compuesto de flores y plumas de las más económicas.

El sombrero estaba destinado á una marquesa enamorada, la cual debía ponérselo aquella noche para ir al concierto de los Campos Eliseos.

Lucía no se creía que aquello fuera tan serio. Aun no se hallaba convencida del papel que los sombreros representan en la vida de las grandes damas.

Cuando la marquesa, cansada de esperar, mandó en busca de su sombrero, no se encontró éste.

—¡Oh Dios mío!—dijo una de las operarias.—Lucía se lo había puesto, y se habrá quedado con él en la cabeza sin darse cuenta de lo que hacía.

Se fué á casa de la joven, la cual aun no estaba en casa.

¿A dónde había ido Lucía con el sombrero de la marquesa. A casa del amante de esta señora.

Creía cobrarse, con el sombrero en la cabeza, de todas sus humillaciones.

¿Cómo conocía al amante de la marquesa? Sencillamente porque, un día que la llevaba un sombrero, había encontrado en la escalera. Las modistas gozan de una virtud proverbial; pero más de una vez se vió caer á un ángel.

Aquel día, Lucía fué libertada; con aire desdenoso sacudió todos los recuerdos de la miseria.

Mas no había olvidado lo que sufriera. La envidia, ese pecado mortal, había herido su corazón y marchitado en germen casi todos los buenos sentimientos que hacen la mujer. Así es que entraba en el mundo con no sé qué de malo y de perverso en el alma. Comenzaba por la venganza, como otras comienzan por el sacrificio. Sentíase celosa de todas las mujeres, no sólo porque podían quitarle los hombres, sino también porque todas tenían su parte de lujo y de dicha, cuando ella había sido tanto tiempo pobre y desdichada.

Por fin le llegó su día, mas no con el amigo de la marquesa, que se había limitado á darle unos pendientes de setenta y cinco francos.

¿Quién podría decir cuántos amantes había tenido?

No hablemos sino de su primer amor.

Cuando empezaba á correr los azares de la galantería, encontró en el Eliseo-Montmartre, en donde figuraba entre las desdeñosas, un joven pintor que buscaba allí modelos de virtud, según su expresión.

Naturalmente, se llevó á la señorita Lucía.

Eugenio Deschamps era uno de aquellos pintores que tienen todas las virtudes del artista, excepto el trabajo. Disponía de ojo y de buena mano; pero no hacía sino esbozos. Cuando un lienzo estaba bocetado, empezaba otro. Hablaba demasiado bien de su arte para no

detenerse á la mitad del camino. Tal vez tenía un ideal en exceso perfecto para llegar nunca á alcanzarle. Todo lo había intentado: desde el paisaje al asunto histórico. Cuando se entraba en su taller, experimentábase sorpresa al ver tanta variedad de tentativas. Pero en los esbozos más afortunados, el discípulo sobreponíase al maestro. Al instante se veía que el joven pintor se obstinaba en la dificultad. Era de aquellos cuyo nacimiento presidieran todas las buenas hadas, excepto aquella que da la Voluntad.

Pero no había que desesperar de él. La juventud le impulsaba á todas las locuras; llegaba tarde al taller; pero tal vez cortara un día esa vida por partida doble, cuyas más hermosas horas dedicanse á las pasiones.

Donde se presentaba era simpático, porque en él se reconocía una verdadera alma de artista. Era, por otra parte, encantador.

Chenavars había dicho de él:

—Cuando no se halle rodeado de veinte mujeres, hará algo con el pincel.

Pero el joven pintor parecía poco amante de la soledad. Bajo pretexto de hacer servir de modelo á las mujeres, continuaba viviendo como en un harem. No porque fuese más depravado que otro cualquiera, sino porque tenía teorías propias. Decía á sus compañeros, mostrándoles las mujeres:

—He ahí mis clásicos. No á los maestros, á la Naturaleza se ha de estudiar.

No había tomado á Lucía sino como á otra cualquiera, creyendo que sería asunto de un día; pero aquello fué una pasión, en él como en ella, sea porque la amase por repercusión, sea porque su rostro le interesara más profundamente que otros. A Lucía le sedujo desde el primer momento el humor, lo imprevisto, la desenvol-

tura del joven pintor. Se sintió en su casa en el taller. En cuanto se halló allí con Deschamps, se encontró rica privándose de todo, porque él no era hombre que diera lo superfluo. Me equivoqué: le daba lo superfluo, puesto que con él tenía amor.

Ella se figuró que aquella hermosa existencia no acabaría. Había soñado con el más elegante de los carruajes para ir al Bosque, con caballos ingleses, con vestidos cortados por Worth, con diamantes para deslumbrar á todas sus rivales. Pero, cogida del brazo de Deschamps, iba alegremente á comer á la taberna, á casa de Dinchau ó á otra parte, bebiendo con el mayor gusto vino de Argenteuil; porque el amor esparce su embriaguez sobre todas las cosas.

Servíale de modelo una hora al día. Por la noche iba con Deschamps á un teatrillo ó al Elíseo-Montmartre, aquí y allá, á la Granja de las Lilas. Veía pasar á su lado muchachas locamente entretenidas sin envidiarlas, sintiendo que el amor era el millonario por excelencia.

Lucía sintióse tan bien en el taller, que le escogió por domicilio. Eugenio Deschamps le hizo ver su belleza, porque ella no se creía tan hermosa.

¡Qué feliz fué para ella aquel tiempo en que Lucía fué feliz!

—¡Oh, cuánto te amo por amarme!—decíale al pintor.

—Me amas porque me amas,—la replicaba él.

Y se abrazaban, y cantaban, y se volvían á abrazar, la canción en el beso y el beso en la canción.

La señorita Lucía era modelo de torso y de expresión; el pintor esbozaba á la vez una Magdalena y una Diana. La joven estaba orgullosa de servir de base para estos dos tipos de belleza.

Hace falta amor en el paisaje, pero también hace falta paisaje en el amor. Los parisienses más parisienses adoptan por marco de su pasión las flores del invernáculo, del balcón ó del tejado. Sin hablar de las estaciones ante la Cascada del Bosque de Bolonia ó del suelo en que crecen las encinas del de San Germán.

No había flores en el taller, pero Lucía llevaba todos los días un ramillete; porque transcurría la primavera.

Cierto día, que apareció con una ramita de espino blanco, Eugenio Deschamps tiró sus pinceles y dijo á gritos que quería correr por montes y llanuras. Había nacido cerca del bosque de Compiègne. Quiso aspirar una bocanada de aire natal. Llevó á Lucía á Pierrefonds. Era antes de la inauguración de la temporada de baños; así es, que se encontraron solos en plena naturaleza, en aquellos admirables paisajes en que había de todo: bosque, lago, montaña, hondonada, viejo castillo, y, para acabar antes, todas las demás elocuencias de la naturaleza.

Lucía se sintió más feliz que en París. Todas las maravillas agrestes embriagáronla en Pierrefonds. Nunca se levantaba bastante temprano, nunca se iba á la cama bastante tarde.

—Me admiro,—decía alegremente,—de no tener hojas en las manos y en la cabeza; tan bien plantada me encuentro aquí.

Permanecieron seis semanas, olvidados de todo, en el campo, saboreando aquellos días felices. La alegría amorosa tuvo allí su cenit.

Cuando regresaron á París, parecióles que despertaban de un bello sueño.

Lucía se había creído, ya lo dijimos, que la pasión aquélla nunca acabaría. No sabía que la dicha no se encuentra aquí y allá sino para hacer la vida más

triste, como la luz artificial, que no alumbra más que de noche.

Eugenio Deschamps dijo un día á la joven que había dado cita á otra modelo, algo más delgada; porque Lucía no era perfecta.

La muchacha se indignó, juró que arrojaría á la mujer aquélla por la ventana del taller, amenazó con ir á servir de modelo á otros pintores.

—Ve,—dijole Deschamps, á quien no gustaban mucho los amores eternos.

Lucía lloró, recogió sus trapos, é hizo ademán de marcharse. En aquel momento entraba la otra.

—¡No me voy!—exclamó, deteniéndose á dos pasos de la puerta.

El artista se echó á reír para acabar con aquella escena sentimental; pero no concluyó con las lágrimas y las furias de Lucía. Ésta llegó á imponerse. Acarició el cabello de la recién llegada, quedándose con algunos pelos en las manos; pelos que arrojó al rostro del pintor, que hubo de emplear la fuerza para hacerse respetar de su querida.

Durante tres meses, se repitió la misma escena en el taller y en otras partes. Cuanto más desligábase el pintor, más se encadenaba la joven. Lágrimas, palideces, desesperación; tal fué el trágico fin. Lucía experimentó las miserias todas de la pasión.

Hubiera querido arrancarse el corazón, hubiera querido morir... hasta el día en que se resignó á vivir sin corazón.

Aquel día, habíasele ofrecido hacerla debutar en una obra de magia.

Y aquél fué su primer paso en su nueva carrera.

—Represento una diosa,—dijo con orgullo.—Me vengaré poniendo á todo el mundo á mis pies.

Juzgó que la verdadera voluptuosidad estaba en la traición, más bien que en el amor. Hacer la dicha de un hombre cuando otro sufre, fué, en lo sucesivo, para ella, la felicidad de la mujer.

Tuvo, no se sabe por qué, toda una serie de adoradores. Quebrantada por la primera pasión, pos-ía el fatal encanto de las mujeres que amaran. Y además era linda en ciertos momentos, pues sabía acicalarse y hablar con los ojos.

Jugó el todo por el todo. Con su primer luis compró guantes y un abanico, botinas con el segundo, con el tercero alquiló un vestido, fué al Bosque con el cuarto, y con el quinto comió en el Molino-Rojo.

No tenía los prejuicios de la constancia; decía, con el filósofo:

—Ser infiel al amante, es ser fiel al amor.

Si entró en el teatro, ella á quien daba miedo la ortografía, no fué por amor al arte, sino porque todo pedestal es bueno, y el de las tablas el mejor. Cuando se desea dividir la belleza en acciores, el teatro procura muchos accionistas.

Gontrán Staller fué un accionista especial.

Una noche que no tenía qué hacer, tuvo la desgracia de entrar en los Bufos-Parisienses. Lucía estaba hechicera aquella noche. ¡Cantaba mal, pero con tan bella boca!...

Sabía Gontrán que los bastidores de los Bufos no son un lugar vedado como los jardines de las Hespérides; había comido con Offembach, quien llamó á la puerta del cuarto de Lucía. Llamad y se os abrirá. El cordero entró en la caverna del lobo. Los dientes de Lucía no le parecieron demasiado agudos.

La comedianta se hizo la virtuosa. Pero, acabado el espectáculo, sacrificó su amante de la vispera. Era

éste un joven diplomático, el cual la había enviado su carruaje con un billete maravillosamente lacrado.

Subió á él con Gontrán riendo de la mejor gana.

—¡Cómo va á gozar el vizconde!—dijo entre dos carcajadas.

Y añadió gravemente:

—Esto me dará cierta originalidad.

Hay en el mundo mujeres que vengan así á todos sus semejantes. La comedianta había tomado irrevocablemente este papel en la vida privada. Y decía:

—En el teatro juego con las mujeres; fuera del teatro juego con los hombres.

Tenía algunos buenos cuartos de hora para Gontrán, porque éste se parecía vagamente al hombre objeto de su primer amor.

—Pero ya no es aquello,—decía.—Gontrán es demasiado bueno para que le ame hasta llorar por él.

III

Un padre romano

Gontrán Staller volvió á su casa pensando en el ramillete de Lucía y en los doscientos cincuenta y seis mil francos que había de pagar aquel mismo día.

El padre de Gontrán se había levantado á las cinco de la mañana.

Debía marchar por el primer tren á Beauvais, en donde tenía un proceso inquietante, proceso de reivindicación por un bosque; había pagado demasiado pronto, antes del plazo legal, dejando el dinero en manos de

Juzgó que la verdadera voluptuosidad estaba en la traición, más bien que en el amor. Hacer la dicha de un hombre cuando otro sufre, fué, en lo sucesivo, para ella, la felicidad de la mujer.

Tuvo, no se sabe por qué, toda una serie de adoradores. Quebrantada por la primera pasión, poseía el fatal encanto de las mujeres que aman. Y además era linda en ciertos momentos, pues sabía acicalarse y hablar con los ojos.

Jugó el todo por el todo. Con su primer luis compró guantes y un abanico, botinas con el segundo, con el tercero alquiló un vestido, fué al Bosque con el cuarto, y con el quinto comió en el Molino-Rojo.

No tenía los prejuicios de la constancia; decía, con el filósofo:

—Ser infiel al amante, es ser fiel al amor.

Si entró en el teatro, ella á quien daba miedo la ortografía, no fué por amor al arte, sino porque todo pedestal es bueno, y el de las tablas el mejor. Cuando se desea dividir la belleza en acciores, el teatro procura muchos accionistas.

Gontrán Staller fué un accionista especial.

Una noche que no tenía qué hacer, tuvo la desgracia de entrar en los Bufos-Parisienses. Lucía estaba hechicera aquella noche. ¡Cantaba mal, pero con tan bella boca!...

Sabía Gontrán que los bastidores de los Bufos no son un lugar vedado como los jardines de las Hespérides; había comido con Offembach, quien llamó á la puerta del cuarto de Lucía. Llamad y se os abrirá. El cordero entró en la caverna del lobo. Los dientes de Lucía no le parecieron demasiado agudos.

La comedianta se hizo la virtuosa. Pero, acabado el espectáculo, sacrificó su amante de la vispera. Era

éste un joven diplomático, el cual la había enviado su carruaje con un billete maravillosamente lacrado.

Subió á él con Gontrán riendo de la mejor gana.

—¡Cómo va á gozar el vizconde!—dijo entre dos carcajadas.

Y añadió gravemente:

—Esto me dará cierta originalidad.

Hay en el mundo mujeres que vengan así á todos sus semejantes. La comedianta había tomado irrevocablemente este papel en la vida privada. Y decía:

—En el teatro juego con las mujeres; fuera del teatro juego con los hombres.

Tenía algunos buenos cuartos de hora para Gontrán, porque éste se parecía vagamente al hombre objeto de su primer amor.

—Pero ya no es aquello,—decía.—Gontrán es demasiado bueno para que le ame hasta llorar por él.

III

Un padre romano

Gontrán Staller volvió á su casa pensando en el ramillete de Lucía y en los doscientos cincuenta y seis mil francos que había de pagar aquel mismo día.

El padre de Gontrán se había levantado á las cinco de la mañana.

Debía marchar por el primer tren á Beauvais, en donde tenía un proceso inquietante, proceso de reivindicación por un bosque; había pagado demasiado pronto, antes del plazo legal, dejando el dinero en manos de

un galante hombre; pero este galante hombre tenía hijos, y como el consejo de familia le amenazase con sus derechos absolutos, todo desolado, el galante hombre tuvo que pagar á su vez; y su fortuna personal no representaba un desayuno para la justicia.

Menester es que la justicia almuerce: la más recta de todas las mujeres es la que más come.

Contrán fué derechamente al gabinete de su padre, sabedor de que éste había de partir.

Abrió la puerta y trató de hablar; no le fué posible pronunciar una palabra.

El padre se había vuelto; aun cuando la habitación estuviese sólo alumbrada por un pequeño candelero de dos brazos, vió la palidez de su hijo.

—¿Qué tienes, Contrán?—le preguntó.

—Nada, padre mío. Nada.

Contrán no dijo más.

Sus piernas flaqueaban, la sangre se agolpaba en su cabeza.

—Mal haces, hijo mío, en retirarte tan tarde. Banquetea, baila, ríe, puesto que tienes veinte años; pero duerme de noche. Los gatos son los únicos que duermen de día; y yo nunca vi gatos que hicieran nada de provecho.

—Tiene usted razón, padre mío; pero, como usted sabe, de noche, nunca se mira la hora que es.

—Y se hace mal. Si yo, por ejemplo, no hubiese mirado la hora, no estaría dispuesto á marchar. Y si el tren se me fuera, perdería mi pleito; porque, no olvides estas palabras: los abogados mejores son los que utilizan las ideas de sus clientes. Adiós, hijo mío. Vas á acostarte á la hora que yo me levanto: no tomes esta costumbre.

El padre se inclinó para abrazar á su hijo.

—¿Estás enfermo?—le preguntó al verle más de cerca.

—No, padre mío.

Hubo un silencio. El padre interrogaba al hijo; el hijo no sabía cómo confesarse: veía ya obscurecerse hasta el dolor el grave y dulce rostro del señor Staller; conocía las inquietudes de su padre por aquel considerable pleito; decirle que había perdido jugando, ¿no era desanimarle, no era turbarle, cuando tanta tranquilidad necesitaba para llevar á cabo su defensa?

En la tragedia del juego hay unidad de tiempo: se paga la deuda el mismo día, puesto que siempre es después de media noche cuando se pierde la última puesta.

El padre abrazó á su hijo.

—¡Adiós, pues! Abraza de mi parte á tu hermana, pues no la quiero despertar. Si esta noche recibes un telegrama, señal de que habré ganado el pleito, á menos que el juicio se aplace. Naturalmente, no os enviaré telegrama alguno para comunicarnos una mala noticia.

—¡Una mala noticia!—murmuró Contrán.—Yo te la he de dar.

Del choque de las palabras brotan con frecuencia las ideas; cuando las acciones no hacen nacer las ideas, éstas son las que traen las acciones.

Las palabras «mala noticia» decidieron á Contrán á hablar.

—¡Una mala noticia!... ¡Habla!—dijole su padre.

—He jugado...

—¿Has jugado? ¡Pobre hijo mío!

El padre estrechó la mano del joven.

—¿Y es la primera vez?

—Sí, padre mío.

—Pues bien: ahí tienes la llave. Toma, es la llave de mi caja.

Gontrán respiró.

—Padre mío, he perdido mucho...

—¡Chito! ¿No tienes la llave?

El joven se lanzó en brazos de su padre y rompió en sollozos.

—Oye,—dijo el señor Staller;—te amo demasiado para predicarte moral: Pero no olvides esto: hay un grabado de Alberto Durer que representa los pecados capitales. ¿Sabes cuántos hay?

—Siete,—dijo Gontrán, sin saber claramente lo que respondía.

—Pues hay ocho, porque Alberto Durer grabó uno más terrible que todos los demás; y este último es ¡EL JUEGO!

IV

Noche de fiebre, día de fiebre.

Gontrán pidió á su padre, como un favor, que le permitiese acompañarle á la estación.

Se habló de política, de agricultura; ni una palabra más se dijo acerca del juego.

Gontrán era tan feliz, que quiso hablar á Lucía de su dicha.

Pero ¿habría vuelto la joven á su casa?

Mandó al cochero que le llevase á la calle de Helder; aquél era casi su camino.

Miró los balcones, no vió ninguna luz.

—Sin duda bailan y juegan todavía,—se dijo.

Hízose conducir á casa de la Roca Tarpeya.

No había ya sino heridos y moribundos en el campo de batalla. Todos habían hecho sus asientos en las cuentas del juego y del amor.

El joven buscó con los ojos antes de interrogar; no vió á Lucía.

Preguntó.

—Tu linda amiga,—le dijo la Rosemond,—ha huído con un pájaro extranjero. Lo cual es muy natural: tú has perdido, es menester que ella gane.

Tales palabras hicieron en el joven el efecto de una puñalada.

—¡Eso no es verdad!—dijo.—Seguro estoy de que la encontraré en su casa.

Los amantes ocultan las traiciones de sus queridas con la misma solicitud que si les cubrieran la espalda ó el seno.

Volvió á pasar por la calle de Helder. Aun no se veía ninguna luz. Sin embargo, amanecía. Llamó y subió á casa de la comediante.

Pero en vano. Volvió á bajar furioso y desolado.

—¡Esto es odioso!—dijo.—¡Cuando pienso que aquel ramillete que me ha costado tan caro puede estar ahora en manos de otro!... ¡Cuando pienso que todas mis angustias no han llegado, no diré á su corazón, ni aun á su cerebro!...

Gontrán Staller subió de nuevo á su coche, diciéndose que bastaba ya de juego, y que bastaba ya de amor. Se prometió no dejarse coger ya en el infierno de las cartas y de las mujeres.

El cochero, impaciente ya por haber dado tantas vueltas y revueltas, esperaba á que se le dijese qué camino había de seguir.

—¡Al hotel!—le gritó el joven.

Mas, apenas el caballo había vuelto á tomar su trote

Gontrán respiró.

—Padre mío, he perdido mucho...

—¡Chito! ¿No tienes la llave?

El joven se lanzó en brazos de su padre y rompió en sollozos.

—Oye,—dijo el señor Staller;—te amo demasiado para predicarte moral: Pero no olvides esto: hay un grabado de Alberto Durer que representa los pecados capitales. ¿Sabes cuántos hay?

—Siete,—dijo Gontrán, sin saber claramente lo que respondía.

—Pues hay ocho, porque Alberto Durer grabó uno más terrible que todos los demás; y este último es ¡EL JUEGO!

IV

Noche de fiebre, día de fiebre.

Gontrán pidió á su padre, como un favor, que le permitiese acompañarle á la estación.

Se habló de política, de agricultura; ni una palabra más se dijo acerca del juego.

Gontrán era tan feliz, que quiso hablar á Lucía de su dicha.

Pero ¿habría vuelto la joven á su casa?

Mandó al cochero que le llevase á la calle de Helder; aquél era casi su camino.

Miró los balcones, no vió ninguna luz.

—Sin duda bailan y juegan todavía,—se dijo.

Hízose conducir á casa de la Roca Tarpeya.

No había ya sino heridos y moribundos en el campo de batalla. Todos habían hecho sus asientos en las cuentas del juego y del amor.

El joven buscó con los ojos antes de interrogar; no vió á Lucía.

Preguntó.

—Tu linda amiga,—le dijo la Rosemond,—ha huído con un pájaro extranjero. Lo cual es muy natural: tú has perdido, es menester que ella gane.

Tales palabras hicieron en el joven el efecto de una puñalada.

—¡Eso no es verdad!—dijo.—Seguro estoy de que la encontraré en su casa.

Los amantes ocultan las traiciones de sus queridas con la misma solicitud que si les cubrieran la espalda ó el seno.

Volvió á pasar por la calle de Helder. Aun no se veía ninguna luz. Sin embargo, amanecía. Llamó y subió á casa de la comediante.

Pero en vano. Volvió á bajar furioso y desolado.

—¡Esto es odioso!—dijo.—¡Cuando pienso que aquel ramillete que me ha costado tan caro puede estar ahora en manos de otro!... ¡Cuando pienso que todas mis angustias no han llegado, no diré á su corazón, ni aun á su cerebro!...

Gontrán Staller subió de nuevo á su coche, diciéndose que bastaba ya de juego, y que bastaba ya de amor. Se prometió no dejarse coger ya en el infierno de las cartas y de las mujeres.

El cochero, impaciente ya por haber dado tantas vueltas y revueltas, esperaba á que se le dijese qué camino había de seguir.

—¡Al hotel!—le gritó el joven.

Mas, apenas el caballo había vuelto á tomar su trote

matinal, es decir, el trote largo, Gontrán cambió de idea.

—¡Al Bosque de Bolonia!—ordenó.

Recordó que aquellas damas tenían la costumbre, los días de gran fiesta nocturna, de ir á tomar leche al Prado Catalán, bajo pretexto de ver aparecer la aurora; porque han conservado algo de las costumbres de la edad de oro. Si tanto aman los ramilletes es por amor á la naturaleza; las perlas y los diamantes no representan sino las lágrimas de la mañana sobre las rosas y el césped; no falta más que un Virgilio á estas Bucólicas del siglo diez y nueve.

Pero ¿y si encontraba á su querida en compañía del extranjero? Bueno, pues se la quitaría. Cuando se comete la locura de dar por un ramillete doscientos cincuenta y seis mil francos, se puede muy bien cometer la de batirse en desafío.

Y, para ocultarse á sí mismo la vileza de perseguir á una mujer tan indigna de su corazón, se dijo:

—No es á ella, es mi ramillete lo que yo busco.

El Bosque de Bolonia está desconocido por las mañanas, al salir el sol, los días de invierno; no se oye allí el solo del ruiseñor, ni el dúo de las tórtolas, ni el trío de los mirlos. Romeo enamorado, es un perseguidor que corre tras de Julieta, su hembra, bajo los abetos, los únicos árboles misteriosos durante la estación de las nieves. Aquí y allá, bajas las cortinas de las portezuelas, pasa un coche; no penetremos en la vida privada: tren de placer, pequeña velocidad; es un hombre serio que se cree de vena. Pasa un carruaje perfectamente velado; es una cortesana que ha tenido cena en compañía, y que no quiere acostarse tan temprano. Con ella va un amante semidormido, á quien no conoce; harán conocimiento, y en cuanto se conozcan, cada cual se irá por su lado.

¿Quién vive? Uno que ya á pie, con una cuerda en la mano, y busca un árbol; pero ¿cuántas veces se vuelve sin haber encontrado una rama de su gusto para ahorcarse? Otro va á interrogar al agua del lago: le parece que está demasiado fría. El Bosque es, por la mañana, un sitio muy alegre.

Gontrán Staller le atravesó con la desesperación en el alma.

Se detuvo en la lechería del Prado Catalán; allí se topó á dos amantes sin pareja, que encontraban la leche amarga; habían sido abandonadas hacia el Arco del Triunfo, por dos maridos americanos que, por sus criados, si no por sus mujeres, habían querido retirarse antes del amanecer.

—Por lo que veo, os gusta mucho la leche,—díjolas Gontrán.

—No tal,—replicó una de ellas.—Pero esta noche lo hemos perdido todo, hasta el honor; no nos queda lo suficiente para almorzar en Madrid, y allí no tenemos crédito.

—¿Es que algunas de esas damas han ido á almorzar al hotel de Madrid?

—Sí, la de usted, con la Torre del Peligro y la Treinta y Seis Virtudes.

—¿Solas?

—¡Vaya una pregunta! Cada cual con su hombre.

Gontrán juzgó que era más disimulado entrar en el hotel con dos mujeres que presentarse solo.

—Pues bien,—dijo,—veníos á almorzar á Madrid.

Las dos mujeres echáronse en sus brazos.

Entraron en la fonda armando gran ruido.

En la ventana aparecieron al propio tiempo las cabezas de las tres cómicas.

—¡Gontrán!—gritaron.—¡Cómo! ¡Con mujeres!

Aun cuando Lucía se ocultara inmediatamente, Gontrán pudo ver que tenía el ramillete en la mano.

—¡Subid!—gritó Treinta y Seis Virtudes.—Donde hay sitio para seis, lo hay también para nueve.

—Sí, voy á subir,—dijo entre dientes Gontrán, presa de la cólera y de los celos.

Subió; las dos mujéres le siguieron.

Encontró á la señorita Lucía sentada ante el piano.

—¿Ensayá usted?—le dijo con voz glacial.

—Sí,—contestó ella.—Ya sabes que he de cantar ciertas coplas...

—Pues bien: no hace falta cantar las coplas ésas; va usted á salir de aquí y á venirse conmigo.

—¡De ningún modo! ¡Vaya una alegre manera de despertar!

Gontrán asió á Lucía, la levantó en vilo y trató de llevársela.

Ella gritó.

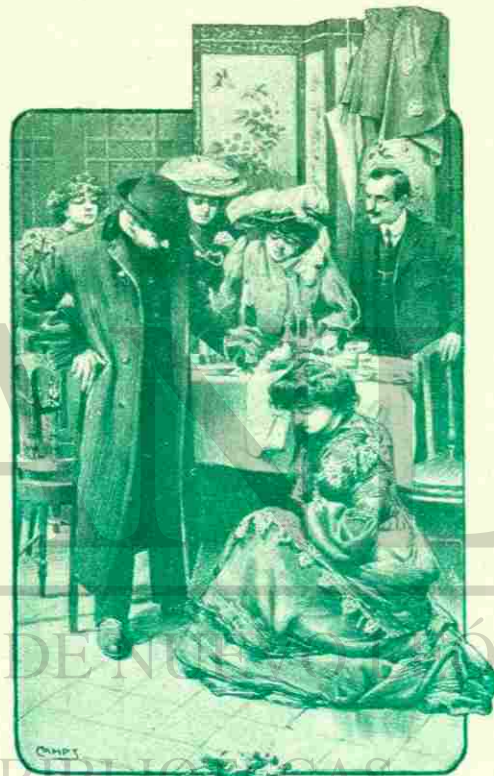
Al oír aquel grito de inocencia, el extranjero que acompañaba á la joven se plantó delante de Gontrán.

—Caballero, le prohibo á usted que toque á esa mujer.

El amante estaba exasperado; cogió el ramillete y golpeó con él en el rostro al extranjero.

Cuando las mujeres tienen hambre, tratan de arreglar todos los asuntos que pueden impedir la celebración del banquete. Así es, que aquél fué un espectáculo conmovedor; todas se lanzaron entre ambos rivales, acariciándoles con las manos, con la voz y con la mirada. Hasta la misma señorita Lucía tuvo una mano para su amante y otra para el extranjero. Pero era ya demasiado tarde.

El extranjero quería vengarse del golpe, Gontrán quería matar á su rival. Como no había allí más que dos



testigos, convínose en que se batirían al día siguiente, ea un jardín del Parque de los Príncipes.

—Y ahora ¡a almorzar!—gritó el extranjero.

—¡Adiós!—dijo Gontrán, saludando á todo el mundo.

Se figuraba que su querida le seguiría; pero se limitó á decirle adiós con un airecillo natural.

Reapareció su vileza, dió un paso hacia la joven.

Ésta, que temió una escena sentimental, se echó de beber.

—¡Adiós!—dijo á su vez.

Él se marchó.

Me parece que, si hubiera tenido una cuerda en el bolsillo, habríale parecido que todos los árboles del Bosque de Bolonia eran buenos para ahorcarse.

En estas terribles crisis de la juventud, cuando uno no se mata, llora.

—¡La amaba tanto!...—dijo.

Lo que había de más triste, es que aun la amaba.

V

Del dinero al amor

Aunque Gontrán Staller no pensaba sino en Lucía y en su desafío, tampoco olvidaba su deuda.

De regreso en su casa, antes de hacer algunos ejercicios con el florete, entró en el despacho de su padre con la vaga inquietud de saber si encontraría en dinero contante los doscientos cincuenta y seis mil francos. Sabía que su padre, con frecuencia ausente, no salía nun-

testigos, convínose en que se batirían al día siguiente, ea un jardín del Parque de los Príncipes.

—Y ahora ¡a almorzar!—gritó el extranjero.

—¡Adiós!—dijo Gontrán, saludando á todo el mundo.

Se figuraba que su querida le seguiría; pero se limitó á decirle adiós con un airecillo natural.

Reapareció su vileza, dió un paso hacia la joven.

Ésta, que temió una escena sentimental, se echó de beber.

—¡Adiós!—dijo á su vez.

Él se marchó.

Me parece que, si hubiera tenido una cuerda en el bolsillo, habríale parecido que todos los árboles del Bosque de Bolonia eran buenos para ahorcarse.

En estas terribles crisis de la juventud, cuando uno no se mata, llora.

—¡La amaba tanto!...—dijo.

Lo que había de más triste, es que aun la amaba.

V

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Del dinero al amor

Aunque Gontrán Staller no pensaba sino en Lucía y en su desafío, tampoco olvidaba su deuda.

De regreso en su casa, antes de hacer algunos ejercicios con el florete, entró en el despacho de su padre con la vaga inquietud de saber si encontraría en dinero contante los doscientos cincuenta y seis mil francos. Sabía que su padre, con frecuencia ausente, no salía nun-

ca de París sin dejar un talón de cien mil francos contra el Banco, á fin de que la señora Staller no se encontrase en un apuro. Abrió la caja, apodada en la casa el armario de las alhajas, y que no era la horrible caja de hierro bronceado que casi hace odiar el oro; ésta se hallaba revestida de madera de ébano tallado al estilo griego, con garras de león de plata. La cerradura era de secreto, que él sabía, como lo conocía su madre.

Cuando abrió la puerta del cuarto, lo primero que vió fué á su padre en fotografía, un pequeño retrato dejado allí por descuido, y que en cualquiera otra circunstancia no hubiera llamado su atención; lo tomó, lo besó, acercóse á la ventana para mejor verlo.

Estaba acostumbrado, desde su infancia, á considerar á su padre como una severa figura que ocultaba su corazón; experimentaba en su presencia no sé qué respeto mezclado de miedo; le parecía que el señor Staller no le miraba nunca sino como una conciencia rígida que siempre tiene algo que reprochar. Así son muchos hijos; les da miedo su padre, y no osan desarmarle con la expansión. Es que no lo conocen. Voluntariamente se espantan ante aquella severidad toda de bondad y de indulgencia, que perdona siempre. Se figuran que aquel tribunal de primera instancia y de apelación está instituido por Dios para no hacer justicia; y, si el padre es injusto, lo es porque nunca condena.

El retrato del señor Staller fué una revelación para su hijo. Le encontró una expresión de bondad profunda que hasta entonces no había visto. Así es que no pudo menos de decir:

—¿En qué pensaba entonces mi padre?

¡Dios mío! Pensaba en su hijo. Pensaba que era bello, que era inteligente, que tenía las varoniles virtudes de su familia; que llevaría sin fausto, mas no sin or-

gullo, el nombre de Staller, que era ya una herencia. No toda la nobleza se halla inscrita en la sala de las Cruzadas. Dos Staller habían muerto en las grandes batallas de 1793, cuando la patria estaba en peligro. Un individuo de esta familia labró por vez primera una tierra infecunda, hoy toda cubierta de sembrados; otro creó una de las más bellas colonias africanas. Los Staller no merecían la cruz, como el personaje de comedia, por haber hecho su fortuna; pero la merecían por haber hecho la fortuna de los demás.

El señor Staller, último del nombre antes de nacer su hijo, podía decir lo que Montesquieu:

«Soy un buen ciudadano; pero lo hubiera sido igualmente en cualquiera otro país. No quise hacer mi fortuna siendo cortesano; pensé en hacerla dando valor á mi tierra, para que me viniese más directamente de Dios.»

Contrán volvió al armario de las alhajas; encontró en un cajón el famoso bono contra el Banco, que era efectivamente de cien mil francos; encontró también cien mil francos en rosados billetes de á cinco mil; pero esto fué todo. Verdad es que había algunos puñados de oro y varios cartuchos de á mil francos; pero el joven vió bien pronto que con aquello no podría completar la deuda.

¿Qué haría, él que era tan altivo?

Se resignó á no llevar más que doscientos mil francos. Después de todo, no era esto un grano de anís; su acreedor no se negaría, sin duda alguna, á esperar para los cincuenta y seis mil francos restantes; tal vez se contentara con un pagaré á larga fecha, que permitiría al hijo no pedir al padre más dinero.

Eran las doce en punto de la mañana cuando Contrán llevó los doscientos mil francos al banquero.

Lo encontró en la cama.

—Es la primera vez,—dijo,—que el dinero me viene durmiendo.

—No le traigo á usted más que doscientos mil francos.

—Soy buen príncipe; me dará usted el resto uno de estos días. Ya sabe usted, querido, que el dinero del juego es dinero contante; yo mismo he perdido mucho este invierno.

Gontrán sabía muy bien que aquello no era verdad. El banquero quería hacer una operación de bolsa con su dinero; necesitaba hasta el último billete de mil francos, hasta el último soldado para aquella gran batalla. A Gontrán no le fué posible reprimir su altivez.

—Pues bien, caballero: hoy mismo tendrá usted lo restante.

El banquero se dignó rogar á Gontrán que le acompañase á comer; el joven rehusó con aire altanero. Como el otro insistiese,

—Tengo un duelo,—dijo;—voy á casa de mis testigos.

—¡Cómo! ¡Sus testigos! ¡Es que yo quiero ser uno de ellos!

Gontrán dejó caer sobre el banquero una mirada glacial.

—No,—le dijo;—sentiría usted inquietud por sus cincuenta mil francos, impediría usted el combate.

Saludó, y se marchó sin querer volver la cabeza, no obstante la insistencia del banquero.

Fué al bulevar Malesherbes, á casa del conde de Aspremont, la mejor espada de París.

Como el conde era muy valiente, representóle lo absurdo que venía á ser el batirse por semejantes frivolidades.

—¿Tan enamorado estás de esa pícara? ¡Ah, si fuese su hermana!

Gontrán amaba demasiado á la comedianta para no defenderla, aun después de todas sus hazañas.

—No tan pícara. ¡Es lo mismo que todas las mujeres! Cuando el vino se le sube á la cabeza, no sabe lo que hace.

—Créeme, siempre sabe lo que hace. Tú has tomado con ella el papel de perro faldero, y te hará ir á cuatro patas hasta el fin del mundo.

Gontrán pensó que aquello era muy cierto, mas no quiso confesárselo á su amigo.

El conde y Gontrán se habían conocido en la sala de armas. Aunque Aspremont perteneciese á la flor y nata de la nobleza, sentía amistad por Gontrán, que, sin embargo, no entraba sino á medias en el mundo de la alta juventud. Como tenía talento, mucha distinción y más dinero, perdonábase á ciertas señoras el que le invitasen á sus fiestas.

Aspremont que, entre otras costumbres, tenía la de predicar, habló fraternalmente al joven Staller, le hizo ver que no se tiene derecho á dar á las entretenidas la mejor parte de su corazón y de su existencia.

Pero Gontrán, demasiado cegado por la pasión, preguntó al conde si se llamaba Tibergo.

—Sí, Tibergo, si quieres. ¡Y cuidado con Des Grieux!

Se desayunaron después de escribir al segundo testigo, un periodista, para que acudiera al bulevar Malesherbes.

Los testigos del adversario, á quien Gontrán había ya dado los nombres de los suyos, enviaron una carta para pedir que el duelo fuese aplazado para dos horas después, al siguiente día, porque el polaco, que se ha-

bía hartado como buen polaco que era, no tendría buen aspecto tan temprano.

VI

Una joven casadera

Gontrán no volvió á su casa hasta la hora de comer, después de llamar, sin casi confesárselo á sí mismo, á la puerta de Lucía, siempre ausente.

Hizo muchas caricias á su madre y á su hermana. Por la noche debía acompañarlas á los Campos Eliseos, á casa de la condesa de Lannoy, que daba una fiestecilla musical.

A Gontrán no le gustaba la música sino en los bastidores de los Bufos Parisienses; pero, en fin, puesto que su bella no cantaba aquella noche, quería resignarse á oír cantar á otras.

Durante la comida, notó, aunque muy preocupado por su pasión, si no por su deuda de juego, si no por su desafío, que su madre y su hermana le miraban cuchicheando y riendo.

No comprendía lo que aquello significaba; y las interrogó; pero ellas callaron.

De sobremesa, no obstante, como preguntara por décima vez, su madre le respondió:

—Mira bien esta noche. Entre las siete ú ocho jóvenes que cantarán ó escucharán en casa de la condesa, hay una que está enamorada de ti.

—¿Enamorada de mí?

Puesto que Lucía le amaba tan poco, adorándola él,

¿cómo otra, que sin duda sólo había él entrevisto, podía amarle?

—¡Sí, enamorada de ti, querido! Pero, en las jóvenes bien educadas, el amor se guarda secreto. Busca bien; ya me dirás si la encuentras.

Se vistieron y fueron á los Campos Eliseos.

Hacía ya algún tiempo que el amante de la comediante no frecuentaba el mundo; aquello le parecía fastidioso, y decía que todas aquellas jóvenes, que forman el escuadrón volante de la virtud parisiense, no son sino colegialas que despabilar, muñecas que hablan, pero que sólo dicen papá y mamá. Ignoraba que pueden allí hacerse verdaderos descubrimientos, que entre las jóvenes aquéllas hay tesoros inusitados para quien los busca. La historia de las montañas de oro: en la superficie, siempre el mismo aspecto; mas, para el que penetra hasta el corazón, allí está la mina.

Entraron después del preludio; una joven estaba sentada ante el piano.

—No será ésa, —dijo Gontrán á su hermana.

—¿Por qué?

—Porque una mujer que toca bien el piano no se enamora sino del ruido que hace.

Después de un solo sobre motivos de *La Sonambula*, ejecutóse un dúo de harpa y piano. Otra joven se apoderó de las teclas de marfil y paseó por ellas unas grandes manos, verdaderas patas de araña, inclinando la cabeza bajo sus cabellos á modo de sauce llorón.

—¿Será ésa?—preguntó su hermana á Gontrán.

—No, —dijo éste;—ésa toca para los ausentes.

La joven que se había sentado ante el harpa estaba muy bella con su cabello peinado á la Tallien, sus brazos al parecer alimentados con rosas de te, sus hombros

bía hartado como buen polaco que era, no tendría buen aspecto tan temprano.

VI

Una joven casadera

Gontrán no volvió á su casa hasta la hora de comer, después de llamar, sin casi confesárselo á sí mismo, á la puerta de Lucía, siempre ausente.

Hizo muchas caricias á su madre y á su hermana. Por la noche debía acompañarlas á los Campos Eliseos, á casa de la condesa de Lannoy, que daba una fiestecilla musical.

A Gontrán no le gustaba la música sino en los bastidores de los Bufos Parisienses; pero, en fin, puesto que su bella no cantaba aquella noche, quería resignarse á oír cantar á otras.

Durante la comida, notó, aunque muy preocupado por su pasión, si no por su deuda de juego, si no por su desafío, que su madre y su hermana le miraban cuchicheando y riendo.

No comprendía lo que aquello significaba; y las interrogó; pero ellas callaron.

De sobremesa, no obstante, como preguntara por décima vez, su madre le respondió:

—Mira bien esta noche. Entre las siete ú ocho jóvenes que cantarán ó escucharán en casa de la condesa, hay una que está enamorada de ti.

—¿Enamorada de mí?

Puesto que Lucía le amaba tan poco, adorándola él,

¿cómo otra, que sin duda sólo había él entrevisto, podía amarle?

—¡Sí, enamorada de ti, querido! Pero, en las jóvenes bien educadas, el amor se guarda secreto. Busca bien; ya me dirás si la encuentras.

Se vistieron y fueron á los Campos Eliseos.

Hacía ya algún tiempo que el amante de la comediante no frecuentaba el mundo; aquello le parecía fastidioso, y decía que todas aquellas jóvenes, que forman el escuadrón volante de la virtud parisiense, no son sino colegialas que despabilar, muñecas que hablan, pero que sólo dicen papá y mamá. Ignoraba que pueden allí hacerse verdaderos descubrimientos, que entre las jóvenes aquéllas hay tesoros inusitados para quien los busca. La historia de las montañas de oro: en la superficie, siempre el mismo aspecto; mas, para el que penetra hasta el corazón, allí está la mina.

Entraron después del preludio; una joven estaba sentada ante el piano.

—No será ésa, —dijo Gontrán á su hermana.

—¿Por qué?

—Porque una mujer que toca bien el piano no se enamora sino del ruido que hace.

Después de un solo sobre motivos de *La Sonambula*, ejecutóse un dúo de harpa y piano. Otra joven se apoderó de las teclas de marfil y paseó por ellas unas grandes manos, verdaderas patas de araña, inclinando la cabeza bajo sus cabellos á modo de sauce llorón.

—¿Será ésa?—preguntó su hermana á Gontrán.

—No, —dijo éste;—ésa toca para los ausentes.

La joven que se había sentado ante el harpa estaba muy bella con su cabello peinado á la Tallien, sus brazos al parecer alimentados con rosas de te, sus hombros

suntuosos aunque muy jóvenes. Había, tal vez, en ella algo de amazona.

Era la señorita de Marcy, una joven amiga de la duquesa de Montefalcone.

Su madre, mujer novelesca que había vivido en Italia mucho tiempo, regresó á París, en donde fijó su residencia, á la muerte de su esposo.

—Esa es,—dijo la hermana.

—¡Esa!—exclamó Gontrán.—Pues gracias; sería menester duplicarse para amarla. ¡Mira qué opulencia de corpiño!

No sé si aquella joven estaba apasionada en otro sentido; pero ello es que cogió el harpa con amor.

Y fué un hermoso espectáculo verla tocar con manos y pies como si la inspiración la transportase.

Vestía traje de lino, como las thermidorinas; un traje que, oprimiendo ligeramente el cuerpo, no estaba retenido en el hombro más que por dos dedos de tela. A cada movimiento del brazo desnudo, parecía que el brazo, más desnudo aún, iba á romper el lino. El seno se agitaba, se estremecía.

Gontrán Staller miraba con emoción los pies calzados de raso blanco que tocaban los pedales con adorable coquetería. Eran unos pies inteligentes como manos; uno se preguntaba cómo unos pies tan pequeños podían soportar un cuerpo tan robusto. Todo el cuerpo se dibujaba en los movimientos del juego. El harpa, cortando las ropas, hacía que las piernas se marcasen. Era una linda harpa con cabeza de cisne dorada y esmaltada, del más puro estilo Luis XVI. Vibraba, hablaba, se animaba. La cabeza de cisne hacía pensar en la fábula de Júpiter y Leda.

—¿No es verdad que es linda?—preguntó la señorita Staller á su hermano.

—Sí, pero no es la que está enamorada de mí. ¿No ves con qué amor mira su harpa? ¡Qué cosa tan horrible!

Tocó el turno á las cantantes.

Empezó una joven de ojos bajos, que chapurreó italiano con no sé qué música; la madre había preparado su triunfo, diciendo que su hija tomaba lecciones de á veinte francos.

—Esa,—dijo Gontrán,—aun no está desmamada. No seré yo quien me beba la última gota de leche que tiene en los labios.

Una cantante de romanzas hizo ostentación de su bella voz y de sus bellos sentimientos.

—¡La encontré!—dijo de pronto Gontrán.—Es aquella joven que está sola en el canapé y que no toca ni canta; me parece bastante más elocuente que las otras. En las mujeres es, sobre todo, en donde el silencio es oro.

—Bueno: ¿quieres que te presente á la bella solitaria?

—De ninguna manera, porque hablaría, y todo estaría perdido.

—Hermano, tú estás loco; nada hay que hacer contigo. Te advierto, por otra parte, que aun no has encontrado.

En aquel momento, la tocadora de harpa cruzaba por allí para ir á buscar su música.

Gontrán se levantó como á pesar suyo y le dijo que por primera vez en su vida acababa de comprender el harpa.

—Pues bien, caballero, está usted más adelantado que yo. Mi madre me ha puesto en tortura delante de esa máquina pasada de moda, so pretexto de que su madre maravilló con ella á Napoleón I, que no gustaba

sino de dos clases de música: la del harpa y, sobre todo, la del cañón.

—Pero, señorita, ¿cómo se las arregla usted para tocar tan apasionadamente?

Una emoción repentina pasó por el rostro de la joven.

—Todo el mundo me dice eso hoy, y no sé qué responder, como no sea que pienso en otra cosa.

Una chispa eléctrica atravesó el alma de Gontrán como un relámpago.

—¡Ella es!

Por fin había encontrado.

—¡Qué dicha,—pensó,—si me enamorase seriamente! Me arrancaría vivo á aquella pasión mortal que me clava en brazos de Lucía.

La harpista se había sentado junto á la señorita Staller.

Arrastró un sillón ante su diván; le pareció dulce pasar la última hora en aquella entrevista á solas; porque su hermana era otro él. Como estaba sobreexcitado por todas las fiebres pasadas, fué elocuente, habló de todo con aquella voz acariciadora que en todo pone amor. La señorita de Marcy encontraba que aquélla era la verdadera música. El concierto continuaba, pero ella no oía sino la voz de Gontrán Staller.

La señorita Julia de Marcy era una de las cincuenta jóvenes dotadas de oro y de belleza por quienes los muchachos casaderos se lanzaban á todas las *Steeple-chases*. Tocaba el harpa, mas no es éste un pecado capital; podía corregirse de él. Tenía, como hemos dicho, algo de la amazona; pero Gontrán se acordó de la *Caperucita roja*: «—¡Qué largos tenéis los brazos, abuelita! —Es para abrazarte mejor, hijo mío». Aun cuando fuera sentimental, poseía cierta gracia, lo que ponía un

grano de sal en el sentimiento. La verdadera parisiense es así.

Gontrán Staller no se daba cuenta de que pasaba el tiempo. La dueña de la casa fué á decirle que la cena estaba servida y que había de dar el brazo á la señorita de Marcy. Se levantó cual si saliera de un sueño.

—¡Las dos ya!—dijo alguien á su lado.

—¡Las dos!—exclamó á su vez.

En lugar de dar el brazo á la señorita de Marcy, á quien se lo dió fué á su sombrero, y desapareció entre la baraúnda de la marcha hacia el comedor.

La imagen de Lucía se le había aparecido más imperiosa que nunca.

Cuando estuvo en la escalera, pensó que tal vez no la encontraría en casa.

—Si tuviera corazón,—dijo,—volvería allá arriba.

No subió de nuevo, porque tenía demasiado corazón.

VII

La señorita Lucía rompe en sollozos

En la calle de Helder, en casa de la señorita Lucía, todo el mundo estaba durmiendo.

Gontrán llamó tres veces á la puerta principal. Poco faltó para que se rompiera el cuello en la escalera, impaciente por llegar arriba. Llamó otras tres veces en casa de su amante; la doncella, ligerísimamente vestida, abrióle, por fin, la puerta.

—¿Está?—dijo al pasar.

30316

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

sino de dos clases de música: la del harpa y, sobre todo, la del cañón.

—Pero, señorita, ¿cómo se las arregla usted para tocar tan apasionadamente?

Una emoción repentina pasó por el rostro de la joven.

—Todo el mundo me dice eso hoy, y no sé qué responder, como no sea que pienso en otra cosa.

Una chispa eléctrica atravesó el alma de Gontrán como un relámpago.

—¡Ella es!

Por fin había encontrado.

—¡Qué dicha,—pensó,—si me enamorase seriamente! Me arrancaría vivo á aquella pasión mortal que me clava en brazos de Lucía.

La harpista se había sentado junto á la señorita Staller.

Arrastró un sillón ante su diván; le pareció dulce pasar la última hora en aquella entrevista á solas; porque su hermana era otro él. Como estaba sobreexcitado por todas las fiebres pasadas, fué elocuente, habló de todo con aquella voz acariciadora que en todo pone amor. La señorita de Marcy encontraba que aquélla era la verdadera música. El concierto continuaba, pero ella no oía sino la voz de Gontrán Staller.

La señorita Julia de Marcy era una de las cincuenta jóvenes dotadas de oro y de belleza por quienes los muchachos casaderos se lanzaban á todas las *Steeple-chases*. Tocaba el harpa, mas no es éste un pecado capital; podía corregirse de él. Tenía, como hemos dicho, algo de la amazona; pero Gontrán se acordó de la *Caperucita roja*: «—¡Qué largos tenéis los brazos, abuelita! —Es para abrazarte mejor, hijo mío». Aun cuando fuera sentimental, poseía cierta gracia, lo que ponía un

grano de sal en el sentimiento. La verdadera parisiense es así.

Gontrán Staller no se daba cuenta de que pasaba el tiempo. La dueña de la casa fué á decirle que la cena estaba servida y que había de dar el brazo á la señorita de Marcy. Se levantó cual si saliera de un sueño.

—¡Las dos ya!—dijo alguien á su lado.

—¡Las dos!—exclamó á su vez.

En lugar de dar el brazo á la señorita de Marcy, á quien se lo dió fué á su sombrero, y desapareció entre la baraúnda de la marcha hacia el comedor.

La imagen de Lucía se le había aparecido más imperiosa que nunca.

Cuando estuvo en la escalera, pensó que tal vez no la encontraría en casa.

—Si tuviera corazón,—dijo,—volvería allá arriba.

No subió de nuevo, porque tenía demasiado corazón.

VII

La señorita Lucía rompe en sollozos

En la calle de Helder, en casa de la señorita Lucía, todo el mundo estaba durmiendo.

Gontrán llamó tres veces á la puerta principal. Poco faltó para que se rompiera el cuello en la escalera, impaciente por llegar arriba. Llamó otras tres veces en casa de su amante; la doncella, ligerísimamente vestida, abrióle, por fin, la puerta.

—¿Está?—dijo al pasar.

30316

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTEREY, MEXICO

—¡Oh! En verdad, señor, no le sé. ¡La señora ha entrado y salido tantas veces...! Parece, por otra parte, que dan buen vino en Madrid, porque la señora veía doble cuando entró; me dió un luis, diciendo: «—Ahí van dos luises». Dijome también que sus dos amantes iban á batirse en desafío. Y al acostarse ensayaba dos papeles á un tiempo.

Gontrán no escuchaba á la muchacha; estaba ya en la alcoba de la comedianta.

La señorita Lucía dormía profundamente, con cuatro bujías encendidas. Había querido iluminar para su regreso. Para desnudarse es preciso ver. Así es que había una botina sobre la cama, otra sobre el canapé; una liga aquí, una media allá. El vestido, manchado de café, estaba sobre la alfombra. Los cabos se habían tornado golfos. Si se exceptúa esto, en todo reinaba allí el más perfecto orden.

El amante pasó sin respeto por encima de aquel vestido arrugado y manchado.

Se acercó á la cama y miró dormir á la escapada de la orgía.

Estaba medio descubierta, desafiando el invierno bajo una camisa de batista que hubiera pasado por cualquiera de las sortijas que tenía en los dedos.

Vivía en el lujo desenfrenado del dinero contante; deudas por todas partes, ninguna ropa blanca en los armarios, pero caballos en sus cuadras, cubiertos con su inicial, vestidos de todos los colores, sin contar con que hubiera podido vestirse con facturas por pagar. En una palabra: aquel bello desorden que es la ruina en la abundancia.

La alcoba estaba tapizada de damasco azul, con cortinas azules y un cielo azul en que Ziem había pintado una golondrina para que en la casa reinara la buena

suerte. La cama también era azul; todo era azul en casa de Lucía; el azul es el país de los ángeles; Lucía era un ángel.

Un ángel, pero un ángel de Dios, parecía velar por aquella perdida; era un retrato de Colomba, la hermana de la comedianta. Aun cuando ésta se burlase de su hermana, la respetaba y la miraba como un talismán. El oro es la fuerza bruta; la virtud es la fuerza divina.

Gontrán se inclinó para abrazar á Lucía; la joven entreabrió sus azules ojos, y, con el aire más azul del mundo, le dijo:

—¡Ah, eres tú!

—¿Creías que era otro?

La comedianta pasóse la mano por la frente, como para reunir sus recuerdos.

—¿Otro? ¡Bueno estás tú! Duerme sobre una mesa en la Casa de Oro, entre una botella de aguardiente y otra de champañ; pero tranquilízate: las dos están vacías; así es que tu duelo no me inquieta.

Gontrán sentóse en el lecho y tomó la mano de su querida.

—Durante el desafío, ¿no será por él por quien enciendas un cirio?

—¡Por él! ¡Si no lo conozco!

Gontrán aventuró esta pregunta de un corazón enfermo:

—¿Por qué le has conocido?

—¿Por qué? ¿Me vas á pasar cuentas?

—¡Calla!—exclamó el amante con ira.—¡Es decir que á la hora misma en que pierdo doscientos cincuenta mil francos, tú te echas en brazos de otro para equilibrar tu libro de entradas!

—No había pensado en eso,—dijo Lucía con senci-

llez.—Mejor dicho, me pareció que no era aquél el momento más propicio para hablarte de dinero.

—Me inspiras lástima, porque si supieras lo que dices te rompería la cabeza. ¡Cómo! ¡En el momento en que soy víctima de aquel desastre del juego, en el momento en que busco un corazón que me consuele me das una puñalada para rematarme!

—¿Has venido á ponerme triste?

—No, he venido porque te amo.

—¿Y acaso no te amó yo?

—¿Te atreves á decir eso, después de toda una noche de traiciones?

—¿Es una dueña, en esas fiestas nocturnas, de sí misma?

—Cuando se es dueña de los demás.

—¿Me viniste á despertar para echarme flores? Deberías saber que mañana trabajo en un estreno.

—¿No sabes tú que mañana tengo un desafío? Vine sólo por eso.

—No te comprendo.

—¡Cómo! ¿No comprendes que he venido á despedirme de tí?

La comediante salió de su sopor. Su amante podía ser muerto; se incorporó para abrazarle.

—¡No quiero que te batas!

—De sobra sabes que la cosa no puede arreglarse de otro modo.

—¿Por qué fuiste á buscarme á Madrid con aquellas dos muchachas?

—Con dos muchachas á las que no conozco. Bien sabes que si fui á Madrid lo hice para arrancarte de tu infamia.

Y Gontrán Staller soltó sobre la almohada á la señorita Lucía.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO TERÁN"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



—Debiste empezar por decirme que necesitabas una Lucrecia. No eras tan dramático cuando se la pegaba contigo al duque de Montefalcone.

Gontrán descendía más cada vez en su dolor. No se atrevía á interrogar á Lucía, pero quería saber qué había pasado después de la escena del ramillete.

—¿Cómo—la dijo,—no abandonaste á aquel hombre después de yo insultarle?

—Porque no merecía una bofetada por haberme ofrecido su corazón.

—¡Su corazón! Su bolsa, querrás decir.

—¿Te gustaría que fuese asunto de corazón y no de dinero?

—¡Calla! Lo que buscabas era placer, porque no me harías creer que hacías cálculos interesados en aquel baile. Me engañaste por costumbre y por no estar ociosa. Había perdido, no era útil para nada, y te dejabas caer en brazos del primero que te lo pidió. ¡Qué infamia!

—Querido, todo eso es del repertorio del Ambigú: yo trabajo en los Bufos Parisienses; si quieres continuar representando los papeles de Castellano, vete con ellos á otra parte.

El infeliz no estaba aún bastante informado. Aunque le avergonzara su vileza, no la podía vencer.

—¡Cómo!—le dijo.—¿Habéis pasado la noche en Madrid representando el perfecto amor?

Gontrán subrayó dolorosamente las palabras, «perfecto amor».

—¿Quién te ha dicho eso? Regresamos á París.

—¿A qué sitio de París?

—Nada te importa eso.

Gontrán alzó la cabeza con alguna dignidad.

—¡Me inspiras horror!—gritó á Lucía.—Si ese hom-

bre ha estado en tu casa, no volveré á venir á verte.

¿Fué aquello una argucia de comedianta ó un grito de arrepentimiento? La señorita Lucía rompió en sollozos y mostró á su amante el demasiado famoso ramillete que acababa de dejar sobre la cama.

No estaba allí, ciertamente, por casualidad. Pero sin duda Gontrán Staller se figuró que la joven había querido tenerle cerca mientras dormía, porque volvió á ella y le dijo, ya en dulce tono:

—¿Luego me amas aún?

—¡Que si te amo!

La comedianta, toda despeinada, se levantó como una loca y corrió á cerrar con un cerrojo su aposento.

Honni soit qui mal y pense, porque la señorita Lucía acababa de recordar que el extranjero debía pasar á despedirse de ella antes del duelo.

Aunque muy feliz fuera viéndose encerrado con Lucía, Gontrán tuvo un vago deseo de marcharse. Era que su alma volvía á abrir las alas. Veía dibujarse, ante la mesa de la condesa de Lannoy, los adorados rostros de su hermana y de su madre. La misma señorita de Marcy marcaba en su cerebro su bella y sonriente expresión de juventud y de virtud.

En toda acción de la vida, así el cuerpo como el alma tienen sus combates. Somos como aquel viajero de los cuentos alemanes, que tiene, para arrastrar su coche, el caballo negro de un demonio y el caballo blanco de un ángel; nunca puede hacerles andar al mismo paso: cuando el uno acorta éste, el otro quiere correr, hasta que el caballo del diablo arrastra al viajero á un precipicio: la boca del infierno ó el corazón de una mujer.

La señorita Lucía era un lindo precipicio, con sus grandes ojos profundos como el mar, sus rebeldes cabellos y su sonrisa lasciva. Tenía dentro el demonio;

según la expresión consagrada hoy, los lexicógrafos dirían: «Tiene algo del perro». Era alternativamente risueña, seriecilla, colérica, pero coqueta siempre; quería que todos la amasen; así es que era coqueta hasta la crueldad. Su voluptuosidad suprema era ver llorar. Hería los corazones con un dulce estremecimiento, como celoso que da una puñalada. Al herir, le parecía que hería siempre á un enemigo.

Es que Lucía había comenzado por la humillación y el amor vendido.

De tarde en tarde veía á Eugenio Deschamps. Le daba la mano con aire natural; pero palidecía y sus piernas temblaban al recordar el tiempo pasado.

VIII

La lluvia de oro.

Al amanecer, Gontrán se despidió de Lucía.

—No te dejes matar; me moriría yo de pena.

—¡Júrame que si muero no volverás á ver á ese extranjero á quien he abofeteado!

—Si tú mueres, me haré enterrar contigo.

Gontrán, enternecido por estas palabras, ó por el peligro que corría, tuvo una expansión de sentimiento.

—Mira,—le dijo,—moriré satisfecho, porque te he encontrado de nuevo tal como te amaba. Piensa un poco en mi pena de ayer. Después de aquel juego absurdo, venía á decirte cuán bueno es mi padre, venía á fundir mi corazón en el tuyo, y no te encontré.

—Es que tenía pena. ¿Qué quieres? Cuando me dan

bre ha estado en tu casa, no volveré á venir á verte.

¿Fué aquello una argucia de comedianta ó un grito de arrepentimiento? La señorita Lucía rompió en sollozos y mostró á su amante el demasiado famoso ramillete que acababa de dejar sobre la cama.

No estaba allí, ciertamente, por casualidad. Pero sin duda Gontrán Staller se figuró que la joven había querido tenerle cerca mientras dormía, porque volvió á ella y le dijo, ya en dulce tono:

—¿Luego me amas aún?

—¡Que si te amo!

La comedianta, toda despeinada, se levantó como una loca y corrió á cerrar con un cerrojo su aposento.

Honni soit qui mal y pense, porque la señorita Lucía acababa de recordar que el extranjero debía pasar á despedirse de ella antes del duelo.

Aunque muy feliz fuera viéndose encerrado con Lucía, Gontrán tuvo un vago deseo de marcharse. Era que su alma volvía á abrir las alas. Veía dibujarse, ante la mesa de la condesa de Lannoy, los adorados rostros de su hermana y de su madre. La misma señorita de Marcy marcaba en su cerebro su bella y sonriente expresión de juventud y de virtud.

En toda acción de la vida, así el cuerpo como el alma tienen sus combates. Somos como aquel viajero de los cuentos alemanes, que tiene, para arrastrar su coche, el caballo negro de un demonio y el caballo blanco de un ángel; nunca puede hacerles andar al mismo paso: cuando el uno acorta éste, el otro quiere correr, hasta que el caballo del diablo arrastra al viajero á un precipicio: la boca del infierno ó el corazón de una mujer.

La señorita Lucía era un lindo precipicio, con sus grandes ojos profundos como el mar, sus rebeldes cabellos y su sonrisa lasciva. Tenía dentro el demonio;

según la expresión consagrada hoy, los lexicógrafos dirían: «Tiene algo del perro». Era alternativamente risueña, seriecilla, colérica, pero coqueta siempre; quería que todos la amasen; así es que era coqueta hasta la crueldad. Su voluptuosidad suprema era ver llorar. Hería los corazones con un dulce estremecimiento, como celoso que da una puñalada. Al herir, le parecía que hería siempre á un enemigo.

Es que Lucía había comenzado por la humillación y el amor vendido.

De tarde en tarde veía á Eugenio Deschamps. Le daba la mano con aire natural; pero palidecía y sus piernas temblaban al recordar el tiempo pasado.

VIII

La lluvia de oro.

Al amanecer, Gontrán se despidió de Lucía.

—No te dejes matar; me moriría yo de pena.

—¡Júrame que si muero no volverás á ver á ese extranjero á quien he abofeteado!

—Si tú mueres, me haré enterrar contigo.

Gontrán, enternecido por estas palabras, ó por el peligro que corría, tuvo una expansión de sentimiento.

—Mira,—le dijo,—moriré satisfecho, porque te he encontrado de nuevo tal como te amaba. Piensa un poco en mi pena de ayer. Después de aquel juego absurdo, venía á decirte cuán bueno es mi padre, venía á fundir mi corazón en el tuyo, y no te encontré.

—Es que tenía pena. ¿Qué quieres? Cuando me dan

ganas de llorar, canto ó bailo. Ese Locinski valsa como polaco que es; cosa maravillosa. Y cuando se ha valsado toda la noche, no se tienen ganas de ir á la cama; he ahí por qué fuimos al Bosque.

—No se hable más de eso.

—Y tu locura es lo que no me hubiese dejado dormir. ¡Cuando pienso que en media hora perdiste lo suficiente para hacerme rica!

—¡Ya se recobrará eso!

—Sí, se recobrará. Te respondo de que el señor Marx no gastará en procurarse paraíso tus doscientos cincuenta mil francos. Le he escrito ya; vendrá á comer conmigo.

Contrán dejó sobre el lecho la mano de Lucía.

—¡Cómo! ¿Has escrito á ese animal?

El joven había recuperado toda su indignación.

—¡Qué hermoso eres! Tomo lo mío donde lo encuentro. Por respetarte no me fui anoche con él; porque él consideraba muy natural haberte ganado. «¿Qué importa eso, —me decía, —puesto que le he devuelto el ramillete?»

—¡Oh abominables rosas ajadas y profanadas! — exclamó Contrán.

Y las arrojó contra el suelo y las pisoteó.

Visto lo cual, díjole Lucía, con el aire más natural del mundo:

—Muy bien, gracias; he ahí todo lo que me quedaba.

Contrán avergonzose de Lucía y de si mismo. Sacó del bolsillo de su chaleco veinticinco luises, se los tiró á la comedianta y se marchó sin volver la cabeza.

¡Oh vileza del corazón! Cuando estuvo en la calle, se le ocurrió mirar hacia lo alto. No sé si la señorita Lucía contaría los luises; lo cierto es que no había abierto el balcón.

IX

La familia

Cuando Contrán llegó al Parque de los Príncipes para batirse, habíase tornado hombre. Tomó la espada diciéndose:

—¡Muy bien, si muero, muy bien, si salgo vivo! Pero juro ante Dios no volver á caer en aquel infierno!

Los dos rivales salieron heridos: Contrán levemente en el brazo; el conde polaco recibió una herida más grave: la espada de su adversario le entró en el costado.

Cuando Contrán volvió á su casa, el brazo en cabestrillo, encontró á su madre llorando.

—No es nada, —le dijo; —un arañazo.

—¡Cómo! ¿Otra desgracia?

Lloraba porque el señor Staller acababa de llegar enfermo, después de perder su pleito.

Un hecho era aquello: las negras aves cerníanse sobre la casa.

Contrán quiso consolar á su madre antes de abrazar al autor de sus días.

—Mamá, te juro que no seré yo quien te cause pena; perdóname todas mis locuras. Y tranquilízate, porque he acabado con esta vida á la moda.

El señor Staller había asistido estoicamente á todo aquel proceso que podía abrir una gran brecha en su fortuna. No pestañeó al oír la sentencia; pero, de regreso en la fonda, fué víctima de un derrame. Había

ganas de llorar, canto ó bailo. Ese Locinski valsa como polaco que es; cosa maravillosa. Y cuando se ha valsado toda la noche, no se tienen ganas de ir á la cama; he ahí por qué fuimos al Bosque.

—No se hable más de eso.

—Y tu locura es lo que no me hubiese dejado dormir. ¡Cuando pienso que en media hora perdiste lo suficiente para hacerme rica!

—¡Ya se recobrará eso!

—Sí, se recobrará. Te respondo de que el señor Marx no gastará en procurarse paraíso tus doscientos cincuenta mil francos. Le he escrito ya; vendrá á comer conmigo.

Contrán dejó sobre el lecho la mano de Lucía.

—¡Cómo! ¿Has escrito á ese animal?

El joven había recuperado toda su indignación.

—¡Qué hermoso eres! Tomo lo mío donde lo encuentro. Por respetarte no me fui anoche con él; porque él consideraba muy natural haberte ganado. «¿Qué importa eso, —me decía, —puesto que le he devuelto el ramillete?»

—¡Oh abominables rosas ajadas y profanadas! — exclamó Contrán.

Y las arrojó contra el suelo y las pisoteó.

Visto lo cual, díjole Lucía, con el aire más natural del mundo:

—Muy bien, gracias; he ahí todo lo que me quedaba.

Contrán avergonzose de Lucía y de si mismo. Sacó del bolsillo de su chaleco veinticinco luises, se los tiró á la comedianta y se marchó sin volver la cabeza.

¡Oh vileza del corazón! Cuando estuvo en la calle, se le ocurrió mirar hacia lo alto. No sé si la señorita Lucía contaría los luises; lo cierto es que no había abierto el balcón.

IX

La familia

Cuando Contrán llegó al Parque de los Príncipes para batirse, habíase tornado hombre. Tomó la espada diciéndose:

—¡Muy bien, si muero, muy bien, si salgo vivo! Pero juro ante Dios no volver á caer en aquel infierno!

Los dos rivales salieron heridos: Contrán levemente en el brazo; el conde polaco recibió una herida más grave: la espada de su adversario le entró en el costado.

Cuando Contrán volvió á su casa, el brazo en cabestrillo, encontró á su madre llorando.

—No es nada, —le dijo; —un arañazo.

—¡Cómo! ¿Otra desgracia?

Lloraba porque el señor Staller acababa de llegar enfermo, después de perder su pleito.

Un hecho era aquello: las negras aves cerníanse sobre la casa.

Contrán quiso consolar á su madre antes de abrazar al autor de sus días.

—Mamá, te juro que no seré yo quien te cause pena; perdóname todas mis locuras. Y tranquilízate, porque he acabado con esta vida á la moda.

El señor Staller había asistido estoicamente á todo aquel proceso que podía abrir una gran brecha en su fortuna. No pestañeó al oír la sentencia; pero, de regreso en la fonda, fué víctima de un derrame. Había

vuelto en sí, mas sin recobrar sus fuerzas, y había querido volver inmediatamente á París.

Fué una desesperación para su mujer y para su hija cuando los criados le condujeron á su cuarto, pálido y desmejorado, cual si acabara de salir de una larga enfermedad.

—No es menester que tu padre sepa que te has bañado,—advirtió su madre á Gontrán.—Le diré que te caíste ayer, yendo con nosotros, en la escalera de la condesa de Lannoy. Ve pronto á abrazarle y no le digas que estoy llorando.

Gontrán sintió un gran dolor. Se figuró que era él quien había dado el primer golpe á su padre.

Así es que rompió en sollozos al estrecharle contra su pecho.

—No estoy tan enfermo como creéis,—dijo el señor Staller.—Sabes, por otra parte, que la muerte da tres avisos, y éste es el primero. Si soy prudente, aun viviré tres años.

El señor Staller no murió, mas no volvió á ser lo que fuera. La savia no reapareció en aquella recia salud frondosa y nudosa como la encina de los montes. El viento de la muerte había azotado las hojas; la parálisis llegó á las más bellas ramas. ¡Horrible prefacio de la tumba! No se recobra sino la mitad de sí mismo; las hipotecas de la muerte encadenan y arruinan el resto.

Era la hora del desayuno; sentáronse tristemente en torno de la mesa; sin embargo, hablaron de la fiesta de la víspera.

—Comprendo, al fin,—dijo la señorita Staller á su hermano,—por qué abandonaste á la señorita de Marcy á la hora de cenar. Fué á causa de tu duelo.

—Efectivamente...

Gontrán pensó en Lucía; pero rechazó esta imagen al punto.

—¿Te divertiste mucho?—preguntó á su hermana.

—Sí; ya sabes que tengo segura mi diversión en los buscadores de oro que me siguen. Desde que se sabe que mi padre me da un millón, salen los adoradores de bajo tierra. Pero, desgraciadamente para mí, es triste la cosa.

—Comprendo. Te gustaría más que en el juego entrase el corazón. Pero, después de todo, no es el ser rica un motivo para no inspirar amor.

—Además,—dijo tristemente la madre, que era mujer de talento,—si á diario no se corrige una del defecto de ser joven, suele ocurrir que tenga que corregirse del defecto de ser rica. ¿Dónde irá hoy tu padre por el millón que te pensaba dar antes de su proceso?

El lacayo anunció en aquel momento á un auvernés que no quería entregar una carta sino mediante recibo.

—Quizá sea la fortuna de regreso,—dijo Gontrán, queriendo sonreír.—Conque ¿una carta con valores? Traédmela.

El lacayo reapareció, trayendo la carta en una bandeja de plata.

Gontrán firmó un recibo. Reconoció la letra de Lucía.

La señorita Staller, que leía en su rostro, no se atrevió á preguntarle; pero la madre le dijo brusca-mente:

—¿Qué es eso?

Gontrán era un corazón recto, no á propósito para la mentira; así es que tuvo todas las penas del mundo para contestar:

—No es nada, madre mía; carta de un amigo que ha perdido al juego.

—¿Juegas tú acaso?

Esta pregunta hizo que se apoderasen de Gontrán todas las angustias de la penúltima noche.

—¡Oh Dios mío!—pensó.—¡Iba á olvidar que debo cincuenta y seis mil francos!

La primera mentira le impulsó naturalmente á la segunda; contestó á su madre:

—No, no juego.

La señora Staller sentíase inquieta en grado sumo, desde hacía algún tiempo, á causa de las ausencias de su hijo.

Aun cuando éste se hallaba en su presencia, veía claro que el hijo no pertenecía ya á la madre; juzgaba que una mujer se lo había robado en cuerpo y alma. No se engañaba al pensar que aquella carta encerraba el secreto de aquel amor. Pero ¿por qué había dinero en aquella carta?

—Enséñame eso, Gontrán.

—¿Qué verías aquí? ¡Locuras de jóvenes!

—¿No se trata de una deuda de juego?

—¿A qué iniciarte en todo esto? Y hay aquí una historia que no puedes saber, por ser un secreto que no me pertenece.

—Muy bien,—dijo la madre.—Aun cuando fuera un secreto tuyo, nada me importaría. Lee para ti solo.

El mismo Gontrán no adivinaba por qué había dinero en aquella carta; pero no quiso abrirla delante de su madre y de su hermana. Metióse la en el bolsillo, cual si el perfume que exhalaba envenenase el santuario de la familia.

Tenía prisa por subir á su habitación. Cuando se halló sólo, rompió los cinco sellos; porque la señorita Lucía se había divertido—se divertía siempre—ponién-

dole cinco sellos, como si la carta hubiera de haber sido echada al correo.

¿Cuáles eran las armas de Lucía? Era Venus saliendo de las olas. Lacraba sus cartas con un sello antiguo; había aprendido la antigüedad en las óperas de Offebach.

Veinticinco luises cayeron en manos de Gontrán; no había otra cosa en el sobre. Desgarró éste, miró bien; ni una palabra.

Por fin comprendió. Aquellos eran los veinticinco luises que arrojara á Lucía para significarle su desprecio.

—Después de todo,—se dijo,—si con esto pudiera pagar mis cincuenta y seis mil francos!

A pesar suyo, pensó en la comediante; experimentó alguna alegría al decirse que aquel corazón perverso no estaba perdido completamente. Devolviéndole aquel dinero en silencio, la joven mostraba en su infamia alguna dignidad.

Poco á poco cayó en el enfermizo sentimiento en que el hombre se complace en levantar á las mujeres de su caída.

Con un poco de buena voluntad, no le parecía imposible encontrar todavía alguna virtud en aquella alma turbada, como se encuentra el cielo en los torrentes sin pureza.

Salió, sin saber á dónde iba. Poco faltó para que pasara por la calle de Helder, Verdad es que tenía que intentar algo en la calle de la Victoria, en casa de un amigo—amigo de cigarros y de bastidores—que vivía lujosamente aun en tiempos de malos negocios.

—Es menester que me prestes sesenta mil francos antes de una hora,—le dijo.

—¡Ah, querido! La Bolsa ha sido ingrata; vengo de

ella: está horrible. No hay sesenta mil francos para un hombre honrado.

—Firmaré pagarés.

—Piensa que te pondrán un interés extremadamente elevado.

—No regateo.

—Pues bien: vamos á casa de Morvan. Dice que no quiere hacer nada, pero le decidirá tu nombre.

Subieron á casa de maese Morvan, un banquero que afirmaba que el oro no tiene tasa legal. Se discutió una hora; decía que no poseía un sueldo, que el dinero andaba caro, que se vería precisado á fundir la campanilla, y otras expresiones familiares á los que manejan valores. Por fin se decidió á dar sesenta mil francos á cambio de cien mil en letras de cambio á cobrar al cabo de un año.

Un año, para Gontrán, era el fin del mundo; firmó sin emoción, prometiéndose ya dejar caer cincuenta y seis mil francos, desde lo alto de su altivez, en manos de Eugenio Marx.

Así es que, en cuanto tuvo los billetes de Banco, salió, sin querer continuar la conversación sobre los puntos negros del horizonte financiero.

Su amigo siguió hablando con Morvan. Y pronto se hizo el arreglo.

—¿Cuánto para mí?

—Un apretón de manos.

—¡Te morirías!

—Yo arriesgo el capital.

—¿Y los cuarenta mil francos de interés?

—Lo mismo que un asunto de Bolsa.

—Bueno; ¿y si yo fuese agente de cambio?

—El ocho por ciento.

—¡Te vas á arruinar!

—Y dentro de un año, cuando Gontrán haya pagado. Ya sabes que yo hago así los negocios.

—Pues bien: te doy mi querida hasta fin de mes; dinero contante.

—¿Tu querida? Mucho tiempo hace que la vengo empleando.

Y otras frivolidades en estilo de Bolsa.

X

La vida privada está murada.

Entraremos, si gustáis, en casa de la señorita Lucía.

Al ver caer el puñado de monedas de Gontrán, no le fué posible dominar su cólera. Se levantó como una furia y las cogió para tirárselas á su vez á su amante. Aquella hubiera sido una linda música en la escalera; mas, como quiso recogerlas todas, notó que era ya tarde. Pensó en arrojárselas por el balcón; pero estaba muy ligeramente vestida, ¡y tenía el pudor del frío! Porque no se ha de olvidar que transcurría el mes de enero.

—No perderá aunque espere,—se dijo;—se los enviaré á domicilio, con una carta que le haga palidecer de rabia. Le escribiré que su adversario está aquí, que hoy cenó con Marx, que no volverá á entrar en mi casa.

¿Por qué no escribió Lucía? Porque tenía bastante mala intención y talento, para saber que el silencio es la más cruel de las elocuencias.

Durante el duelo, ¿qué ocurría en aquel corazón insaciable?

ella: está horrible. No hay sesenta mil francos para un hombre honrado.

—Firmaré pagarés.

—Piensa que te pondrán un interés extremadamente elevado.

—No regateo.

—Pues bien: vamos á casa de Morvan. Dice que no quiere hacer nada, pero le decidirá tu nombre.

Subieron á casa de maese Morvan, un banquero que afirmaba que el oro no tiene tasa legal. Se discutió una hora; decía que no poseía un sueldo, que el dinero andaba caro, que se vería precisado á fundir la campanilla, y otras expresiones familiares á los que manejan valores. Por fin se decidió á dar sesenta mil francos á cambio de cien mil en letras de cambio á cobrar al cabo de un año.

Un año, para Gontrán, era el fin del mundo; firmó sin emoción, prometiéndose ya dejar caer cincuenta y seis mil francos, desde lo alto de su altivez, en manos de Eugenio Marx.

Así es que, en cuanto tuvo los billetes de Banco, salió, sin querer continuar la conversación sobre los puntos negros del horizonte financiero.

Su amigo siguió hablando con Morvan. Y pronto se hizo el arreglo.

—¿Cuánto para mí?

—Un apretón de manos.

—¡Te morirías!

—Yo arriesgo el capital.

—¿Y los cuarenta mil francos de interés?

—Lo mismo que un asunto de Bolsa.

—Bueno; ¿y si yo fuese agente de cambio?

—El ocho por ciento.

—¡Te vas á arruinar!

—Y dentro de un año, cuando Gontrán haya pagado. Ya sabes que yo hago así los negocios.

—Pues bien: te doy mi querida hasta fin de mes; dinero contante.

—¿Tu querida? Mucho tiempo hace que la vengo empleando.

Y otras frivolidades en estilo de Bolsa.

X

La vida privada está murada.

Entraremos, si gustáis, en casa de la señorita Lucía.

Al ver caer el puñado de monedas de Gontrán, no le fué posible dominar su cólera. Se levantó como una furia y las cogió para tirárselas á su vez á su amante. Aquella hubiera sido una linda música en la escalera; mas, como quiso recogerlas todas, notó que era ya tarde. Pensó en arrojárselas por el balcón; pero estaba muy ligeramente vestida, ¡y tenía el pudor del frío! Porque no se ha de olvidar que transcurría el mes de enero.

—No perderá aunque espere,—se dijo;—se los enviaré á domicilio, con una carta que le haga palidecer de rabia. Le escribiré que su adversario está aquí, que hoy cenó con Marx, que no volverá á entrar en mi casa.

¿Por qué no escribió Lucía? Porque tenía bastante mala intención y talento, para saber que el silencio es la más cruel de las elocuencias.

Durante el duelo, ¿qué ocurría en aquel corazón insaciable?

No os figuréis que estuviera inquieta por su amante de la antevíspera, ó por su amante de la víspera. Experimentaba cierta voluptuosidad al decirse:

—Se baten por mí, nada más que por mí. ¿Y por qué no se habían de batir por mí?

Se miraba en un espejito que tenía siempre bajo la almohada.

Llamó á su doncella.

—Me comprarás, cuando salgan, todos los periódicos de la mañana.

Tenía la seguridad de que todos los periódicos darían cuenta del duelo. Todo el universo iba á saber que dos hombres se habían batido por ella.

Pero ¿y si los periódicos no ponían su nombre?

Escribió á un cronista á la moda.

«Mi querido amigo:

»¡Estoy desesperada! A estas horas se baten por mis bellos ojos. Hice cuanto pude para impedir el duelo; pero el conde Locinski y Gontrán Staller, no quisieron escucharme. No hable usted de este duelo.

»LUCÍA.»

La comedianta estaba segura de que, recomendando que nada dijera al cronista, éste se apresuraría á contar el desafío.

Escribió á otro, para más seguridad:

«¡Cuando pienso que se me llama Girasol! ¿Es porque todos los hombres giran en torno mío? En vano echo agua al fuego, en vano me refugio en mi arte: los adoradores me asaltan, cortándose el pescuezo so pretexto de que no les hago caso. ¡Las comediantas somos bien dignas de compasión! Representamos la comedia y

creamos la tragedia. Si habla usted del duelo de Gontrán Staller y del conde Locinski, diga usted que la culpa no es mía, sino de mi ramillete.

»LUCÍA.

»P. S.—¡No vaya usted á publicar mi carta, ¡¡oh sempiterno indiscretoll!»

Y cuando Lucía hubo así dispuesto sus baterías, se tumbó perezosamente en la cama para dormir algunas horas más. ¡Pobre niña! ¡después de tantas emociones y tantas angustias!

Quando se despertó, corrió al ensayo, diciendo á todo el mundo:

—¡Estoy desesperada! ¿Por qué he de tener que cantar mientras por mí se baten?

Se sabía ya la historia del duelo.

—No te apenes,—le dijo una de sus amigas.—Esos señores se baten siempre, porque saben que no se han de matar.

Y Lucía atacó su principal número.

—¡Hola! Hoy está usted en voz,—dijole Offembach.—Nunca ha cantado usted tan bien.

Al final del ensayo, supo que el duelo había tenido lugar, y que ambos contendientes habían resultado heridos.

Admiró á los que la rodeaban con esta frase:

—¡Nada más!

Y añadió, hablando consigo misma:

—¡Si los periódicos no llegasen á hablar!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 12-183
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

Las locuras de una butaca de orquesta.

Cuando Lucía volvió á su casa, tuvo gran sorpresa al no encontrar en ella ni una palabra de Gontrán. Esperaba que la cólera ó el amor le habrían hecho escribir.

Se consoló algo al leer esta carta del conde polaco:

«Hermosa mía:

»Heme clayado en la cama por haberla amado á usted durante una hora. ¿No me serán concedidos cinco minutos de consuelo?

»Nunca tan lindos pies como los de usted habrían subido la escalera del hotel de Lille y de Albión.»

—No iré,—dijo Lucía.

Y, cambiando de resolución,

—¿Por qué no he de ir, puesto que Gontrán no ha venido?

Pero, aquel día, estuvo por completo entregada á su papel y á ese amante anónimo que se llama el Público, que es también el más serio de los amantes de las comediantas, puesto que á él es al que sacrifican todos los otros, aun cuando se trate de comediantas de la talla de Lucía.

Aunque ésta no se dejara nunca asaltar por las emociones procedentes del corazón, aquel día se encontraba sobreexcitada; cuando salió á escena, encontrósela más hermosa que de costumbre. Parecía que la pasión ani-

maba su rostro. Los otros días, cantaba como una muñeca; entonces lo hizo con más desenvoltura; no era aquello ni alma, ni pasión, ni genio; pero era el acaloramiento de la fiebre. Los críticos de la orquesta y del balconcillo comenzaron á decirse unos á otros:

—Ahí tiene que haber algo.

—Es el duelo,—dijo de pronto uno de ellos.

—¡El duelo!—exclamó un filósofo de bastidores.—No la conocéis; lo que ella ama no es el amante que ha tenido, sino el amor que no tendrá.

En la orquesta, una butaca siempre ocupada, hasta cuando no había casi nadie en el salón, tendió vanamente los brazos durante el primer acto á su espectador ausente; lo que hacía decir á Lucía:

—No viene.

La obra maestra en que trabajaba tenía dos actos; durante el entreacto, cuando se hubo puesto su segundo traje, fué á mirar por el agujero del telón.

—No viene,—dijo de nuevo.

Mas, en el segundo acto, cuando salió á escena, el espectador estaba allí. Sus miradas se encontraron.

Sí, el infortunado Gontrán había ido con su brazo en cabestrillo, con su corazón lleno de pena, con el cerebro lleno de indignación, no contra ella, sino contra sí mismo.

Después de cenar, so pretexto de fumar un cigarro, había salido de casa. Sin querer, habíase apartado del bulevar por la calle de Choisseul; como hacía frío, había entrado en el pasaje. ¿Por qué no pasarse allí como en otro sitio? Había visto entrar y salir á los espectadores de los Bufos. Había mirado á pesar suyo el cartel. Veinte veces se había dicho:

—Ahora está en escena; se viste; se desnuda; se pone colorete; insulta á su doncella y á su peluquero;

prueba la voz; está en los bastidores con todas las lengüas de hacha.

Y pasaba y volvía á pasar.

Después del primer acto, escuchó las conversaciones de los que salían para respirar durante el entre-acto.

—Es un triunfo para Lucía.

—No se la llamará más que Friné.

—¿Sabes que Lucía ha cantado realmente?

—Querrás decir que es realmente linda.

—No; quiero decir que esa pícara es capaz de todo, hasta de crearse un día cincuenta mil francos de renta con su voz.

—¿Luego estás enamorado de ella?

—Me gustaría saber quién no está enamorado de Lucía.

Completamente fuera de sí, Gontrán entró en los Bufos-Parisienses.

Tenía casi el aspecto de un demente; pasó junto á sus amigos sin reconocer á ninguno de ellos. El acto empezaba; se precipitó á su butaca de orquesta.

Únicamente los que han amado en el teatro saben cómo su querida transfigúrase en escena; el hombre que ama á una actriz ama á dos mujeres. La comedianta, fuera de su teatro, es como el ave que huye; en las tablas, es el ave que revolotea y canta. El sol de la rampa acentúa y dulcifica la belleza de las mujeres; da á su rostro el vivo resplandor corregiano y la hermosa sombra prudhomesca. Los astrólogos y los soñadores presentan planetas de una temperatura más ardiente, en la que la noche y el sueño no tendrán ya acción; el teatro es ya esa estrella esperada, el corazón late en él más pronto, allí se vive doble; las pasiones se acaloran, se entrechocan, se quiebran; el bastidor es un

país de hadas en que los más razonables experimentan el vértigo.

Quando Gontrán vió aparecer, en todo el esplendor de sus veinte años, en todo el brillo de su triunfo, á la comedianta, vestida de archiduquesa del Olimpo, es decir, casi desnuda, volvió á caer en su locura y se dijo que allí estaba la vida. Como los bebedores que hacen abstinencia y vuelven á mojar los labios en la copa, no tuvo fuerzas para resistir á la embriaguez y se arrojó por sí mismo en su mortal amor. Verdad es que Lucía acabó de cogerle con una de aquellas miradas incendiarias que hacían arder los cuatro extremos del salón.

Juzgó, por otra parte, que era aquello suficiente; y, en una entrada de dos minutos, pidió lápiz y papel para escribir estas palabras:

«Al caballero Gontrán Staller.

»Butaca de orquesta n.º 22.

»¡Cuán feliz soy viéndote la noche de mi triunfo! Tu brazo en cabestrillo me llega al corazón. ¡Ven, ven, ven! Te daré mis dos brazos.

»Tu Lucía.»

Aquello era cosa hecha. Cinco minutos después, Gontrán volvía de nuevo á aquellos infernales bastidores en que creyera encontrar el paraíso.

La archiduquesa del Olimpo le abrazó con violencia.

—¡Ahl! ¡Eres tú! ¡Qué contenta estoy! Hace un siglo que no te he visto.

Aunque entregada por completo á aquella expansión, Lucía no pudo menos de sonreír al ver que había manchado de blanco á su adorado. Le tiró su pañuelo al rostro.

—¡Toma, Sultán! Límpiate. Pero, después de todo, ésas son las pruebas de amor del teatro. Espérame; no

hago más que atravesar la escena: pasa al otro bastidor.

Gontrán besaba el pañuelo, dichoso al volver á encontrar aquel querido perfume que le turbaba el cerebro tanto tiempo hacía.

Estaba en el lado del patio, volvió á encontrar á Lucía en el lado del jardín. Allí, vióse precisado á co-dearse con algunos adoradores que la esperaban. No se creía que el amante oficial fuera aquella noche. Mas, cuando se la vió hablarle con una unción desconocida, dejóse el campo libre.

La comedianta decía «mi Gontrán», como la señora Dorval decía «mi Didier», como la señora Stolz decía «mi Fernando».

Lucía volvió á salir á escena para el desenlace.

Fué aquello una lluvia de ramilletes; las lilas blancas cayeron á sus pies cual copos de nieve. Sacó un brazado de ellas, convencida de que debía aquello al amor y al arte, y no al arte del amor. Fué llamada otra vez. Gontrán la miró cuando reapareció ante el público, oprimiendo con la voluptuosidad de la dicha las blancas flores.

—¡Ah!—dijo.—¡Si mi amigo Marchal pudiera pintarla así!

Ocurría esto en la época en que Carlos Marchal, que se había «enalsaciado» en su amor por las sabrosas jóvenes plantadas en plena naturaleza, quería demostrar á los pedantes, que haría tan bien como ellos, «sus clásicos». Probó maliciosamente que la mujer es siempre la misma en todos los siglos, cualquiera que sea su ropa. He aquí por qué pintó sus dos pequeñas obras maestras *Penélope* y *Friné*. Conocía muy bien á Lucía. La había visto en su gabinete de tocador á la hora en que se arreglaba las uñas, el pelo, los ojos y los lunares. Fué aquél un modelo que ni buscado para su *Friné*.

Después de su triunfo, Lucía llevó á Gontrán á su cuarto; caminaba él deslumbrado, como en un sueño, hasta sin presentir que se vería obligado á despertar nuevamente.

Llamaron á la puerta de su cuarto; pero Lucía, siempre tan accesible, fué despiadada para todo el que quiso verla.

Aquella noche, Gontrán era su amante.

Se marcharon á pie, cogidos del brazo, como los estudiantes y las grisetas.

Ni una palabra que no fuese la expresión de la dicha. Pero, cuando se llegó á la calle de Helder, Lucía dijo, suspirando:

—¿No es ésta una calle pasada de moda para una mujer como yo?

—Tú la volverás á hacer de moda. Dentro de cien años, cuando se eche á tierra la casa, se dirá: «Ahí vivió la señorita Lucía».

Llegaron ante el edificio.

—¡Dentro de cien años! ¡Pero si la casa ésta es ya una ruina! Mira esa fachada.

—Sí, sería menester ponerle unos pocos polvos de arroz. Pero ¿qué importa eso? La dicha no se alberga en los palacios.

—Sí, pero te confieso que siempre que vuelvo á casa me siento triste. En vano adorno mi nido; veo perfectamente que el árbol está despojado; esta casa pertenece á las lechuzas.

—Vaya, no entristezcamos tus ramilletes.

En aquel instante, el coche, que les seguía con la doncella, se detuvo delante de la puerta.

Subieron, Lucía cantó su pasaje principal en la escalera para despertar á los vecinos, pues quería que su triunfo hiciera felices á todos.

—Calla, querida, si no quieres que te echen de la casa.

—Por eso canto; no me resigno á vivir aquí; ¡quiero habitar en los Campos Eliseos, como la Patti; quiero tener un hotel propio, como la Barucci!

—Bien está; no-se hable más de eso: se te dará un hotel en los Campos Eliseos.

—¡Oh, sí! ¿No es verdad? Mira, es menester que la dicha esté bien vestida y bien albergada. La dicha sin diamantes, resulta triste.

Estos diamantes vertieron agua sobre el fuego.

—¡Ah! Muy bien; pero no seré yo quien me encargue de ir á las Indias para echar piedras en tu jardín. ¡Si supieras, por otra parte, lo inmerecidamente que se llevan los diamantes!

—Es demasiado perverso lo que me dices, querido. No te molestes; me bastará hacer un llamamiento á todos mis accionistas. Los hay que no temerán ir á las Indias; los hay que tienen cuenta abierta en casa de Moiana; los hay que arrancarían las estrellas al cielo para dármelas, querido.

Naturalmente, después de aquel triunfo, la señorita Lucía pasaba por un sueño de *Las Mil y una Noches*. Contrán estaba tan pronto bajo el encanto como bajo el imperio del horror; la joven rodeábale de rosas; pero él veía tras de ellas el abismo.

La belleza de la señorita Lucía era muy discutida y muy discutible. Vista de frente y de perfil, no podía negársele ni la gracia del óvalo ni la armonía de líneas. Se echaba de ver que la barba era demasiado acentuada; pero ella no olvidaba recordar á este respecto que aquélla era una de las cualidades de belleza en la antigüedad; y para probarlo mostraba medallas y camafeos. Y en esto se basaba para burlarse de las mujeres de



barba fugitiva. Por desgracia para ella, vista de tres cuartos, perdía mucho, porque tenía las mejillas algo salientes y arqueadas. La barba, que daba carácter al perfil, marcábase demasiado de tres cuartos. Así es que Lucía escogía bien su postura cuando se hacía pintar ó fotografiar; huía también de mostrarse de tres cuartos cuando presumía delante de un adorador á quien trataba de convencer. Sabía, por otra parte, dar á su rostro un aire encantador por la gracia felina de la sonrisa, sonrisa de los ojos, sonrisa de los dientes. Aunque fuese morena, se alababa de tener ojos azules, pero de un azul marino; si enseñaba los dientes, era porque la boca entreabierta sentábase bien, porque sus dientes no eran entonces de un orden perfecto: los caninos salían algo de las hileras como más glotones que los otros. Así es que, cuando Lucía decía riendo, en sus travesuras íntimas: «Descuide usted, no le daré más que un bocado», se miraban sus dientes caninos con una vaga inquietud.

Pero Lucía tenía además todas las seducciones de la verdadera parisiense, que se burlan de todas las críticas: seducciones arrebatadoras, seducciones hijas del espíritu, seducciones inesperadas. La comedianta nunca había sido sorprendida sin su colorete. Vestida, era irresistible; y más irresistible todavía con su peinador. Era la mujer de las ondulaciones y de los serpeos, excepto en sus horas de cólera, en las cuales estallaba como la tormenta. Pero tenía el juego de las lágrimas para hacerse perdonar—¡qué digo!—para perdonar.

XII

El tren de placer

Contrán se arrancó de los brazos de Lucía para ir á ver á su padre.

Había prometido á su madre que volvería dentro de una hora, y habían pasado tres.

¿Qué le iba á decir?

Porque la encontraría, sin duda alguna, velando al querido enfermo.

El señor Staller sentíase mejor.

—Estoy bien,—dijo á su hijo.—Lo cual es una dicha para vosotros, porque ahora recuerdo que no hay que perder un minuto para mantener la hipoteca del millón que presté al conde del Étang. Ahora que sus acreedores se ciernen sobre su fortuna, es menester velar por ese millón. ¡Con tal que los contratos estuvieran bien hechos! Volveré á dejaros mañana.

—¡Imposible!

—La necesidad acabará de curarme, y, en todo caso, si yo no, tú partirás.

—Cuenta conmigo. Saldré en el tren de las ocho.

De cerca ó de lejos, habréis, sin duda, conocido al conde del Étang, un amigo del duque de Morny, de Roqueplan, de Daru, de todos lo que há veinte años vivían en las alturas y muy bien.

No era un jugador, era el jugador, curiosa fisonomía que echamos todos de menos en la galería de Regnard, un jugador, á su vez, que jugó la vida contra el amor;

un hombre de genio que, sin pestañear, hubiera puesto su gloria sobre una carta.

El conde del Étang lo jugó todo y lo perdió todo, excepto el honor. Jugó su caballeriza, jugó su jauría, jugó su querida, jugó su castillo, un castillo real construido por Enrique II, jugó su muerte, después de haber jugado su vida. Su última pistola, la que él llamaba su último amigo, una alhaja que hubiese dado ganas de matarse—ó de matar—á Benvenuto Cellini, la jugó y la perdió, viéndose obligado á morir como un cualquiera.

Mas no cuento aquí la historia de su vida. Tenía en sus buenos tiempos cuatro castillos en torno de París, en los cuatro puntos cardinales. Decía de esto que era jugar á las cuatro esquinas. En uno de aquellos puntos, el señor Staller era su vecino de campo; se conocieron un día que ambos cazaban. Y un día, el conde del Étang pidió á su vecino, sin preparación de ningún género, un millón. El señor Staller no sabía que jugase. No se pide un millón así como así. Pero entonces, precisamente, el señor Staller, que acababa de enriquecerse rápidamente en 1852 en la creación del papel moneda, no pedía otra cosa que retirarse de la Bolsa.

—¡Un millón!—dijo á su vecino.—¿Y para cuándo lo quiere usted?

—Cuando usted guste; lo que se tarde en hacer una hipoteca sobre este castillo y el bosque en que cazamos.

Dicho y hecho.

El conde del Étang se jugó el millón y otros, hasta que se vió sepultado bajo una ruina espantosa.

El castillo y el bosque fueron vendidos. Había muchos acreedores, y no se entendían; el señor Staller mantenía su hipoteca por un millón.

Y véase ahora lo que sucedió:

El notario del país, que le servía de intendente,

pasó á mejor vida, teniendo por sucesor á un atolondrado que olvidó rehacer la hipoteca. El señor Staller fué el primero en darse cuenta de este olvido; no habían pasado, por otra parte, más que algunos días.

Gontrán había de salir, por consiguiente, en el primer tren, para ir á toda prisa á Beauvais á avistarse con el procurador y el abogado, con objeto de no perder una hora.

Aquí aparece el mal genio de la fortuna Staller.

Gontrán se separó de su padre á las tres, diciéndole que tomaría el tren de las ocho. Se acostó hasta las seis. Faltábale una hora para marchar cuando dijo adiós á su padre. Pero pasó por la calle de Helder.

Lucía dormía; fuéle necesario despertarla.

—¡Adiós!—le dijo.

—¿A dónde vas?

—A tres leguas de París, á un pueblo que tú no conoces.

Lucía se echó fuera de la cama.

—Quiero ir contigo.

Gontrán intentó en vano prescindir de tan lindo compañero de viaje; Lucía no quiso soltarle; se vió obligado á esperarla. El tren marchóse sin ellos.

Cuando llegaron á Beauvais, la oficina de las hipotecas estaba cerrada.

Aun no se había perdido todo; pero al siguiente día era menester levantarse temprano; después de un viaje de tres horas de tren, después de una velada agitada en el teatro de Beauvais, después de una cena con una comedianta y un periodista que allí encontraron, levantáronse al mediodía.

Lucía no quería almorzar sola. Sin embargo, el joven Staller tuvo valor para arrancarse de sus brazos y correr á casa del abogado.

Los dos fueron á las hipotecas; era tarde hacía ya dos horas; se habían hecho otras inscripciones: el millón estaba perdido.

—¿Qué quiere usted, caballero?—dijo el conservador á Gontrán.—No es costumbre pedir nuevas hipotecas al cabo de ocho días de haber caducado las anteriores. Creía, por otra parte, que el señor Staller había cobrado su millón.

—No es ésa la última palabra,—dijo el abogado;—pleitearemos contra esas nuevas inscripciones, que haremos declarar nulas.

—Caballero,—replicó el conservador,—creo que perderán ustedes el pleito; porque aquí sí que puede decirse: «Escrito está lo escrito».

Gontrán estaba atontado. Tenía todos los trabajos del mundo para comprender que se podía perder un millón por haberse levantado un par de horas demasiado tarde.

—Por favor,—dijo al abogado,—(no creí que esto fuese tan serio) no diga usted á mi padre que no le vi á usted hasta las doce.

Cuando Gontrán estuvo de vuelta en el hotel, dijo á Lucía:

—¡Esto es para romperse la cabeza! El llegar dos horas más tarde de lo debido, me ha costado perder un millón.

—¡Un millón!—exclamó Lucía.—¡Me lo hubieras dado á mí!

Estas fueron las únicas palabras de consuelo que encontró en la comedianta.

—¡Nunca me has amado!—le dijo lleno de cólera.

—¿Qué hay que hacer para probarte lo contrario?—exclamó Lucía con la sorpresa de una ingenua.

Lucía profesaba algún amor á Gontrán, pero amor

ligero, sin consistencia. No eran aquéllas las violencias de pasión que su primer amante le inspirara. Decía ella que había tenido sus estaciones de la cruz, su hiel y su vinagre, todos los azotes de los celos. Se figuraba que jamás volvería á caer bajo el encanto incisivo, bajo aquella cruel dominación. Había tenido el corazón aplastado á martillazos. Desafiaba á todo el mundo á que volviera á sumirla en aquellas angustias. Y sin embargo, sentía una sabrosísima voluptuosidad al acordarse de ellas. Con Gontrán, la cosa era muy distinta. Causábale dicha el verle, porque era bello. No sin vanidad le daba el brazo, porque era valiente. Y no sin curiosidad oíale referir las festivas historias del mundo galante. Pero sentía que entre él y ella había una cadena de flores que se rompería á la primera aventura sin desgarrarle á él las manos, porque las espinas estaban en la otra parte.

Gontrán la amaba locamente, apasionadamente, desesperadamente; la amaba por distracción, por pasatiempo, por capricho: un verdadero amor de sobremesa.

XIII

El testamento

Al volver á París, Gontrán encontró la casa revuelta. Ricord y Cabarrus, los médicos de los dos polos, habían sido llamados á la vez; se entendían porque el espíritu domina á la ciencia. También estaban Piogey y Paquelin, lo que hacía el número cabalístico en medicina.

El señor Staller había recaído; habíase recorrido todo París en busca de médicos. Y sabido es que, por la noche, es una suerte encontrarlos, si no es una mala suerte. Se había buscado á Gontrán en los dos círculos á donde iba; se le había buscado también en los Italianos, en donde había una función extraordinaria; no se había olvidado que podía estar en los Bufos Parisienses; pero, cuando pasaron por el despacho, no había ido aún.

—Tu padre ha preguntado por ti muchas veces,—dijo la señora Staller á su hijo, sin dirigirle ningún reproche.

Cuando los médicos hubieronse alejado, Gontrán se acercó á su padre; cogió una de sus manos y besósele en silencio.

—Padre mío, perdóneme usted.

—Te perdono,—dijo el padre.—No se atraviesa impunemente la juventud; yo también tuve mis horas de locura. Pero mi corazón lo salvó todo; que es lo que á ti te ocurrirá. Escúchame atento.

El enfermo bebió un trago de vino. Los cuatro médicos, á fuerza de ciencia, habíanse puesto de parte de Natura; habían aconsejado el vino de Château-Iquem como el mejor cordial para reavivar el espíritu y el cuerpo.

El señor Staller habló así á su hijo:

—Voy á morir. Hay enfermos que no se dejan engañar. La muerte no me espanta, porque creo en Dios. Voy á encontrar de nuevo á mis padres. Voy á esperarlos. Con razón se dice que hay estados ventajosos, pues to que me resigno á dejaros aquí.

El señor Staller no quería enter necerse; pero en sus ojos se vieron lágrimas. Estrechó entre las suyas la mano de su hijo.

ligero, sin consistencia. No eran aquéllas las violencias de pasión que su primer amante le inspirara. Decía ella que había tenido sus estaciones de la cruz, su hiel y su vinagre, todos los azotes de los celos. Se figuraba que jamás volvería á caer bajo el encanto incisivo, bajo aquella cruel dominación. Había tenido el corazón aplastado á martillazos. Desafiaba á todo el mundo á que volviera á sumirla en aquellas angustias. Y sin embargo, sentía una sabrosísima voluptuosidad al acordarse de ellas. Con Gontrán, la cosa era muy distinta. Causábale dicha el verle, porque era bello. No sin vanidad le daba el brazo, porque era valiente. Y no sin curiosidad oíale referir las festivas historias del mundo galante. Pero sentía que entre él y ella había una cadena de flores que se rompería á la primera aventura sin desgarrarle á él las manos, porque las espinas estaban en la otra parte.

Gontrán la amaba locamente, apasionadamente, desesperadamente; la amaba por distracción, por pasatiempo, por capricho: un verdadero amor de sobremesa.

XIII

El testamento

Al volver á París, Gontrán encontró la casa revuelta. Ricord y Cabarrus, los médicos de los dos polos, habían sido llamados á la vez; se entendían porque el espíritu domina á la ciencia. También estaban Piogey y Paquelin, lo que hacía el número cabalístico en medicina.

El señor Staller había recaído; habíase recorrido todo París en busca de médicos. Y sabido es que, por la noche, es una suerte encontrarlos, si no es una mala suerte. Se había buscado á Gontrán en los dos círculos á donde iba; se le había buscado también en los Italianos, en donde había una función extraordinaria; no se había olvidado que podía estar en los Bufos Parisienses; pero, cuando pasaron por el despacho, no había ido aún.

—Tu padre ha preguntado por ti muchas veces,—dijo la señora Staller á su hijo, sin dirigirle ningún reproche.

Cuando los médicos hubieronse alejado, Gontrán se acercó á su padre; cogió una de sus manos y besósele en silencio.

—Padre mío, perdóneme usted.

—Te perdono,—dijo el padre.—No se atraviesa impunemente la juventud; yo también tuve mis horas de locura. Pero mi corazón lo salvó todo; que es lo que á ti te ocurrirá. Escúchame atento.

El enfermo bebió un trago de vino. Los cuatro médicos, á fuerza de ciencia, habíanse puesto de parte de Natura; habían aconsejado el vino de Château-Iquem como el mejor cordial para reavivar el espíritu y el cuerpo.

El señor Staller habló así á su hijo:

—Voy á morir. Hay enfermos que no se dejan engañar. La muerte no me espanta, porque creo en Dios. Voy á encontrar de nuevo á mis padres. Voy á esperarlos. Con razón se dice que hay estados ventajosos, pues to que me resigno á dejaros aquí.

El señor Staller no quería enternecerse; pero en sus ojos se vieron lágrimas. Estrechó entre las suyas la mano de su hijo.

—Espero comprenderás tu deber. Mañana serás el cabeza de familia; amas á tu madre y á tu hermana: serás digno de tu nombre. Muero triste porque os dejen empobrecidos; apenas si os quedan un par de millones, que, dada la vida infernal de París, es la medianía. ¿Quién sabe si, dentro de veinte años, no será la miseria? Pero no vayamos tan lejos.

El señor Staller miró á Gontrán.

—No te pregunto cuánto tomaste para pagar tu deuda de juego. Todo, naturalmente, á descontar de tu dote.

El hijo interrumpió al padre.

—Me avergonzaría, padre mío, si hiciera perder un céntimo á mi hermana.

—No lo dudo. Era mi objeto que cada uno tuviera un millón; me hubiera contentado con el resto para vivir en mi castillo. No olvidéis que hay días en que las personas honradas pagan por los granujas. Nunca firmes nada sin leer lo que vayas á firmar; mi padre me dijo esto, pero el hombre juzga al hombre por sí mismo.

El señor Staller bebió otro trago de vino.

—Consuela á tu madre amándola mucho; casa á tu hermana con un hombre galante. No olvides que, si el amor no media, haría mala boda; un buen hombre y una buena mujer que se aman no son nunca pobres. Por lo que á ti hace, te aconsejo te cases joven; la naturaleza no quiere que el hombre construya su casa cuando no tiene toda su fuerza. Todos esos amores superficiales son granos de trigo perdidos en una tierra infecunda; las buenas semillas son las que vienen después de las buenas siembras. No olvides estas palabras de la Escritura: «¡Infeliz del hombre solo!»; que viene á decir: «¡Infeliz del hombre sin hijos!»

—Me casaré joven, padre mío.

La figura de Lucía pasó por delante de él como una fúnebre sombra.

—No olvides que la fortuna no se defiende contra sí misma. Los ricos son todos los días atacados, no diré por los pobres, sino por los que quieren hacerse ricos. Está siempre alerta; no es la caridad lo que arruina, sino la necedad, la imprudencia, la locura, la pasión. Hay buenas y malas épocas en la vida; si sientes el buen viento, despliega todas tus velas; si la mala sombra aparece, crúzate de brazos ó échate á dormir.

El señor Staller llevóse el vaso á los labios.

—Te hablo demasiado de dinero; mas, como decía mi padre, esto es hablar en oro. Mira, es que el dinero es buen príncipe y el mejor amigo, puesto que el dinero se llama sucesivamente libertad, fraternidad y caridad. Hay política mala desde que el mundo es mundo; siempre la habrá. La buena política es la moneda de cien sueldos. Desafia todos los servilismos, consueta de todas las miserias. El día de mi muerte, da sin contar á todos los pobres que veas.

La voz del señor Staller llegaba apenas al oído de Gontrán, aun cuando éste se inclinara hacia su padre.

—No hago testamento, porque sé que tú pensarás como yo hubiera pensado.

El señor Staller quiso seguir; pero algunas palabras incoherentes chocaron en sus labios; trataba de recobrar toda la fuerza de su espíritu, mas ya la había agotado. Pronunció el nombre de su mujer y el de su hija. Cuando éstas se presentaron, el moribundo apenas las reconoció. Aquello era cosa hecha; la muerte había acertado al dar el golpe; estaba escrito que el señor Staller no volvería á mirar la luz del día.

Cuando Gontrán vió, hacia las siete de la mañana,

que todo estaba perdido, subió á su cuarto y escribió á Lucía para enterarla de lo que le pasaba.

«Comprende toda mi pena. No te veré estos días, pero te amo», la dijo por carta.

¿Qué se le ocurrió á la comedianta leyendo estos renglones?

— ¡Tengo mi hotel! — exclamó, haciendo una pirueta. Y tomó asiento ante el piano para cantar un trozo de *La bella Elena*.

Cuando acabó su aire, murmuró:

— Gontrán no me verá estos días. ¿Quién me verá entonces?

XIV

El amor y la conciencia

Seis semanas después, Gontrán y Lucía se paseaban por los Campos Elíseos en un pequeño cupé que llevaba una cortina corrida.

Gontrán tenía el pudor de su duelo.

Recorrían la avenida de los Campos Elíseos, la avenida de Friedland, la avenida de la Reina Hortensia, visitando los hoteles, para los cuales se buscaba comprador, animándoles ya con la vida loca que en ellos había de resplandecer.

Se habían aventurado en los mejores. Nada era bastante bello para la señorita.

Comprendía, sin embargo, que era menester moderar un poco sus aspiraciones.

Se contentó con un hotel de la calle de Courcelles, que sólo costó al joven doscientos mil francos.

¿Cómo Gontrán, por su parte, doblaba el cuello ante aquella nueva locura? Gastaba con Lucía quinientos francos diarios; caballos, coches, ramilletes y vestidos; porque si la joven aun no se había hecho una gran comedianta, habíase tornado una gran «cocotte».

Es que Gontrán estaba siempre entregado á los compromisos de amor y de conciencia. Ésta decía al amor: «Eso es demasiado; me has arrastrado más lejos que quería; si doy un paso más, no volveré á encontrar mi camino». El amor decía á la conciencia: «¡Pido tan poca cosa para vivir y para ser dichoso! Ese hotel, que hace falta para albergar dos corazones, por ejemplo, cuesta doscientos mil francos; pero el Crédito Territorial presta cien mil por hipoteca. ¿Y qué es una hipoteca que se paga y se borra en cincuenta años? Estar en su casa, es el ideal. ¿Quién no está hoy en su casa? Vivir en una casa de alquiler es vivir en un ómnibus. ¡Aparta! ¡no eres de tu época, conciencia, amiga mía!» La conciencia daba mil buenas razones, mas no se la escuchaba.

Lucía tuvo su hotel en la calle de Courcelles. Era una linda alhaja de piedra. Fachada estilo Luis XV, toda tallada, bustos Pompadour, marcos en forma de cordón, molduras armoniosas. El interior estaba hecho para la intimidad, con sus tinturas de seda y su madeiraje finamente trabajado. Los herrajes indicaban un artista; todos los techos estaban poblados de amores y de pájaros. Pocas nubes. ¿Para qué nubes? Y la sala de baño, toda de mármol blanco dentro de un marco de ónix, con clavos de oro, verdaderas estrellas, en el techo. No había jardín; pero en el invernadero, que sería el fumadero, ¿no podría ella encerrar toda la flora lujuriosa de los trópicos?

Lucía echó de ver con alegría que la escalera de

que todo estaba perdido, subió á su cuarto y escribió á Lucía para enterarla de lo que le pasaba.

«Comprende toda mi pena. No te veré estos días, pero te amo», la dijo por carta.

¿Qué se le ocurrió á la comedianta leyendo estos renglones?

— ¡Tengo mi hotel! — exclamó, haciendo una pirueta. Y tomó asiento ante el piano para cantar un trozo de *La bella Elena*.

Cuando acabó su aire, murmuró:

— Gontrán no me verá estos días. ¿Quién me verá entonces?

XIV

El amor y la conciencia

Seis semanas después, Gontrán y Lucía se paseaban por los Campos Elíseos en un pequeño cupé que llevaba una cortina corrida.

Gontrán tenía el pudor de su duelo.

Recorrían la avenida de los Campos Elíseos, la avenida de Friedland, la avenida de la Reina Hortensia, visitando los hoteles, para los cuales se buscaba comprador, animándoles ya con la vida loca que en ellos había de resplandecer.

Se habían aventurado en los mejores. Nada era bastante bello para la señorita.

Comprendía, sin embargo, que era menester moderar un poco sus aspiraciones.

Se contentó con un hotel de la calle de Courcelles, que sólo costó al joven doscientos mil francos.

¿Cómo Gontrán, por su parte, doblaba el cuello ante aquella nueva locura? Gastaba con Lucía quinientos francos diarios; caballos, coches, ramilletes y vestidos; porque si la joven aun no se había hecho una gran comedianta, habíase tornado una gran «cocotte».

Es que Gontrán estaba siempre entregado á los compromisos de amor y de conciencia. Ésta decía al amor: «Eso es demasiado; me has arrastrado más lejos que quería; si doy un paso más, no volveré á encontrar mi camino». El amor decía á la conciencia: «¡Pido tan poca cosa para vivir y para ser dichoso! Ese hotel, que hace falta para albergar dos corazones, por ejemplo, cuesta doscientos mil francos; pero el Crédito Territorial presta cien mil por hipoteca. ¿Y qué es una hipoteca que se paga y se borra en cincuenta años? Estar en su casa, es el ideal. ¿Quién no está hoy en su casa? Vivir en una casa de alquiler es vivir en un ómnibus. ¡Aparta! ¡no eres de tu época, conciencia, amiga mía!» La conciencia daba mil buenas razones, mas no se la escuchaba.

Lucía tuvo su hotel en la calle de Courcelles. Era una linda alhaja de piedra. Fachada estilo Luis XV, toda tallada, bustos Pompadour, marcos en forma de cordón, molduras armoniosas. El interior estaba hecho para la intimidad, con sus tinturas de seda y su madeiraje finamente trabajado. Los herrajes indicaban un artista; todos los techos estaban poblados de amores y de pájaros. Pocas nubes. ¿Para qué nubes? Y la sala de baño, toda de mármol blanco dentro de un marco de ónix, con clavos de oro, verdaderas estrellas, en el techo. No había jardín; pero en el invernadero, que sería el fumadero, ¿no podría ella encerrar toda la flora lujuriosa de los trópicos?

Lucía echó de ver con alegría que la escalera de

servicio era bastante linda para hacer de ella una escalera oculta.

XV

La tocadora de harpa

Mucho se habló del hotel de la señorita Lucía, como de una morada de princesa. En él se pasaban las horas en buena compañía. Recibióse una vez por semana á los mejores de los malos. La crónica de los periódicos hablaba á diario de las fiestas de Lucía, de los hechos y gestos—¡qué digo!—de las frases felices de Lucía.

Todo el mundo envidiaba á Gontrán, todos burlábanse de él. El joven, por su parte, se prometía todos los días cesar en aquellos desórdenes, pero todos los días caía fatalmente bajo su yugo.

Lucía era el encanto y el veneno de su vida. Pero ¿no se ha dicho á propósito de esas mujeres que, acostumbrándose á ellas, los hombres se acostumbran á los venenos?

Por otra parte, Gontrán no estaba del todo entregado á las malas pasiones; tenía sus horas juiciosas. Casi siempre almorzaba y comía con su madre. Las comediantas nunca se sientan formalmente á la mesa, excepto para cenar; almuerzan en la cama, comen casi en pie, porque la hora de la función se acerca, excepto los días en que no trabajan. Y Lucía trabajaba casi todas las noches. Gontrán podía, pues, almorzar y comer en casa, sin que Lucía pudiera echarle en cara que la abandonase.

Cuando franqueaba el umbral de su casa, convertíase en otro hombre: la imagen de Lucía le abandonaba en la antecámara, y el recuerdo de su padre ocupaba todo su ser. Durante la comida, la señora Staller, que parecía conducir la conversación, abría ante los ojos de su hijo las perspectivas de una vida seria, premiada por la consideración. Le reprendía porque no hacía nada; tenían amigos en el mundo oficial; le aconsejaba pensase en una función cualquiera; no era bastante rico para estar cruzado de brazos.

—A menos,—solía decirle,—á menos de hacer un buen matrimonio.

Y con esto quería darle á entender que debía casarse con la señorita de Marcy, que tan bien tocaba el harpa.

—¡Bueno!—exclamaba Gontrán.—No deseo otra cosa sino casarme con la señorita de Marcy.

Decía esto como se dice á un amigo que ha de marcharse á la India al año siguiente: «Iré con usted».

Gontrán dedicaba de vez en cuando una velada á su madre y á su hermana, cuando éstas tenían visitas. Aun cuando estuviesen de luto riguroso, habían vuelto á abrir sus puertas á algunos amigos íntimos: la señorita de Marcy no era de éstos, pero lo fué muy pronto.

—¿No sabes,—dijo un día la señorita Staller á su hermano,—que la señorita de Marcy vendrá esta noche, con nuestras amigas, á tomar una taza de té? ¿Te escaparás, lindo pájaro?

—No. ¿Tocará el harpa esa señorita?

—¿Estás loco? De sobra sabes que aquí no pega la música. Por otra parte, ya no toca el harpa.

—¿Y por qué no toca el harpa?

—Porque está triste.

—¿Y por qué está triste?

—¡Ah, he ahí el secreto! ¡Pero es un secreto suyo!

servicio era bastante linda para hacer de ella una escalera oculta.

XV

La tocadora de harpa

Mucho se habló del hotel de la señorita Lucía, como de una morada de princesa. En él se pasaban las horas en buena compañía. Recibióse una vez por semana á los mejores de los malos. La crónica de los periódicos hablaba á diario de las fiestas de Lucía, de los hechos y gestos—¡qué digo!—de las frases felices de Lucía.

Todo el mundo envidiaba á Gontrán, todos burlábanse de él. El joven, por su parte, se prometía todos los días cesar en aquellos desórdenes, pero todos los días caía fatalmente bajo su yugo.

Lucía era el encanto y el veneno de su vida. Pero ¿no se ha dicho á propósito de esas mujeres que, acostumbrándose á ellas, los hombres se acostumbran á los venenos?

Por otra parte, Gontrán no estaba del todo entregado á las malas pasiones; tenía sus horas juiciosas. Casi siempre almorzaba y comía con su madre. Las comediantas nunca se sientan formalmente á la mesa, excepto para cenar; almuerzan en la cama, comen casi en pie, porque la hora de la función se acerca, excepto los días en que no trabajan. Y Lucía trabajaba casi todas las noches. Gontrán podía, pues, almorzar y comer en casa, sin que Lucía pudiera echarle en cara que la abandonase.

Cuando franqueaba el umbral de su casa, convertíase en otro hombre: la imagen de Lucía le abandonaba en la antecámara, y el recuerdo de su padre ocupaba todo su ser. Durante la comida, la señora Staller, que parecía conducir la conversación, abría ante los ojos de su hijo las perspectivas de una vida seria, premiada por la consideración. Le reprendía porque no hacía nada; tenían amigos en el mundo oficial; le aconsejaba pensase en una función cualquiera; no era bastante rico para estar cruzado de brazos.

—A menos,—solía decirle,—á menos de hacer un buen matrimonio.

Y con esto quería darle á entender que debía casarse con la señorita de Marcy, que tan bien tocaba el harpa.

—¡Bueno!—exclamaba Gontrán.—No deseo otra cosa sino casarme con la señorita de Marcy.

Decía esto como se dice á un amigo que ha de marcharse á la India al año siguiente: «Iré con usted».

Gontrán dedicaba de vez en cuando una velada á su madre y á su hermana, cuando éstas tenían visitas. Aun cuando estuviesen de luto riguroso, habían vuelto á abrir sus puertas á algunos amigos íntimos: la señorita de Marcy no era de éstos, pero lo fué muy pronto.

—¿No sabes,—dijo un día la señorita Staller á su hermano,—que la señorita de Marcy vendrá esta noche, con nuestras amigas, á tomar una taza de té? ¿Te escaparás, lindo pájaro?

—No. ¿Tocará el harpa esa señorita?

—¿Estás loco? De sobra sabes que aquí no pega la música. Por otra parte, ya no toca el harpa.

—¿Y por qué no toca el harpa?

—Porque está triste.

—¿Y por qué está triste?

—¡Ah, he ahí el secreto! ¡Pero es un secreto suyo!

—Pues bien; si es suyo, confíamele.

—Está triste porque ama. Parece que el amor es triste.

—Te veo venir. Quisieras hacerme creer que es á mí á quien ama. Mira, querida, una mujer que toca tan bien el harpa es una mujer enamorada, no cabe duda. Pero enamorada del amor; tanto le importa Juan como Pedro; si no soy yo, será otro; si no es éste, será aquél.

—¿Eso te figuras?

Gontrán miró á su hermana. Ésta parecía triste.

—¡Ahora que pienso...! Dijiste antes que el amor no es alegre... ¿Es que tú también tienes tu secreto?

Gontrán abrazó á su hermana.

—¡Querida hermanita mía, cuéntame tu secreto! ¿No es, en síntesis, que amas á Raúl?

—¿Qué Raúl?

—Mal haces en dirigirme esa pregunta. Bien sabes que no hay sino un Raúl, Raúl de Oraie. Haces bien en amarle; es un corazón leal, un espíritu delicado; es el hombre que yo te hubiera querido elegir, si tú misma no le hubieses escogido.

Una lágrima vióse en las pestañas de la joven.

—¡Sí supieras cuán bueno es tu amigo!

—Sólo un defecto tiene; que no es rico. ¡Y obstinado en hacer esculturas! Pero, en fin, ¡se elevan actualmente tantas estatuas...! No hay que desesperar. Además, no hacen falta todos los bienes del mundo para vivir.

La señorita Staller ya suponía que Raúl —el único Raúl— no era rico, mas tampoco sabía con cuánto, por su parte, podía ella contar.

—¿Qué dote me darás?—dijo á su hermano, mirándole con la hermosa mirada de las almas sencillas.

Llevado de su amor fraternal, el joven la respondió:

—Todo lo que tienes y todo lo que tengo, si quieres.

—¡Todo lo que tienes!—murmuró la joven.—Ni mamá ni yo nos atrevemos á preguntarte acerca del asunto; sabemos que has perdido al juego, sabemos que no colocas bien tu oro... Dime la verdad: ¿cómo estás?

—¡Que cómo estoy!

Él mismo no osaba preguntárselo.

—Oye, mi querida hermanita: he hecho muchas locuras; pero tu fortuna, como la de nuestra madre, es para mí sagrada. Si un día llegase á no tener un céntimo, quedaríame el consuelo de decirme que nunca toqué al bien de otro.

—¡Me espantas! Hablas de no tener un céntimo cual si te hallases muy cerca de ese fin.

Aunque Gontrán no fuese buen matemático, había vagamente calculado que, con la vida que llevaba, faltaría unos seis meses para acabar con el millón. Aun le quedaban unos ciento cincuenta mil francos; había introducido algún orden en su desorden, mejor dicho, en el desorden de Lucía. Por desgracia, él que no había jugado—última sumisión á la memoria de su padre—se había aventurado en la Bolsa, como todos los que quieren, como vulgarmente se dice, echar el resto.

—No veo,—le dijo su hermana,—sino un recurso serio, en el caso de convenirte no avanzar más en tu locura —quería decir en tu ruina—; que te cases con la señorita de Marcy; te ama y tiene un millón de dote; dos fortunas por una.

—No deseo otra cosa. Es bella, tiene talento, pertenece á la sociedad más escogida; para mí, es lo inesperado.

—Bueno, pues hasta esta noche.

—Sí, hasta esta noche.

Y Gontrán voló á casa de Lucía.

—¿No sabes,—díjole ésta,—que tengo un príncipe,

nada más, que me da serenatas al pie mismo de mi balcón? Voy á serte infiel.

—¿No sabes,—replicóla Gontrán,—que hay una princesa que quiere casarse conmigo? ¿No sabes que voy á plantarte?

—¿Quién es esa princesa?

—Una joven muy linda, querida, que lleva un bello nombre y que no tendría inconveniente en llamarse señora Staller.

—¡Chusca es la idea que tienen todas esas señoritas, queriéndose casar para arrebatarnos nuestros amantes! ¡Y si fuese para conservarlos!

—A veces los conservan; hay más de una mujer que es á un tiempo la amante de su esposo.

Al oír estas palabras, Lucía estremeciése de celos.

—¿Pues bien, amigo mío, cástate! ¿Y cómo se llama esa princesa?

—Todavía no lo sé,—respondió Gontrán.

—¿Pues cómo sabes que lleva un bello nombre? Sin duda es la señorita Bacalada ó la señorita Grulla. Yo me enteraré de todo, porque tengo mi policía.

Gontrán lamentó haber dicho tanto, pero se figuró que aquella loca no daría crédito á una confidencia hecha entre risas.

Por la noche, mientras Lucía cantaba en los Bufos Parisienses un dúo con Leoncio, Gontrán se enamoraba seriamente de la señorita de Marcy.

Hay hombres en los que influyen, como en las sensitivas, las variaciones atmosféricas. Cuando Gontrán estaba en el teatro, desdeñaba á las mujeres de mundo; cuando estaba en un salón, las mujeres de teatro desaparecían en los bastidores, entre lampistas y tramoyistas.

Aquella noche, Gontrán se admiraba de haber esta-

do tanto tiempo prisionero en las redes de la entretenida. Por primera vez creía respirar el aire vivo de las montañas. Su alma volaba por encima de las nubes, en el azul del cielo. Dejaba que sus ojos descansaran, con un indecible encanto, en los bellos ojos de la señorita de Marcy. En ésta, todo era pureza, todo era luz, todo era verdad; nada había turbado los lagos del alma. La voz que le hablaba nunca había mentido: aquellos lindos labios jamás debían mancharse con aquellas palabras amorosas dichas á boca que pides. Tener una mujer que pertenece á otros, es una dicha infernal; pero ser dueño de una mujer á la que nadie más puede aspirar, ¿no es la dicha soberana?

Aquella noche, Gontrán no fué á casa de Lucía.

Al siguiente día por la mañana, levantóse orgulloso de sí mismo; tan lejos se encontraba del deber, que obrar bien le parecía una heroicidad.

La víspera se había convenido, entre su hermana y la señorita de Marcy, que se encontrarían en los Italianos, en el segundo proscenio con salón de la familia de Marcy. A Gontrán le regocijaba volver á ver á la joven.

Ésta vestía aquella noche un adorable traje azul celeste, tal vez algo escotado para una muchacha casadera; mas ¿quién no perdona esto á unos bellos hombros, sobre todo cuando el candor los viste?

La señorita de Marcy no se asemejaba á aquellas jóvenes que se exponen á perderlo todo escotándose: la cabeza es bella, el brillo de la juventud pasa por la frente, por los ojos, por los labios; pero las cuerdas del cuello, los huecos que éstos hacen, los tímidos senos que no se quieren mostrar, los brazos flacuchos, entristecen la mirada y empobrecen el rostro. Muchas mujeres no llegan á su esplendor hasta los veinticinco años; cada edad tiene sus placeres, reza la canción.

Pero la señorita de Marcy había crecido de un solo golpe, como aquellos árboles generosos que quieren dar fruto cuando aun se aspira el aroma de sus flores; había mostrado en su belleza con todas las ostentaciones de la juventud. Los soñadores, los poetas, los buscadores del ideal, hubiesen hallado en ella no sé qué de copioso y de excesivamente terrenal; por mi parte, la admiraba tal como era en la fuerza de su salud, en la riqueza de su sangre. Es menester saludar siempre á la belleza, cualquiera que sea su carácter.

Tal era la opinión de Gontrán. Había amado á Lucía en su palidez de enferma, en su estructura nerviosa y delicada; amaba á la señorita de Marcy en su fuerza sonriente.

Sintió verdadera alegría al volverla á ver en los Italianos; la joven adoraba la música, de la que hablaba con pasión.

Representábase *La Sonámbula*: por primera vez comprendió Gontrán á Bellini.

—Es bello y bueno,—dijo á la señorita de Marcy,—escuchar una música como ésta mirándola á usted.

—Mejor haría usted en mirar á la señorita Patti.

No quiero molestaros repitiéndoos todas las galanterías de Gontrán. La señorita de Marcy dejóse seducir, porque en él hablaba el corazón.

Gontrán estaba á mil leguas de Lucía, cual si el amor que la profesara hubiera sido una farsa de los Bufos. El amor que sentía ya por la señorita de Marcy era profundo, serio, poético como la música de Bellini.

La joven era tan franca, que habló al joven sin rodeos. Encontraba á Gontrán encantador, tratando de todo sin pedantería, con finura parisiense. No se las echaba ni podía echárselas de bonito; hubiera estado uera de su sitio en el escaparate de un peluquero ó so-

bre el pedestal del Apolo de Belvédère; pero, en cualquiera otra parte, se distinguía por su cabeza expresiva. Si no hacía nada, juzgábase que hubiera podido hacer algo. ¡Cuántos soldados no dispararon un tiro y pudieron ser héroes!

Aquella noche, Gontrán estuvo irresistible. Cuando la señorita de Marcy se encontró sola en su aposento, cantó dulcemente el número principal de la Patti, como si las palabras de oro de Gontrán resonaran aún en su oído.

—Decididamente,—dijo, durmiéndose,—*La Sonámbula* es la mejor de todas las óperas.

Y, durante la noche, fué la sonámbula del amor; durmiendo veía á Gontrán, viajaba con él en el país de los sueños.

Se vió con una corona de azahar; pero un cuervo picoteaba la blanca flor.

XVI

Del peligro de escribir cartas

La señorita de Marcy había dicho á Gontrán que tenía que acompañar á su madre al baile de la corte. Gontrán había pensado en ir á él á su vez; pero su hermana le recordó que aun estaba de luto riguroso. Las horas parecieronle muy largas.

—Después de todo,—se dijo,—puesto que no amo á Lucía, puedo muy bien ir á verla.

La encontró en la escalera; iba al Bosque.

Pero la señorita de Marcy había crecido de un solo golpe, como aquellos árboles generosos que quieren dar fruto cuando aun se aspira el aroma de sus flores; habíase mostrado en su belleza con todas las ostentaciones de la juventud. Los soñadores, los poetas, los buscadores del ideal, hubiesen hallado en ella no sé qué de copioso y de excesivamente terrenal; por mi parte, la admiraba tal como era en la fuerza de su salud, en la riqueza de su sangre. Es menester saludar siempre á la belleza, cualquiera que sea su carácter.

Tal era la opinión de Gontrán. Había amado á Lucía en su palidez de enferma, en su estructura nerviosa y delicada; amaba á la señorita de Marcy en su fuerza sonriente.

Sintió verdadera alegría al volverla á ver en los Italianos; la joven adoraba la música, de la que hablaba con pasión.

Representábase *La Sonámbula*: por primera vez comprendió Gontrán á Bellini.

—Es bello y bueno,—dijo á la señorita de Marcy,—escuchar una música como ésta mirándola á usted.

—Mejor haría usted en mirar á la señorita Patti.

No quiero molestaros repitiéndoos todas las galanterías de Gontrán. La señorita de Marcy dejóse seducir, porque en él hablaba el corazón.

Gontrán estaba á mil leguas de Lucía, cual si el amor que la profesara hubiera sido una farsa de los Bufos. El amor que sentía ya por la señorita de Marcy era profundo, serio, poético como la música de Bellini.

La joven era tan franca, que habló al joven sin rodeos. Encontraba á Gontrán encantador, tratando de todo sin pedantería, con finura parisiense. No se las echaba ni podía echárselas de bonito; hubiera estado uera de su sitio en el escaparate de un peluquero ó so-

bre el pedestal del Apolo de Belvédère; pero, en cualquiera otra parte, se distinguía por su cabeza expresiva. Si no hacía nada, juzgábase que hubiera podido hacer algo. ¡Cuántos soldados no dispararon un tiro y pudieron ser héroes!

Aquella noche, Gontrán estuvo irresistible. Cuando la señorita de Marcy se encontró sola en su aposento, cantó dulcemente el número principal de la Patti, como si las palabras de oro de Gontrán resonaran aún en su oído.

—Decididamente,—dijo, durmiéndose,—*La Sonámbula* es la mejor de todas las óperas.

Y, durante la noche, fué la sonámbula del amor; durmiendo veía á Gontrán, viajaba con él en el país de los sueños.

Se vió con una corona de azahar; pero un cuervo picoteaba la blanca flor.

XVI

Del peligro de escribir cartas

La señorita de Marcy había dicho á Gontrán que tenía que acompañar á su madre al baile de la corte. Gontrán había pensado en ir á él á su vez; pero su hermana le recordó que aun estaba de luto riguroso. Las horas parecieronle muy largas.

—Después de todo,—se dijo,—puesto que no amo á Lucía, puedo muy bien ir á verla.

La encontró en la escalera; iba al Bosque.

—¿Vienes conmigo?—le dijo.

Sabido es que, en presencia de Lucía, el joven no tenía voluntad propia. Le dió la mano para ir al coche y subió á él, como si hubiera obedecido á una orden.

—¿Qué importa esto?—se decía.—No se me verá; dejaré la portezuela levantada y permaneceré recostado en un rincón, como una estatua en su nicho.

Preguntó á Lucía si esperaba encontrarse con su príncipe.

—Tal vez,—respondióle ella.—¿Y tú? ¿Qué has hecho de tu princesita?

—No la he visto.

—Pues bien, yo sí la he visto, y á ti con ella. ¡Y que hacíais una bella parejita! No me cabe duda que el cuadro se expondrá en el próximo salón; y podrá llamarse el lienzo Hero y Leandro, Romeo y Julieta ó Abelardo y Eloísa.

—¿Dónde viste tan lindo espectáculo?

—¡Hermosa pregunta! En un proscenio de los Italianos.

—¿Cómo has podido representar en los Bufos y estar en los Italianos?

—Yo me sé cómo. ¡Y en verdad que la tal princesita no es una heroína de novela! ¡Cualquiera la creería una Maritornes! ¡Qué exuberancia! ¡Se puede dormir de pie en sus caderas! Y, aun cuando no los he visto, supongo que sus pies han de ser algo semejante... ¿Cargarías con tal mujer para tí solo? ¡Vamos, hombre! ¡Si hay allí para cuatro!

—¡Chito!—dijo Gontrán con impaciencia.—¡Te prohibo que hables así!

—¡Ah! ¡Es una madona, hay que hacerle la señal de la cruz! Pero, querido, ¿no sabes que ya no hay madonas? Con su belleza de color subido, no vale más que

yo. Y Dios sabe lo que yo valgo. ¿Te imaginas acaso que paga con su dinero aquel proscenio?

—Supongo que no será con el tuyo.

—Tal vez, porque si el que le dan me lo dieran á mí, tendría yo mejores caballos.

Estaban en mitad de la avenida de la Emperatriz, en el flujo y reflujo de coches. Hacíase imposible echar pie á tierra, porque era aquél el verdadero día del Lago.

No quería Gontrán que Lucía acabara su frase; alzó la mano para ahogar la palabra en sus labios injuriosos; la miró como para abrasarla con la vista. No sabía qué hacer para no estallar; en su furor, pataleaba hasta romper el coche.

—¿Tengo yo la culpa,—dijo Lucía en tono altanero,—de que la verdad te ofenda? No conoces á tu París, querido. No digo que no queden algunas vírgenes en el Sagrado Corazón, destinadas á ser cuestadoras para los pobres ó castellanas sin tacha; pero el siglo camina, sábelo bien; si el dinero es un buen siervo, es un mal amo; se le ha de obedecer, cueste lo que cueste. No critico á esa señorita, que ha hecho lo que otras muchas. ¿Me has censurado tú por haberte amado?

En el cerebro de Gontrán, sin embargo de rebelarse su corazón, la duda, la horrible duda, había sucedido á la indignación del primer momento. Lucía hablaba con aire tranquilo, con el acento convencido de la verdad. ¿Era la querida celosa? ¿Era la mujer que se venga? ¿Era la comedianta recitando su papel?

—Oye,—añadió —Ya que parece comprender que no es esto una calumnia, quiero que veas con tus ojos y oigas con tu oído. ¿Dónde estará esta noche esa señorita?

—¡Nada te importa eso!

—¡Hola! ¡Impertinencias cuando quiero mostrarte la luz! No eres galante. Pues bien: sé dónde estará esta noche. ¿A dónde ha dicho que iría?

Gontrán respondió á pesar suyo:

—Al baile de la corte.

—¿Y tú crees eso?

—Sí, yo creo eso.

La comedianta pareció reflexionar.

—Después de todo, no es imposible que vaya primero á la corte. Pero ¿sabes á dónde irá luego?

—Sí, lo sé; irá á su casa.

—Es decir, se envolverá en su inocencia y se acostará en su virtud. ¡Vaya, vaya! Querido mío, es ésa una bella ilusión que se hace preciso arrancarte.

—¿Puedes decirme, entonces, á dónde irá?

—Es muy sencillo: irá á ver á su amante.

Gontrán asió á Lucía y la oprimió con manos de hierro.

—Muy bien, caballero, máteme usted,—dijo ella simplemente.

Gontrán tuvo vergüenza y tiró la mano de la comedianta como si la arrojara por la portezuela.

Estaban á la conclusión del Lago. Para no mirar á Lucía, adelantó un poco la cabeza hacia el cristal.

El azar representa un papel que nunca se conocerá.

En aquel instante, Gontrán vió á la señorita de Marcy que hacía una seña con la mano hacia un grupo de caballeros. Y el enamorado juzgó que aquella seña era muy familiar. Y, como los celos turban la vista, creyó ver que la joven se ruborizaba. En cualquiera otra ocasión, todo esto le hubiera parecido natural; tal vez no lo hubiese notado; pero, después de las revelaciones de Lucía, sintió que la inquietud le devoraba.

—Vamos, ¿estás contento?—le dijo la comedianta.—¿Has visto á tu ideal?

—No hablemos más de ella.

Lucía vió claramente que lo que dijera no había caído en saco roto.

—¡No hablemos de ella! ¡Pero si mi objeto ha sido hacértela conocer! Te estimo demasiado para dejarte descender hasta contraer matrimonio con una joven que lleva por dote el dinero del amor.

—¡Estás local!

—La conozco mejor que tú. Tú la conoces del teatro, yo la conozco de los bastidores.

—No sabes lo que dices; hay calumnias que recorren el mundo, pero sin penetrar en las cabezas serias. Algún fatuo habrá hablado de ella delante de ti...

—¡Algún fatuo! ¿Quieres verla con su amante?

—¡Te digo que me das lástima!

—Pues bien, cástate con ella, pero ve á encargarse las tarjetas de invitación al Gran Ciervo.

Pasaron algunos minutos sin que volvieran á decirse una palabra.

Gontrán tenía el cerebro turbado; rechazaba indignado la calumnia, pero recordaba que ya en su presencia habíanse dicho ciertas frases malsonantes, no acerca de la señorita de Marcy, sino respecto de su madre. Hacía poco que estas señoras habían regresado de Florencia, la ciudad del perdón.

—Italia no deja marcharse á sus madonas,—pensó Gontrán.—Tal vez no sea imposible que un príncipe haya conocido en Florencia, cuando sólo contaba quince años, á la señorita de Marcy.

Volvióse hacia Lucía.

—¡Habla!—dijola con aire decidido.—¿Qué es lo que tú sabes?

—Nada,—respondió ella fríamente.

Y se volvió hacia la portezuela.

El hombre más enérgico vacila cuando se juega con su corazón. En lugar de fortificarse en su amor, Gontrán, que no era, por otra parte, el hombre más enérgico, se entregaba poco á poco á la duda, á la horrible duda. En balde interrogó á Lucía; ésta ya no quiso decir nada.

—¿Subes?—le preguntó, cuando estuvieron en el patio del hotel.

—No,—contestó él.—Me llevo tu carruaje.

—¿Para ir á casa de ella?

—De sobra sabes que es para ir á mi casa.

Gontrán no llevaba en su cuarto media hora, cuando recibió estas palabras de Lucía:

«Querido ciego:

»Toma tu lente. Entre las doce de la noche y la una de la mañana estaré en el Café Inglés; te lo advierto por si no vas á buscarme al teatro. Me he enterado de cosas lindísimas. Sabes que se cena en la Corte á la una. Se ha encargado el núm. 12, en el Café Inglés; se cenará allí, en el silencio del gabinete. Es menester descansar cuando se ha valsado. Si me prometes usar de prudencia, no decir una palabra y ver las cosas filosóficamente, te haré asistir á este espectáculo.»

Gontrán estrujó la carta y tiróla con furor.

Pero la recogió y volvió á leerla.

—¡Esto es imposible!—dijo.

Y miró, en su memoria, el bello y franco rostro de la señorita de Marcy, su buena sonrisa, su leal mirada.

—¡Imposible!—volvió á decir.

Fué al aposento de su hermana.

—Dime: ¿conoces el origen de la fortuna de la señorita de Marcy?

—No. Vagamente recuerdo haber oído decir que la señorita de Marcy era lista y que había jugado con papel de la renta italiana.

—¡Que había jugado!

—Te exclamas cual si eso fuera un crimen.

—No me gustan las madres que juegan.

—Sin embargo, la cosa es bastante inocente.

—No tanto.

—Menester es negociar con su dinero, cuando se tiene poco. La vida es un juego eterno.

—Te noto filosófica. ¿Qué te pasa hoy?

—¿Es que te asusta poner tu mano sobre la dote de la señorita de Marcy? ¿Esperarás, ¡oh estoico de la Casa de Oro!, esperarás á que su fortuna haya cumplido la cuarentena para declararte su posesor?

—Menos bromas. Tengo del matrimonio tal idea, que quiero llegar á él con toda mi fe.

—Comprendo. Tan pervertidos estáis por las mujeres malas, que teméis no encontrar ninguna que sea digna de haceros hacer penitencia. Pues bien, hermano: si alguna hay, ésa es la señorita de Marcy.

Gontrán se volvió á su cuarto, decidido á no ir al Café Inglés.

Pero nadie se admirará cuando diga que á las doce de la noche pasaba por el teatro en busca de Lucía para ir á cenar con ella á dicho establecimiento.

—¿No esperabas que viniera?—dijo á la comedianta.

—¿Yo? Ni un instante lo dudé. Y la prueba es que he dado cinco luises al mozo del 12 para que abra la puerta, á eso de la una, cuando pasemos por el corredor; por desgracia, no he podido conseguir que me cedieran uno de los gabinetes próximos; hemos de ir arriba.

Gontrán creía soñar.

—Y, sin embargo,—pensaba,—Lucía se engaña. Da crédito á la fatuidad de algún necio que se alaba, como todos. No seré yo el confundido; lo será ella cuando

abran la puerta y se vea que allí no está la señorita de Marcy.

No quería cenar; sólo comió postres, uvas, mandarinas. Pero, sin darse cuenta de lo que hacía, bebió tres ó cuatro copas de champagne.

—¡La una!—exclamó de pronto Lucía.—El espectáculo va á comenzar.

Gontrán se levantó.

—¡Esto es sorprendente!—dijo.—Tropiezo como si estuviera borracho.

—¡La emoción!

—No, el vino.

Miró la etiqueta de la botella.

—Es extraño,—dijo.—¡Haber bebido tan poco Mumm y estar tan turbado!

—Después de todo,—replió Lucía,—ésta es la hora en que el Café Inglés comienza á perder la cabeza.

Se gritaba, se cantaba, se reía en todos los gabinetes. París nocturno daba allí el diapason de su locura.

Lucía había llamado para prevenir al mozo del número 12.

—Carlos, tiene usted dos enamorados en el cuarto en que sirve.

—Sí, señora; y muy enamorados.

—¿Se divierten?

—Más de un poco.

—¿Es bella la dama?

—Unos afirman que sí. Traje escotado, no le digo á usted más.

Gontrán golpeó el suelo con el pie.

—¡Bueno, vamos, pues!—dijo.

Y pasó delante, yendo derecho hacia la puerta del 12, cual si fuese á entrar.

—¡Chito!—dijo Lucía, deteniéndole.—No es secreto

tuyo ni mío. La puerta se abrirá, mirará y pasará. Si no, vámonos; no quiero más duelos. Además, me figuro que no querrás armar semejante escándalo.

Lucía dijo esto rápidamente, mientras el mozo sacaba la llave.

Se abrió la puerta.

Gontrán miró y pasó.

¿Qué había visto?

—Es ella, ¿no es verdad?—le dijo Lucía, llevándosele.

—¡No puedo creerlo!—respondió él con estupor.

—¿La has vuelto á ver con sus bellos hombros, su vestido azul y su aderezo de coral, que, por cierto, no es cosa rica? Pero ya convinimos en que las muchachas han de ser sencillas. ¿Notaste que parecía no fastidiarse? ¡En la guerra como en la guerra!

Gontrán no oía á Lucía. Bajaba rápidamente la escalera para no escuchar á su indignación, porque hubiera querido volver al 12 y entrar en él, con su palidez, como la estatua del festin de Pedro.

—¡Y cuando pienso que está allí como en su casa!—murmuraba entre dientes.—¡Y con quién! ¡De codos sobre la mesa, escuchando las impertinencias de aquel idiota! ¡Le mataré!

Y, volviéndose hacia Lucía,

—¿Dices que aquel animal de los cabellos color de fuego, de la nariz de trompeta y que se tumbaba sobre el mantel, es un príncipe?

—Sí, querido mío, un príncipe. No es bello, pero tiene el canto dorado.

Estaban en la calle.

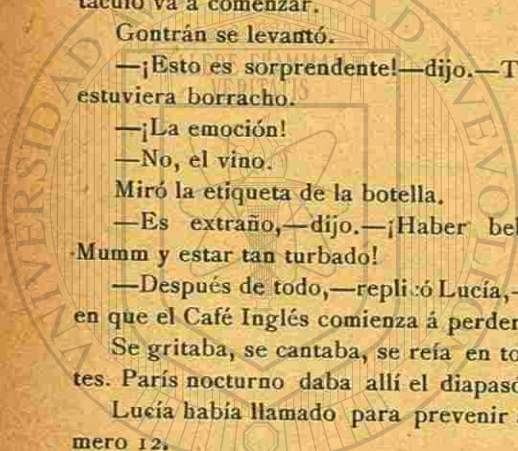
—¿A dónde vas?—preguntó Lucía.

—A tu casa.

Gontrán interrogó largamente á la comedianta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFO" ...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero ¿cómo estabas enterada de que la señorita de Marcy iría á cenar al Café Inglés?

—Ya sabes, querido, que veo á lo más principal; se habla en torno mío; en los bastidores no hay secretos; uno habla de su mujer, otro de su querida; éste da noticias al periodista, aquél refiere en voz queda la crónica escandalosa. Nada está oculto en París; todas tenemos un confidente; es siempre el secreto de comedia; y yo estoy en los palcos más próximos al escenario del gran mundo.

—Ni aun después de haberlo visto lo creo.

—Pues bien, yo creería sin ver, porque conozco mejor que tú á las mujeres. Tú te figuras que, porque hay entretenidas, hay damas inaccesibles. Querido amigo, la mujer que resiste es porque aun no encontró su señor.

—¿Has leído eso en La Bruyère?

Gontrán no se quería convencer.

—Además, son dos los señores de la mujer: el que da el dinero y el que obsequia con amor. ¿Qué te dice que tu señorita no dobló el cuello ante la fortuna? ¿Estás seguro de que es su madre quien paga sus vestidos? ¿Te informaste bien acerca de la dote que le promete? Más de una vez cené con extranjeras anónimas que no tenían miedo de nosotras, porque saben que nosotras no frecuentamos el mundo para en él reconocerlas. Si no quieres creerme, te haré ver más.

Y la señorita Lucía, que por nada se aturdió, sostuvo su afirmación con estas palabras:

—¿Quieres que te haga cenar con ella y conmigo?

—¡Sí!—dijo Gontrán, como si quisiera descender hasta el fondo de su pena.

Pero, después de una pausa,

—No,—añadió, como si no quisiera beberse la vergüenza de la señorita de Marcy.

XVII

En el que se ve que hay plumadas que son estocadas

Por la mañana, Gontrán se confesó que, al tomar nuevamente posesión de su querida, no había recobrado su amor por ella.

La comedianta dormía cuando él se despertó; una franja de luz matinal caía sobre los cabellos despeinados de Lucía. Pensó en aquella cabellera en que tantas veces había respirado la embriaguez, si no el amor; acercó sus labios á ella, mas no encontró ya aquel perfume que le encantara.

Amaba á la señorita de Marcy.

En vano se representó el horrible espectáculo de por la noche, aquella joven escotada, con los codos apoyados sobre la mesa, riéndose con las necedades que le decía su compañero de aventuras; el desprecio llegaba hasta su corazón, pero sin matar aquel amor naciente, que había ya echado grandes raíces.

Gontrán no despertó á Lucía.

Todo entregado á sus celos, decidido á buscar la solución de aquel enigma, corrió á casa de su amigo Raúl de Braie, que no perdía un baile de la Corte y que conocía á la señorita de Marcy.

Tuvo que despertarle.

—Dime, Raúl: veo por tu espada y tu sombrero que has bailado esta noche en la sala de los Mariscales. ¿Has visto allí á la señorita de Marcy?

—La he visto y la he hecho la corte por ti. Pero

—Pero ¿cómo estabas enterada de que la señorita de Marcy iría á cenar al Café Inglés?

—Ya sabes, querido, que veo á lo más principal; se habla en torno mío; en los bastidores no hay secretos; uno habla de su mujer, otro de su querida; éste da noticias al periodista, aquél refiere en voz queda la crónica escandalosa. Nada está oculto en París; todas tenemos un confidente; es siempre el secreto de comedia; y yo estoy en los palcos más próximos al escenario del gran mundo.

—Ni aun después de haberlo visto lo creo.

—Pues bien, yo creería sin ver, porque conozco mejor que tú á las mujeres. Tú te figuras que, porque hay entretenidas, hay damas inaccesibles. Querido amigo, la mujer que resiste es porque aun no encontró su señor.

—¿Has leído eso en La Bruyère?

Gontrán no se quería convencer.

—Además, son dos los señores de la mujer: el que da el dinero y el que obsequia con amor. ¿Qué te dice que tu señorita no dobló el cuello ante la fortuna? ¿Estás seguro de que es su madre quien paga sus vestidos? ¿Te informaste bien acerca de la dote que le promete? Más de una vez cené con extranjeras anónimas que no tenían miedo de nosotras, porque saben que nosotras no frecuentamos el mundo para en él reconocerlas. Si no quieres creerme, te haré ver más.

Y la señorita Lucía, que por nada se aturdió, sostuvo su afirmación con estas palabras:

—¿Quieres que te haga cenar con ella y conmigo?

—¡Sí!—dijo Gontrán, como si quisiera descender hasta el fondo de su pena.

Pero, después de una pausa,

—No,—añadió, como si no quisiera beberse la vergüenza de la señorita de Marcy.

XVII

En el que se ve que hay plumadas que son estocadas

Por la mañana, Gontrán se confesó que, al tomar nuevamente posesión de su querida, no había recobrado su amor por ella.

La comedianta dormía cuando él se despertó; una franja de luz matinal caía sobre los cabellos despeinados de Lucía. Pensó en aquella cabellera en que tantas veces había respirado la embriaguez, si no el amor; acercó sus labios á ella, mas no encontró ya aquel perfume que le encantara.

Amaba á la señorita de Marcy.

En vano se representó el horrible espectáculo de por la noche, aquella joven escotada, con los codos apoyados sobre la mesa, riéndose con las necedades que le decía su compañero de aventuras; el desprecio llegaba hasta su corazón, pero sin matar aquel amor naciente, que había ya echado grandes raíces.

Gontrán no despertó á Lucía.

Todo entregado á sus celos, decidido á buscar la solución de aquel enigma, corrió á casa de su amigo Raúl de Braie, que no perdía un baile de la Corte y que conocía á la señorita de Marcy.

Tuvo que despertarle.

—Dime, Raúl: veo por tu espada y tu sombrero que has bailado esta noche en la sala de los Mariscales. ¿Has visto allí á la señorita de Marcy?

—La he visto y la he hecho la corte por ti. Pero

¡llévete el diablo, por despertar tan temprano á un hombre que no ha perdido ni un vals!

—¿Has bailado con ella?

—Sí, me gustan las mujeres de sus hechuras; me inspiran miedo las plumas que se escapan de entre las manos á la primera vuelta.

—¿Cenaron allí ella y su madre?

—No. Valsé con la señorita de Marcy á eso de las once y media; le pedí otro vals, pero me manifestó que se marcharía antes que empezara.

—¿Y á dónde fueron?

—Los dioses lo sabrán; menester fuera preguntárselo á su madre ó á ella misma. Me parece que iban sencillamente á acostarse. Pero ¿qué significa esto? ¿Estás enamorado? Dime: ¿se sabe ya quién te sucederá en casa de Lucía? ¡Diablo! Por allá tienes herederos de firme. Es igual; te felicito; haces bien en cambiar de patria. ¿Y cuándo es la boda?

—¡No se trata de bodas! La señorita de Marcy pareceme hechicera, mas aun no se han publicado las amonestaciones. ¡Adiós! Te volveré á ver en el Bosque... si es que te levantas hoy.

Contrán corrió á casa de la señorita de Marcy.

La joven habitaba, con su madre, en un segundo piso de la calle de Provenza. Vivían en aquel lujo cosmopolita que es más bien un campamento que un hogar. Madre é hija amaban á las gentes más que á su casa; esperaban á que la señorita de Marcy estuviera casada para pensar en hacer su nido. El piso estaba adornado con la fría arquitectura de hace veinte años. Salones blancos y dorados; marcos y figuras mal dibujados, pesada cornisa por la que corrían algunas flacas ramitas; y allí muebles de todas formas, de toda clase de maderas, chillando con ornamentos desapropiados: relo-

jes de pacotilla, cuadros de baratillo, jardineras del año siete. Tal era la decoración.

Al acercarse á la casa, Contrán se acordó de aquel interior, que háiale entristecido; había estado dos veces con su madre y ambas se habían sentido á disgusto, aunque á primera vista la señorita de Marcy le hubiese parecido encantadora.

—La verdad es,—se decía,—que aquella habitación no me inspiraba confianza: falta allí la intimidad del hogar. Y sin embargo, si, como Lucía dice, tuviera un amante, no vivirían en un piso, vivirían en un hotel.

Entreabrió la puerta de la garita del conserje.

—¿Las señoras de Marcy?

La portera miró á Contrán con alguna sorpresa.

—Pero, caballero, esas damas nunca reciben antes de mediodía.

—Lo sé. Mas mi madre quería venir á buscarlas para ir á misa. ¿Volvieron tarde del baile de la Corte?

—Eran ya las tres de la mañana.

—Creí que la señora de Marcy no se acostaba nunca tan tarde.

—La señora, es posible; mas no la señorita.

La portera mecía á una niña enferma. Contrán le dió cinco luises.

—Tenga usted; eso hará que su hija se ponga mejor.

Había entrado en la garita, queriendo seguir preguntando, aunque le avergonzara descender hasta aquel punto.

—¿Hace mucho tiempo que esas señoras habitan en la casa?

—Llevan aquí seis meses.

—¿Reciben muy á menudo?

—¡Y tanto! Es un vaivén perpetuo. Todas las naciones suben y bajan la escalera.

Gontrán sabía que la señora de Marcy vivía siempre en el mundo internacional.

—¿No se ha hablado de un matrimonio?

—No puedo decir nada; lo único que he notado es que hay un extranjero que viene con mucha frecuencia y que parece entrar allá arriba como en su casa; mas no sé si es por la madre ó por la hija.

Gontrán no siguió preguntando.

—Eso es,—dijo.—Lucía no me engañaba. ¿Cómo mi madre no juzgó con más acierto á esas mujeres?

Antes de salir, volvióse hacia la portera.

—¿Son realmente ricas esas damas?

—¡Oh! Eso sí,—contestó la mujer.—Hay desorden, pero es una buena casa: el dinero abunda y pagan muy bien.

Gontrán corrió hacia su casa y, una vez en ella, al aposento de su madre.

—¡Buenos estamos! ¡Si vieras qué lindas cosas he sabido acerca de la señorita de Marcy!

—¿Qué dices? No te comprendo.

—Menos te comprendo yo á ti. ¡Haber abierto tu salón, ¡qué digol, tu corazón á esas mujeres!

—¿Te has vuelto loco?

Gontrán refirió á su madre cómo la señorita de Marcy se había marchado del baile de la corte antes de cenar, porque tenía cena en el Café Inglés; cómo él la había visto; cómo no había ella vuelto á casa sino pasadas las tres de la mañana; cómo él se hallaba desesperado.

—¡Lo que hay de más triste, madre mía, en todo esto, es que la amo, es que tengo celos, es que estoy furioso!

La señora Staller no sabía qué le pasaba; llamó á su hija.

Cuando la calumnia su ceba en una mujer, aun cuando ésta fuese blanca como la nieve inaccesible, elévase contra ella, por la malicia de las cosas, toda un acta de acusación. Se ruborizó, luego es culpable. No se ruborizó, señal de que nada es capaz de ruborizarla. ¿Su candor? Es una máscara. ¿Su ingenuidad? Ya no hay ingenuas. Si se os acusa, hombres, de haber robado, huid ante la justicia; si se os acusa de haber perdido la virtud, llorad, mujeres.

La señora Staller defendió á su amiga con la elocuencia del corazón; pero los celosos no quieren nunca ser convencidos, al menos por la inocencia.

—Oye,—dijo la joven á su hermano.—En seguida vamos á ir á casa de la señorita de Marcy; tú mismo la interrogarás. No quiero que en tu corazón viva cinco minutos más una sospecha tan horrible.

Gontrán no quiso aceptar la proposición.

—¡No sospecho, acuso!—dijo.—Todo ha concluído, no quiero volverla á ver ¡Ah! No sabéis vosotras los abismos y misterios que París encierra.

La señora Staller recordó cómo había conocido á las señoras de Marcy.

Fué en casa de una americana, en donde había más lujo que gusto. En París, la amistad camina al galope, porque no es duradera. La señora de Marcy tenía mucho empuje, su hija era música como la música. A la señora Staller habíale encantado aquel encuentro; se volvieron á ver con frecuencia; de la simpatía á la intimidad no hay más que un paso. Pero nunca se había hablado del pasado.

La señorita Staller defendía siempre á su amiga, pero la madre se dejaba poco á poco convencer por las razones de su hijo.

—Oye,—le dijo;—puesto que hemos de ir esta noche

á casa de esas damas, las estudiaremos con más detenimiento.

Contrán, no sabiendo qué hacer, se fué á su cuarto. ¿Volvería á casa de Lucía? Sentíase impulsado hacia la señorita de Marcy. Abrió un cajón de una mesita de encina esculpida, en donde guardaba todas sus cartas, las de amor y las de negocios, páginas de su vida. Buscó entre todas ellas.

La primera carta que vió fué la de su notario, que había leído á medias.

—¡Oh, Dios mío!—dijo.—¡Iba á olvidar esto!

Su notario le había prestado algún dinero, diez mil francos escasos, que le pedía con insistencia. Nadie tan poco amigo de prestar como un notario.

—¡Diez mil francos! ¿Dónde quiere que los encuentre?

Contrán había vivido al día, tomando prestado de todo el mundo, siempre prometiéndose poner fin á aquel desorden, como todos los que se juran que al siguiente día empezarán á obrar con prudencia. Por primera vez en su vida se resignó á hacer números. Hizo sumas, pero las sustracciones, escalonándose á su lado, se tragaban las adiciones.

Tiró la pluma con espanto.

—¡Pero si no me queda nada!—dijo.

Pensó en la señorita de Marcy.

—¡Era mi salvación!

Y, después de una pausa,

—Si yo quisiera, todavía sería mi salvación.

Sumió su corazón en el combate del dinero y el interés; pensó que el mundo estaba poblado de gentes que viven bien á pesar de las capitulaciones de conciencia; miró á su alrededor y penetró en todas aquellas almas perdidas que se burlan de la dignidad.

—¡Pues bien, no!—dijo.—¡Antes morir!
Veía siempre á la señorita de Marcy en el cuarto núm. 12 del Café Inglés.

Pero ¿cómo la joven había podido ir allí?

Pensó que tal vez soportaba las consecuencias de una primera falta, uno de aquellos extravíos de joven, de que ellas no se dan cuenta. ¿Quién sabe si no se veía obligada á obedecer á la ley del más fuerte? Tal vez había conocido á aquel hombre en Italia, quizás resignarse á verle por comprar su silencio, avanzando en el escándalo por miedo al escándalo. ¿O sería víctima de un trato infame firmado por su madre, de un contrato de infamia en que uno pone su dinero y otro su cuerpo? ¿O sería una de aquellas jóvenes que, en su horror á la miseria, se someten á la deshonra oculta, por la salvación de la casa?

Aquello era para volverse loco. «Conócete á ti mismo», dice la sabiduría de las naciones. Y el hombre no se conoce. ¿Cómo ha de conocer á la mujer, símbolo eterno del bien y del mal? ¿á la mujer, que ha escuchado al cerebro del demonio bajo el ojo de Dios?

Eran las doce de la mañana; á esta hora, la señorita de Marcy recibía un anónimo, patas de gato que parecían jugar, pero que debían introducir sus garras envenenadas.

«¿La señorita de Marcy está satisfecha de su noche? ¡Baile en la corte! ¡cena en el Café Inglés! ¡tren de placer para regresar á casa! Se supone que en su vestido llevaría alguna flor del bello Contrán; era menester que todos participasen de su fiesta. Sólo las jóvenes del gran mundo saben divertirse. Se ha dicho que las otras les quitan sus amantes. ¡Qué calumnia! Ellas son las que quitan los amantes á las otras. Lo cual es ya vieja costumbre en la señorita de Marcy.»

Al leer esta carta, la joven púsose pálida como una muerta y se desmayó, viendo aparecer la imagen de Gontrán.

Acudió corriendo la madre, que levantó á su hija en sus brazos y la hizo respirar sales, echando una ojeada sobre la carta, que había caído á sus pies.

El mismo día, una amiga oficiosa fué á hacer una visita á la señorita de Marcy.

—¿Cómo no nos contaban ustedes lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?—preguntó la joven con inquietud.

—¿Se lo he de decir yo á ustedes? ¡Qué mal han hecho en no habérmelo confiado antes!

—No comprendo.

—Se casa usted con Gontrán Staller. ¿Por qué, pues, ocultarnos su dicha?

—Está usted mejor informada que nosotras,—dijo la señora de Marcy.

—Felicito á ustedes; buena familia, y buen muchacho, aunque algo amigo de las comediantas; pero la juventud es la juventud. ¡Esos hombres...! ¡El mejor no vale nada! Me entusiasma este matrimonio; sin embargo, mi amistad me obliga á decir á ustedes todo lo que sé.

—Una vez más he de advertir á usted que ese matrimonio no es cosa hecha, ni mucho menos. Pero, en fin, ¿qué sabe usted?

—Sé que el señor Staller, el mejor de los hijos y de los hermanos, convengo en esto, se ha comido cuanto tenía y aun mas de lo que tenía. Se dice que la dote de su hermana no está virgen y que su madre se arruinará pagando sus deudas. ¡No será mi hijo quien de ese modo se arruine por las comediantas!

Y mientras la madre y la hija se miraban, la dama siguió hablando de su hijo, un ángel que había sido

educado por los jesuitas, que profesaba horror al teatro y no faltaba á una misa ni á un sermón, sin salir nunca solo de casa; un santo.

—Le confieso á usted,—dijo la señorita de Marcy, que veía que la madre quería colocar á su santo,—que con orgullo y considerándome feliz llamaré mi esposo al señor Gontrán Staller, aun cuando éste no posea un sueldo. Si tiene deudas, las pagaremos. ¿No es verdad, mamá?

La señora de Marcy abrazó á su hija, pálida aún á causa del anónimo.

Sabido es que, por la noche, toda la familia Staller debía pasar un par de horas en casa de las señoras de Marcy.

La joven se puso bella, más bella que nunca. Las fatigas de la noche y la pena del día la habían empalidecido, lo que daba á su belleza no sé qué de tierno y de conmovedor. Desde que amaba á Gontrán tenía, por otra parte, en todo su rostro una expresión más penetrante.

Dió orden al lacayo de que fuese á decir al portero que su madre no estaba para nadie, excepto para la familia Staller.

A las nueve sentóse al piano y tocó trozos de *La Sonámbula*; allí estaba su madre, sonriendo mientras leía los periódicos de la noche. A las diez, se admiró de no haber oído llamar.

A las diez y media, la señorita de Marcy había abandonado el piano y alzaba las cortinas de una de las ventanas del salón para mirar pasar los coches.

Abrió el balcón á las once, so pretexto de respirar; la señora de Marcy se había dormido.

Sirviéronlas el te.

—¿Está usted bien seguro,—preguntó al lacayo la

señorita de Marcy,—de que las señoras Staller no han venido?

—Sí, señorita: estoy segurísimo, porque la portera, que acaba de subir para saber si era preciso velar, me ha dicho que nadie, excepto el señor marqués de Artís, había venido.

—¿Sabes que se retrasan?—dijo la señora de Marcy, que no cesaba de mirar el reloj.

A las doce, la joven se echó en brazos de su madre, exclamando:

—¡Ah, qué desgraciada soy!

No durmió por la noche; al siguiente día, á la hora del desayuno, hora en que pensaba encontrar en casa á Gontrán, fué á pie, en compañía de la doncella, al hotel Staller.

Subió á las habitaciones de la hermana de Gontrán. En seguida vió que todo estaba perdido para ella.

La señorita Staller se echó á llorar y le confió, aun cuando nada quería decir, todo lo que su hermano habíala contado.

La señorita de Marcy escuchó hasta el fin, como si la indignación cortárala la voz.

Luego, después de una pausa, se levantó y dejó caer estas palabras con voz altiva:

—¿Su hermano de usted ha dicho eso? Me avergüenzo por él. ¡Su hermano de usted fué á verme á un gabinete del Café Inglés! ¡Creyó encontrarme allí! ¡Ha dicho que me ha visto! ¿Qué es, pues, su hermano de usted? ¡Es un alma de lacayo! ¡Cómo! ¡He podido amar á ese hombre! ¡Nunca cesaré de despreciarle! ¡Adiós, señorita, porque supongo que no se figurará usted que descenderé hasta defenderme!

La señorita de Marcy salió sin volver la cabeza.

Su corazón estaba invadido por la rabia. Si Gontrán

se hubiera encontrado allí, le habría abofeteado. Hubiera querido que la tierra se le tragara.

Llevóse la mano al corazón.

—¡Me moriré!—dijo.

XVIII

El marco negro de la dicha

Sr....

Se le ruega á usted se sirva asistir al entierro del cadáver de la señorita Clotilde de Marcy, que ha fallecido en su domicilio, calle de Provenza, á la edad de veintidós años, el día 24 de enero de 1869, después de recibir los Santos Sacramentos. Se despedirá el duelo á las once, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, su parroquia.

De parte de la señora viuda Clementina de Marcy, su madre; de los señores Andrés de Marcy, Gastón de Presles, marqués de Chavan y señora y señor de Santini, abuelo, tío y primos.

Esta invitación cayó como un rayo en la sociedad parisiense.

—¡Muerta!—se decía.—¿Acaso estaba enferma?

Y se recordaba aquella hermosa salud. Si entre todas las mujeres que eran entonces la alegría y el encanto de los salones parisienses se hubiera de haber previsto una muerte, la mirada no se habría ciertamente detenido en la señorita de Marcy. Ésta vivía anchamente, la sangre corría rica y generosa por sus venas, el alma radiaba en su rostro; todas las madres la miraban

señorita de Marcy,—de que las señoras Staller no han venido?

—Sí, señorita: estoy segurísimo, porque la portera, que acaba de subir para saber si era preciso velar, me ha dicho que nadie, excepto el señor marqués de Artís, había venido.

—¿Sabes que se retrasan?—dijo la señora de Marcy, que no cesaba de mirar el reloj.

A las doce, la joven se echó en brazos de su madre, exclamando:

—¡Ah, qué desgraciada soy!

No durmió por la noche; al siguiente día, á la hora del desayuno, hora en que pensaba encontrar en casa á Gontrán, fué á pie, en compañía de la doncella, al hotel Staller.

Subió á las habitaciones de la hermana de Gontrán. En seguida vió que todo estaba perdido para ella.

La señorita Staller se echó á llorar y le confió, aun cuando nada quería decir, todo lo que su hermano habíala contado.

La señorita de Marcy escuchó hasta el fin, como si la indignación cortárala la voz.

Luego, después de una pausa, se levantó y dejó caer estas palabras con voz altiva:

—¿Su hermano de usted ha dicho eso? Me avergüenzo por él. ¡Su hermano de usted fué á verme á un gabinete del Café Inglés! ¡Creyó encontrarme allí! ¡Ha dicho que me ha visto! ¿Qué es, pues, su hermano de usted? ¡Es un alma de lacayo! ¡Cómo! ¡He podido amar á ese hombre! ¡Nunca cesaré de despreciarle! ¡Adiós, señorita, porque supongo que no se figurará usted que descenderé hasta defenderme!

La señorita de Marcy salió sin volver la cabeza.

Su corazón estaba invadido por la rabia. Si Gontrán

se hubiera encontrado allí, le habría abofeteado. Hubiera querido que la tierra se le tragara.

Llevóse la mano al corazón.

—¡Me moriré!—dijo.

XVIII

El marco negro de la dicha

Sr.....

Se le ruega á usted se sirva asistir al entierro del cadáver de la señorita Clotilde de Marcy, que ha fallecido en su domicilio, calle de Provenza, á la edad de veintidós años, el día 24 de enero de 1869, después de recibir los Santos Sacramentos. Se despedirá el duelo á las once, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, su parroquia.

De parte de la señora viuda Clementina de Marcy, su madre; de los señores Andrés de Marcy, Gastón de Presles, marqués de Chavan y señora y señor de Santini, abuelo, tío y primos.

Esta invitación cayó como un rayo en la sociedad parisiense.

—¡Muerta!—se decía.—¿Acaso estaba enferma?

Y se recordaba aquella hermosa salud. Si entre todas las mujeres que eran entonces la alegría y el encanto de los salones parisienses se hubiera de haber previsto una muerte, la mirada no se habría ciertamente detenido en la señorita de Marcy. Ésta vivía anchamente, la sangre corría rica y generosa por sus venas, el alma radiaba en su rostro; todas las madres la miraban

con envidia ó con amor, según que tenían hijas ó hijos.

En la misa de difuntos, la señorita Staller lloraba lágrimas verdaderas.

—¿Por qué llora usted?—dijole de pronto una señora que á su lado estaba sentada.

No quería responder á aquella extraña pregunta, que, sin embargo, era menos extraña para ella que para otra.

—Lloro,—murmuró,—porque era mi amiga.

—¿Su amiga de usted! ¡Y es usted quien la ha matado! ¿No sabe usted que salió desesperada de su casa de usted por lo que usted la dijo? Una fiebre violenta se apoderó de ella, que tuvo que acostarse en cuanto llegó á su casa; la vi aquella noche; en vano la pregunté; se encerró en un silencio absoluto. Por la noche, el delirio hizo presa en ella; estaba herida en el corazón, el corazón estalló y la mató. ¿Qué la dijo usted?

La señorita Staller no encontraba una palabra.

—Amaba á mi hermano, la dije que mi hermano no la amaba.

—¡Oh, no! No fué eso. No se muere por no ser amada, se muere cuando se es calumniada.

La señorita Staller dobló el cuello y rezó. ¡Ah, cuánto sentía haber hablado tan francamente!

—¡Infeliz!—murmuró.— ¡Muy desgraciado es mi hermano, puesto que todo cuanto hace sale mal!

Aquella mañana misma, alguien enteró á la señora Staller de que su hijo había perdido mucho en la Bolsa. He aquí por qué, ya apenadísima, no había podido ir á la misa de difuntos de la señorita de Marcy.

Cuando los restos mortales fueron arrancados á la señora de Marcy, la desgraciada madre corrió medio loca á casa de la señora Staller.

—¿Dónde está su hijo de usted?—dijole con voz desesperada.

—¡No me hable usted de mi hijo! ¡Está perdido para mí!

—¡Es un monstruo y es un infame!—exclamó la madre de la difunta.—Puesto que las palabras hieren mortalmente, quisiera herirle por mí misma; pero no me comprendería, porque no tiene corazón.

Las dos madres se desolaron juntas mientras la muerte se llevaba á la hija y tentaba al hijo.

A la hora de los funerales, Gontrán, loco de dolor, cargaba una pistola.

No le quedaba más que un consuelo: hacer el fúnebre viaje con aquella adorable criatura á la que amaba perdidamente desde hacía algunos días.

Pero tres veces apoyó la pistola en la sien y tres veces la dejó sobre la chimenea, espantado de verse tan pálido.

¿Faltóle valor? ¿Había olvidado abrazar á su madre y á su hermana? ¿Quería despedirse de Lucía?

No. Su objeto era explicarse el misterio de la cena del Café Inglés.

Por espacio de algunos días, Gontrán permaneció encerrado en el hotel. No recibía á un amigo, no se presentaba ante su madre y su hermana sino á la hora de la comida. No almorzaba. Apenas si se hacía subir, por la mañana, una taza de te ó de chocolate.

con envidia ó con amor, según que tenían hijas ó hijos.

En la misa de difuntos, la señorita Staller lloraba lágrimas verdaderas.

—¿Por qué llora usted?—dijole de pronto una señora que á su lado estaba sentada.

No quería responder á aquella extraña pregunta, que, sin embargo, era menos extraña para ella que para otra.

—Lloro,—murmuró,—porque era mi amiga.

—¿Su amiga de usted! ¡Y es usted quien la ha matado! ¿No sabe usted que salió desesperada de su casa de usted por lo que usted la dijo? Una fiebre violenta se apoderó de ella, que tuvo que acostarse en cuanto llegó á su casa; la vi aquella noche; en vano la pregunté; se encerró en un silencio absoluto. Por la noche, el delirio hizo presa en ella; estaba herida en el corazón, el corazón estalló y la mató. ¿Qué la dijo usted?

La señorita Staller no encontraba una palabra.

—Amaba á mi hermano, la dije que mi hermano no la amaba.

—¡Oh, no! No fué eso. No se muere por no ser amada, se muere cuando se es calumniada.

La señorita Staller dobló el cuello y rezó. ¡Ah, cuánto sentía haber hablado tan francamente!

—¡Infeliz!—murmuró.— ¡Muy desgraciado es mi hermano, puesto que todo cuanto hace sale mal!

Aquella mañana misma, alguien enteró á la señora Staller de que su hijo había perdido mucho en la Bolsa. He aquí por qué, ya apenadísima, no había podido ir á la misa de difuntos de la señorita de Marcy.

Cuando los restos mortales fueron arrancados á la señora de Marcy, la desgraciada madre corrió medio loca á casa de la señora Staller.

—¿Dónde está su hijo de usted?—dijole con voz desesperada.

—¡No me hable usted de mi hijo! ¡Está perdido para mí!

—¡Es un monstruo y es un infame!—exclamó la madre de la difunta.—Puesto que las palabras hieren mortalmente, quisiera herirle por mí misma; pero no me comprendería, porque no tiene corazón.

Las dos madres se desolaron juntas mientras la muerte se llevaba á la hija y tentaba al hijo.

A la hora de los funerales, Gontrán, loco de dolor, cargaba una pistola.

No le quedaba más que un consuelo: hacer el fúnebre viaje con aquella adorable criatura á la que amaba perdidamente desde hacía algunos días.

Pero tres veces apoyó la pistola en la sien y tres veces la dejó sobre la chimenea, espantado de verse tan pálido.

¿Faltóle valor? ¿Había olvidado abrazar á su madre y á su hermana? ¿Quería despedirse de Lucía?

No. Su objeto era explicarse el misterio de la cena del Café Inglés.

Por espacio de algunos días, Gontrán permaneció encerrado en el hotel. No recibía á un amigo, no se presentaba ante su madre y su hermana sino á la hora de la comida. No almorzaba. Apenas si se hacía subir, por la mañana, una taza de te ó de chocolate.

¿Qué hacía en aquella soledad buscada? Lloraba á la señorita de Marcy.

Se acusaba de su muerte, se golpeaba con fuerza el corazón y se desesperaba de vivir.

—¡Y, sin embargo,—decía,—no fué mi culpa! Puesto que delinquía, pronto ó tarde habría visto su vergüenza y se hubiera sepultado, porque conservaba el corazón.

Y la compadecía. Él que fué indulgente con las mujeres por haber amado á las pecadoras, juzgaba que la señorita de Marcy no era menos interesante habiendo muerto por mirar su pecado frente á frente, que si hubiera sido herida por la calumnia.

—La calumnia no mata,—decía,—porque la conciencia es una coraza impenetrable.

Y Gontrán repetía constantemente:

—Por otra parte, ¿no la vi en el horrible gabinete que lleva el núm. 12?

A veces se decía:

—¿Y si no era ella?

Pero rechazaba esta idea al recordar la escena sorprendida en el Café Inglés.

La conclusión de sus reflexiones todas fué que la señorita de Marcy había tenido un amante á quien no amaba, tal vez por sorpresa, por hacer su fortuna tal vez.

El día que le mirara por vez primera, la joven había sentido todo el horror de su falta. Quizás no hubiera visto á su amante sino para romper con él, tal vez se hubiera consolado en el matrimonio, elevándose á las brillantes esferas de las virtudes de la esposa y de la madre. Pero, una vez descubierto su secreto por Gontrán, ¿qué le restaba? Perdía su amor, veíase enfrente de su vergüenza, se arrojaba extraviada en aquella fiebre y aquel delirio que debían llevársela en pocos días.

Luego, para Gontrán, la señorita de Marcy había muerto porque le amaba y porque había tenido un amante.

Con estas ideas fué muchas veces á soñar sobre su tumba, en el Padre Lachaise, en las alturas que domina el monumento del duque de Morney.

El nombre de la joven aun no aparecía en el mármol. Había sido enterrada junto á su padre, cuyos restos mortales habían sido traídos de Florencia seis meses antes. Muchas veces habíase preguntado á la señora de Marcy qué iba á poner sobre la lápida; y ella buscaba epitafios, pero sin hallar la palabra elocuente.

Un día que Gontrán se había inclinado sobre el sarcófago, la señora de Marcy, que llegó con un ramillete de violetas, le dirigió, al reconocerle, una mirada terrible y le preguntó qué hacía allí.

—Lloro,—dijo Gontrán.

—Le prohibo á usted que se acerque á esta tumba. Puesto que le he cerrado á usted mi puerta, no debe usted venir por aquí. ¿No siente usted que mi hija sufre aún en la tumba á causa de los ultrajes de su calumnia?

Gontrán se alejó involuntariamente, porque no sabía qué responder.

—¡Esto es extraño!—se decía.—¿No sabe nada la madre? ¿No se trataba, pues, de un asunto de dinero? Fué á casa de Lucía, que no le esperaba.

Tuvo que hacer antesala; se sometió á todo, cual si en su pena hubiera perdido lo que le restaba de energía.

—¡Hola, Gontrán!—dijole Lucía, alegre como siempre.—Estaba triste porque no te veía. ¿De dónde vienes? ¿Lloras mis pecados?

—Tal vez,—respondió Gontrán, que no sabía cómo portarse en aquel hotel que había dado á la comedianta.

—Y ¿qué te trae aquí hoy? Supongo que no seré yo.

—Tal vez,—repitió Gontrán.

—¡Arre allá! Por otra parte, no te reconozco. ¿Qué pálido estás! ¿Quieres venir á verme servir de modelo en mi alcoba? Eugenio Deschamps hace mi retrato para el príncipe.

Gontrán suspiró.

—Oye, Lucía: necesito á toda costa ver á aquel extranjero que cenaba en el núm. 12 del Café Inglés.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber toda la verdad; porque ya he vivido bastante y porque para mí sería una dicha morir de una estocada.

—¿Qué dices? ¿Estás enfermo?

Lucía cogió la mano de Gontrán y le pulsó.

El joven se estremeció; sintió que su corazón se despertaba. Creía no amar á Lucía; pero el terrible magnetismo en que ella le envolvía como en un hechizo turbábale ya hasta el fondo del alma.

—Oye, no quiero que un hombre á quien he amado acabè mal. Vuelve en ti.

—No,—dijo tristemente Gontrán.

—Pues bien, vuelve á mí. Yo soy grande: te perdono mis pecados.

Y abrazó á su ex amante.

—Ya sabes que es imposible,—añadió el joven.—¿No estás con el príncipe ***?

—¿Qué importa eso?

La comedianta dijo esta frase característica como la hubiera dicho en el escenario.

—El príncipe es un buen príncipe,—agregó.—No te cortes el resuello ni con él ni con tu otro rival; tanto más cuanto que éste se encontrará ya en Hamburgo, en donde, sin duda, seducirá á otra señorita de calidad. Ha nacido para esas aventuras. ¿Quieres comer conmigo?

Pero, por favor, no volvamos á hablar de esa historia. Me plantaste en extremo indelicadamente, no sé por qué; felizmente para ti, me salió el príncipe; felizmente, porque de lo contrario no te hubiera dejado en paz. ¿Dónde diablos pasaste el tiempo? Porque, si mal no recuerdo, te he escrito y me ha sido devuelta mi carta.

Gontrán vió bien que Lucía estaba ignorante de la muerte de la señorita de Marcy; no habló más del asunto, como si hubiera temido profanar á la infeliz.

Se decidió á comer con Lucía.

—Pero ¿y si viene el príncipe?

—El príncipe estará en mi casa, pero tú estarás en la tuya.

La comedianta pensaba, como mujer de cabeza que era siempre, que si el príncipe aparecía y se quejaba al ver allí á Gontrán, sería éste un buen encuentro para ella, porque le diría:

—Querido príncipe, no seré completamente libre y feliz si usted no me compra otro hotel; tanto más cuanto que éste no es digno de usted.

Y así conseguiría tener un hotel en la principal avenida de los Campos Eliseos, que es el ideal de las ambiciosas de hoy.

Por la noche, Gontrán no volvió á su casa. Ni al otro día. Ni dos después.

¿En dónde estaba?

Llena de inquietud, la señora Staller se atrevió á enviar al hotel de la calle de Courcelles. Gontrán no se hallaba allí. Envió á casa de uno de sus amigos, Raúl de Oraie, el único á quien había vuelto á ver en los últimos tiempos; no le habría contado sus secretos; mas ¿no podía Raúl haberlos adivinado? Éste, que fué á constatar en persona á la señora Staller, entristeciósese como ella por la decadencia de su hijo. Queriendo ocultarle

el profundo mal que á Gontrán minaba, no la disimuló que pasaba casi todas las noches en la Casa de Oro.

¡Ya no tenía derecho á acostarse en el hotel de Lucía!

He aquí por qué Gontrán recibió una carta de su madre con este sobre:

Señor Gontrán Staller.

En la Casa de Oro.

No era Gontrán el único á quien entonces se hubiera podido escribir así. Es muy conocida esa existencia imposible. Comienza por la noche. Se fuma, se divaga, se juega. Dan las doce; es la hora á que van las señoritas; se fuma, se divaga, se juega. Olvidaba algo: se cena. Se toca á todo con labio escéptico. El champán, las frases femeniles y las carcajadas esparcen una alegría ficticia sobre todos aquellos corazones enfermos. Amanece: puesto que el sol aparece, menester es ocultarse. Y se toma la primera mujer que se encuentra para no acostarse solo.

Hablo de los que, como Gontrán, tienen un amor que les persigue, una pelea que les debilita, un remordimiento que les roe. Se levantan á eso de las dos, van al círculo, juegan, miran jugar cuando no tienen dinero. Comen aquí y allá, pero siempre se encuentran en la Casa de Oro, si no en el Café Inglés.

Gontrán había llegado á abandonarse á todas las corrientes; había arrojado al agua la conciencia para aligerar el navío. Vivía con ésta y con aquélla, de ésta y de aquélla, hubiérase podido decir casi; se sabía que había sido rico, se creía que volvería á serlo. Hay mujeres que, como los usureros, prestan amor con un interés

crecido; las hay que tan bien se estiman, que no creen dar nada al darse; todo es pasar una noche más en el presidio de las malas pasiones condenadas á perpetuidad.

El joven Staller, que había jurado á su madre no volver á ver á Lucía, no se había atrevido á regresar á su casa después de dejarse coger otra vez en los maleficios de aquella encantadora. Vivía al día, no cuidándose de su dignidad, porque ya no se cuidaba del mañana. Se decía que no le quedaba más que un amigo: su pistola. Para él era indudable que tendría que recurrir á este último amigo.

Pero si él no se lo confesaba, es menester que el que cuenta su historia lo confiese. Estaba más que nunca enamorado de Lucía; en vano se defendía de su memoria: hiciera lo que hiciera, siempre estaba en ella presente. Si abría un periódico, en él encontraba sus actos y sus gestos; si oía hablar en torno suyo, hablábase de la comedianta. Por la noche, entre nueve y diez, iba, sin darse cuenta de lo que hacía, á ocupar su butaca de orquesta. Experimentaba una voluptuosidad desgarradora oyendo los aplausos, viendo caer los ramilletes. Lucía era su obra, pero Lucía no era suya. Tal vez hubiera sentido la misma voluptuosidad oyendo silbar en torno de ella.

Los que se indignen al verle tan vil en esta pasión, que no podía vencer, quizás pasarán junto á las pasiones sin atravesarlas. No debe olvidarse que Lucía era hermosa. «Ni alma ni corazón», se dirá. Pero ¡y las obras maestras de arte! Además, si no le había amado, él creía que sí le había querido; en amor, la realidad no es nada todo lo es la ilusión. Y, por otra parte, ¿no era nada haberle inspirado tanto amor? Si su corazón había vivido, ¿no había sido por ella? El verso de Vol-

taire será siempre una verdad en su belleza; quiero citarle aquí:

Yo te lo debo todo, puesto que yo te amo.

Pero ¿cómo Gontrán no había tenido el valor de arrancarse á aquella pasión que sólo vergüenza podía darle? Cuando iba á casa de Lucía, ¿no era como aquellos pobres vergonzosos, aquellos antiguos amigos arruinados á quienes se dan las migajas de los festines del amor? Allí donde fuera amo, ¿cómo se humillaba hasta ser mendigo? Es que el amor es á un tiempo soberano y esclavo: ¿cuántas veces, después de gozar de su triunfo, desciende hasta besar las cadenas de su servilismo!

Si á Gontrán le quedaba un poco de orgullo, lo ponía en su adoración á Lucía; estaba conmovido por el rumor que repercutía en torno de ella y que llegaba siempre hasta él; apreciaba en lo que valía aquel estrépito efímero de una comedianta, pero, en fin, se dejaba coger en él como todos.

En aquel tiempo, la fama ponía como por burla sus coronas sobre las cabezas de algunas comediantas y de algunas cortesanas; los generales estaban en segundo lugar, como si las batallas del amor fuesen más heroicas que las victorias sobre el enemigo; no sólo los generales, sino también los políticos, los diplomáticos, los poetas, los artistas. Siempre que en el cielo contemporáneo descubriase una estrella, era la estrella de una gran tormenta. ¿Qué hacer contra aquello? ¿No se produjeron los mismos fenómenos en la antigüedad? ¿Cuántas olimpiadas, en Atenas, no brillan hoy todavía sino por el esplendor de las cortesanas? ¿Cuántos grandes hombres fueron olvidados, cuántos granos de polvo,

mientras la fúnebre lámpara de las Aspasia y de las Frinés continúa ardiendo?

La injusticia y la imperfección del mundo acusan el cielo, el otro mundo.

Gontrán cayó, pues, no diré en todas las embriagueces, pero sí en todas las angustias de su amor.

Lucía consentía en verle aquí y allá. Pero una noche, entre bastidores, le dijo:

—No vuelvas por mi casa; el príncipe tiene celos.

—¡Y yo también!—dijo Gontrán, queriendo elevarse á la altura de su rival.

Lucía se echó á reír, una risa diabólica.

—¡Ah! ¿Tienes celos?—le dijo.—Pues ya os parecéis. Pero ese príncipe me da ocho mil francos mensuales, y tú no me das nada; he ahí la diferencia que hay entre él y tú.

XX

La decadencia del amor

Gontrán fué todavía más desgraciado. Buscó en los amores consuelo contra el amor. Pero no encontró sino amargura y desespero.

Si Lucía le hubiese visto, vagando en torno de su hotel después de una noche sin sueño, esperando la hora á que iba á los ensayos, sin duda le hubiera hecho la limosna de su sonrisa, por cruel que fuera; mas como siempre salía de casa con retraso, en vez de mirar á otra parte iba con los ojos clavados en su papel. Gontrán, por otra parte, no se mostraba mucho.

taire será siempre una verdad en su belleza; quiero citarle aquí:

Yo te lo debo todo, puesto que yo te amo.

Pero ¿cómo Gontrán no había tenido el valor de arrancarse á aquella pasión que sólo vergüenza podía darle? Cuando iba á casa de Lucía, ¿no era como aquellos pobres vergonzosos, aquellos antiguos amigos arruinados á quienes se dan las migajas de los festines del amor? Allí donde fuera amo, ¿cómo se humillaba hasta ser mendigo? Es que el amor es á un tiempo soberano y esclavo: ¿cuántas veces, después de gozar de su triunfo, desciende hasta besar las cadenas de su servilismo!

Si á Gontrán le quedaba un poco de orgullo, lo ponía en su adoración á Lucía; estaba conmovido por el rumor que repercutía en torno de ella y que llegaba siempre hasta él; apreciaba en lo que valía aquel estrépito efímero de una comedianta, pero, en fin, se dejaba coger en él como todos.

En aquel tiempo, la fama ponía como por burla sus coronas sobre las cabezas de algunas comediantas y de algunas cortesanas; los generales estaban en segundo lugar, como si las batallas del amor fuesen más heroicas que las victorias sobre el enemigo; no sólo los generales, sino también los políticos, los diplomáticos, los poetas, los artistas. Siempre que en el cielo contemporáneo descubriase una estrella, era la estrella de una gran tormenta. ¿Qué hacer contra aquello? ¿No se produjeron los mismos fenómenos en la antigüedad? ¿Cuántas olimpiadas, en Atenas, no brillan hoy todavía sino por el esplendor de las cortesanas? ¿Cuántos grandes hombres fueron olvidados, cuántos granos de polvo,

mientras la fúnebre lámpara de las Aspasia y de las Frinés continúa ardiendo?

La injusticia y la imperfección del mundo acusan el cielo, el otro mundo.

Gontrán cayó, pues, no diré en todas las embriagueces, pero sí en todas las angustias de su amor.

Lucía consentía en verle aquí y allá. Pero una noche, entre bastidores, le dijo:

—No vuelvas por mi casa; el príncipe tiene celos.

—¡Y yo también!—dijo Gontrán, queriendo elevarse á la altura de su rival.

Lucía se echó á reír, una risa diabólica.

—¡Ah! ¿Tienes celos?—le dijo.—Pues ya os parecéis. Pero ese príncipe me da ocho mil francos mensuales, y tú no me das nada; he ahí la diferencia que hay entre él y tú.

XX

La decadencia del amor

Gontrán fué todavía más desgraciado. Buscó en los amores consuelo contra el amor. Pero no encontró sino amargura y desespero.

Si Lucía le hubiese visto, vagando en torno de su hotel después de una noche sin sueño, esperando la hora á que iba á los ensayos, sin duda le hubiera hecho la limosna de su sonrisa, por cruel que fuera; mas como siempre salía de casa con retraso, en vez de mirar á otra parte iba con los ojos clavados en su papel. Gontrán, por otra parte, no se mostraba mucho.

Sin embargo, una mañana lo vió, pálido, triste, derrotado.

—¿Qué diablos viene á hacer aquí?—se dijo.

Le hizo una seña con la mano, sin comprender que la pasión misma iba á llorar bajo sus balcones.

El conde de Aspremont encontró un día á Gontrán, pálido, sombrío, atontado, ocultando su desesperación no lejos del hotel de Lucía.

El pobre enloquecido abrió su corazón al conde.

—No puedo resistir más; es menester que vea de nuevo á Lucía,—le dijo, con lágrimas en los ojos.

—¡Querido, me das lástima! Un niño sería más altivo que tú. En nombre de tu madre y de tu hermana, vuelve á ser hombre.

—Es menester que vea á Lucía por vez postrera.

—¿En dónde quieres verla?

—En el teatro. He leído en un periódico que hoy representa un nuevo papel.

—Sí, eso es; desde aquí te estoy viendo: los aplausos y los ramilletes se te subirán á la cabeza.

—¡No! Préstame cinco luises.

—Tómalos. ¿Para qué son?

—Para comprar guantes.

—Sabes que en tu casa están desesperados. Pórtate como un buen hombre; pásala por el teatro, mas no dejes de ir á tu casa.

Los dos amigos se despidieron.

Gontrán no compró guantes: gastó tres luises en tres ramilletes; dió veinte francos á un pobre y reservó los otros veinte para dárselos á la acomodadora, no sólo porque haría arrojar los ramilletes, sino también porque llevaría cuatro letras á la comediante durante el entreacto.

No quería comprometer su nombre; era un billete anónimo; hele aquí:

«Aquel día, tú leías una novela. ¿Te acuerdas? Léis-te en alta voz: ¿Qué es vivir? Es acordarse.—Acuérdate.»

Pero Lucía no se acordaba. El recuerdo, bueno es para los que tienen tiempo de retroceder.

¿Aspiró la comediante el aroma de los ramilletes de Gontrán? Tal vez. Fueron los únicos que le echaron aquella noche. ¿Reconoció su letra? Tal vez. Estrujó el billete y lo tiró, diciendo:

—Los hombres están locos.

Gontrán quería aventurarse, no en los bastidores, sino en el *foyer* de los cómicos. No se atrevió; como desde hacía algún tiempo no pensaba en vestirse bien, Lucía juzgaría que no era aquello digno de un estreno en que ella trabajaba.

La butaca de orquesta que había abonado para el invierno, vióse obligado á subalquilarla una noche que le hacían falta diez luises. Se la tomó un amigo. Aquella noche, había obtenido permiso para ocuparla durante un acto. Al siguiente día, volvió á pedir la butaca; pero el que la subabonara rehusó brutalmente, diciendo:

—¡Esto es fastidioso! ¡Cualquiera creería que ocupas tus muebles!

Pasaron algunos días. La ruina extendía sus alas de ave nocturna sobre el hotel Staller. Gontrán volvió á su madre y juró levantar la casa. ¿Qué hizo para esto? ¡Jugó á la Bolsa! Creía encontrar allí todo lo que perdiera en casa de Lucía. Naturalmente, perdió más; se obstinó, siguió perdiendo. Es matemático: en la Bolsa, sólo con dinero se gana dinero. Hubiera podido negar aquellas deudas, puesto que la Bolsa está llena de gentes que se enriquecen no pagando; pero la señora Staller quiso quedar bien.

Una mañana, pusiéronse letreros en el hotel Staller:

Venta por licitación, decían aquellos letreros; pero la verdad es que los herederos del señor Staller no podían ya vivir en su hotel.

Nada más desolado que aquel hogar en que todos guardaban silencio. La señora Staller, queriendo salvar á su hijo de la desesperación en que sin cesar veíale caer, desatendía demasiado á su hija, consumida por la pena. Aquello era lastimoso: de todo se privaban; habían vendido los caballos y los carruajes; no recibían ni aun á sus íntimos. La señora Staller, que reservaba sus alhajas á su hija, fué una mañana con ellas á casa de un joyero, que le dió lo necesario para pagar una de las deudas de Gontrán.

Llamó á su hijo, se encerró con él y le contó lo que había hecho.

—¡Ah! Olvidaba,—dijo abrazándole,—que quiero hacerte un regalo. He comprado este libro para tí.

Y le dió la *Imitación de Cristo*.

Gontrán abrió el volumen como hombre que no sabe leer..

—¡Desgraciado!—dijo la madre.—Bien veo que no comprendes una palabra. ¡Luego aquella mala mujer ha arruinado tu espíritu y tu corazón como nos ha arruinado!

Gontrán miraba á su madre y no respondía.

—¿No la verás, al menos?

Una triste sonrisa pasó por los labios del joven.

—No, no la veo. Pero tú aun no la conoces: si fuera á su casa, me haría poner á la puerta.

Aquel día, por no tener nada que hacer, después de hojear vanamente la *Imitación*, Gontrán salió y fué á la calle de Courcelles. Sentía curiosidad por saber si su antigua querida le recibiría.

Había leído en los periódiquillos que Lucía había

hecho una nueva fortuna con un príncipe extranjero —príncipes siempre.— Éste se había divertido la primera noche—de bodas—enviándole un canastillo de matrimonio con un libro de misa de trescientas sesenta y cinco páginas, que eran otros tantos billetes de Banco... ¡Hasta dónde llega la profanación!

Cuando Gontrán entró en el hotel, se encontró en país desconocido: la señora había renovado su personal. Se le pidió su nombre; quería pasar adelante, pero, conteniéndose, dió su tarjeta.

—¡El señor Staller!—dijose el lacayo.—He aquí uno que no será recibido, porque no entra aquí sino gente que ostenta títulos.

No tardó en volver á decir á Gontrán que la señora estaba ocupada.

—Lo había previsto,—dijo el que había comprado el hotel.

No se dió por vencido; le animó una ráfaga de energía. Entró resueltamente en el salón y dijo al lacayo que era menester que la señora bajase.

Lucía no se hizo esperar mucho. Entró en el salón impaciente y frunciendo las cejas.

—¿Qué viene usted á hacer aquí, Gontrán?

—Vengo á ver á usted, Lucía.

—Ya me ha visto usted, Gontrán. Tiempo nuevo, mujer nueva; lo que pasó, pasó. Cuando le amaba á usted y usted me amaba á mí, había por qué vernos; pero hoy, ni uno ni otro tenemos tiempo que perder.

—Sí,—dijo Gontrán intentando burlarse,—el tiempo es oro.

—Rehaga usted su fortuna y no me haga perder la mía.

La comedianta sabía que Gontrán estaba más que arruinado.

—Oiga usted, Gontrán; si vino usted á pedirme dinero, hable usted.

—¡A pedirte dinero!

Gontrán, que estaba sentado, se levantó y avanzó furioso hacia Lucía; asióla de ambas manos y la hizo volar en torno suyo como en un vals infernal.

—¡Pedirte dinero!—repitió.—¡No haría eso... ni aun cuando con ello hubiera de comprar un vaso de agua para no volverme rabioso!

Lucía se había escapado de manos de Gontrán y había llamado.

—Acompañe usted á la puerta á ese caballero,—dijo, de nuevo.

Era preciso matar á la mujer ó marcharse.

Gontrán se marchó.

XX

La fiesta bajo el ciprés

Al siguiente día era el santo de la comedianta.

El hotel de la calle de Courcelles fué asaltado por ramilletes. El príncipe, que pagaba bien, quiso que los músicos de la orquesta de los Bufos fuesen á dar una serenata á su belleza, no obstante llover á cántaros.

Lucía nunca sintióse tan feliz. Triunfaba en el teatro, triunfaba en el Bosque, vencía á las *demimondaines* por toda la estación; porque ¿dónde encontrar un príncipe tan loco como el suyo?

Aquel día, hacía las doce de la mañana, la señorita

Staller dijo á su madre, conforme se sentaban á la mesa para almorzar:

—¿No has visto á Gontrán?

—No, pero sé que está en su cuarto. Le he visto no hace mucho á su balcón.

—¿Por qué no viene?

Al pronunciarse estas palabras, Gontrán se presentó á la puerta del comedor.

—Prepárate, Gontrán,—le dijo dulcemente su madre.

—Iremos dentro de poco al cementerio. ¿No vendrás con nosotras?

—¿Al cementerio? Sí, sí, iré,—dijo Gontrán.

Abrazó á su madre y á su hermana.

—¡Qué! ¿No te sientas á la mesa?

—En seguida. Empezad. Voy por los cigarros.

Y Gontrán salió.

—¡Cuán pálido estás! ¿No es así, mamá?

—Si Dios no pone algo de su parte, no le salvaremos.

Gontrán no había subido por los cigarros. Estaba en la postrer estación de su cruz: iba á morir. Su pistola, la pistola de Lucía, le esperaba.

Ni aun se tomó el trabajo de encerrarse.

—Sí,—repitió al coger el arma,—sí, iré al cementerio.

La doncella, que pasaba por delante de su cuarto, exclamó:

—¡Señorito! ¿Qué hace usted?

—¡Silencio!—dijo Gontrán.—Tengo un duelo á muerte. ¡Cuidado con hablar!

Y le enseñó la pistola.

—Es todo lo que me queda de mi fortuna.

—Sí,—dijo la joven.—Y sabido es quién se la ha dado.

—¡Me favorecerá!

—Oiga usted, Gontrán; si vino usted á pedirme dinero, hable usted.

—¡A pedirte dinero!

Gontrán, que estaba sentado, se levantó y avanzó furioso hacia Lucía; asióla de ambas manos y la hizo volar en torno suyo como en un vals infernal.

—¡Pedirte dinero!—repitió.—¡No haría eso... ni aun cuando con ello hubiera de comprar un vaso de agua para no volverme rabioso!

Lucía se había escapado de manos de Gontrán y había llamado.

—Acompañe usted á la puerta á ese caballero,—dijo, de nuevo.

Era preciso matar á la mujer ó marcharse.

Gontrán se marchó.

XX

La fiesta bajo el ciprés

Al siguiente día era el santo de la comedianta.

El hotel de la calle de Courcelles fué asaltado por ramilletes. El príncipe, que pagaba bien, quiso que los músicos de la orquesta de los Bufos fuesen á dar una serenata á su belleza, no obstante llover á cántaros.

Lucía nunca sintióse tan feliz. Triunfaba en el teatro, triunfaba en el Bosque, vencía á las *demimondaines* por toda la estación; porque ¿dónde encontrar un príncipe tan loco como el suyo?

Aquel día, hacía las doce de la mañana, la señorita

Staller dijo á su madre, conforme se sentaban á la mesa para almorzar:

—¿No has visto á Gontrán?

—No, pero sé que está en su cuarto. Le he visto no hace mucho á su balcón.

—¿Por qué no viene?

Al pronunciarse estas palabras, Gontrán se presentó á la puerta del comedor.

—Prepárate, Gontrán,—le dijo dulcemente su madre.

—Iremos dentro de poco al cementerio. ¿No vendrás con nosotras?

—¿Al cementerio? Sí, sí, iré,—dijo Gontrán.

Abrazó á su madre y á su hermana.

—¡Qué! ¿No te sientas á la mesa?

—En seguida. Empezad. Voy por los cigarros.

Y Gontrán salió.

—¡Cuán pálido estás! ¿No es así, mamá?

—Si Dios no pone algo de su parte, no le salvaremos.

Gontrán no había subido por los cigarros. Estaba en la postrer estación de su cruz: iba á morir. Su pistola, la pistola de Lucía, le esperaba.

Ni aun se tomó el trabajo de encerrarse.

—Sí,—repitió al coger el arma,—sí, iré al cementerio.

La doncella, que pasaba por delante de su cuarto, exclamó:

—¡Señorito! ¿Qué hace usted?

—¡Silencio!—dijo Gontrán.—Tengo un duelo á muerte. ¡Cuidado con hablar!

Y le enseñó la pistola.

—Es todo lo que me queda de mi fortuna.

—Sí,—dijo la joven.—Y sabido es quién se la ha dado.

—¡Me favorecerá!

Una detonación resonó en el hotel Staller.

Pareció á la pobre madre que aquél era para ella el golpe mortal; corrió al cuarto de su hijo con el presentimiento de su desgracia.

Vió á Gontrán tendido en el suelo, manchado de sangre. Gritó, se lanzó sobre su hijo, quiso abrazarle... Se desmayó...

La *Imitación de Cristo* estaba sobre su mesa, pero él no la había abierto.

Junto á este libro, cuando la señora Staller volvió en sí en brazos de su hija, reconoció la letra de Gontrán.

—Léeme eso,—dijo á la joven.

La señorita Staller leyó estas palabras, escritas con mano febril:

«Adiós, madre mía; adiós, hermana mía. Voy á pedir perdón á mi padre.»

—No, no eso,—dijo la madre;—hay otra carta.

—¿Dónde?

—¡Te digo que hay otra carta!

La señora Staller tenía la doble vista.

Revolviendo los papeles de la mesa, la señorita Staller halló, efectivamente, un sobre cerrado, en el que decía:

«*Señor Raúl de Orate.*»

—En esa carta,—dijo la madre,—hay otra; porque Raúl era el confidente de Gontrán.

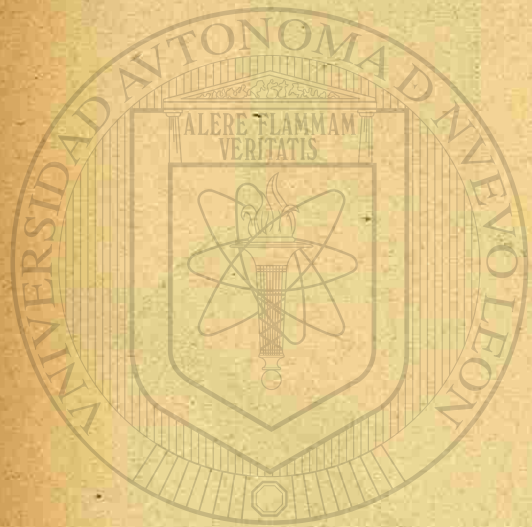
Rompió el sobre y encontró, efectivamente, otro dirigido á Lucía.

—¡Leeré esa carta!—exclamó la madre.

Abrió el sobre y leyó estas líneas:

«Regocíjate, Lucía! No volverás á ver mi rostro, que indudablemente habría ensombrecido tu felicidad. Cuando leas estas palabras, me habré ya hecho justicia. He





olvidado pedirte mis cartas. Raúl irá á recogerlas para quemarlas, si es que tú no las has quemado ya. Sé leal ante mi muerte. Me has dicho que jamás se separó de ti aquel ramillete fatal, que fué mi ruina y que ha hecho la desgracia de los míos: llévale á mi tumba y aspira el aroma de esas violetas, que te envió por medio de Raúl. La muerte no inspira el odio. Inspira el perdón. ¡Adiós! Sé feliz y acuérdate de que nos hemos amado mucho. Me mato con la pistola que me diste, porque me entregaste á la vez con ella la muerte y el amor.

»Gontrán.»

—¡Oh! ¡La locura del amor! ¡La locura! ¡la locura! ¡la locura!—dijo la madre, soltando aquella carta y arrojándose ante su hijo.

XXII

El espectro del banquete

Cuando Raúl de Oraie se presentó, obedeciendo á la última voluntad de Gontrán, en casa de Lucía, para darle un ramillete de violetas, con la carta de adiós y pedirle las cartas del muerto, la comedianta dejó escapar un grito muy digno de la historia.

—¡Cómo! ¡Se ha matado! ¡Se ha matado el día de mi santol! ¡Como si no hubiera podido dejarlo para mañana!

Tenía una comida de doce cubiertos; había invitado á los más bellos nombres de la juventud dorada. ¡Cuántos que iban le reprochaban no haber recibido invitación! Pero ella había dicho de antemano:

olvidado pedirte mis cartas. Raúl irá á recogerlas para quemarlas, si es que tú no las has quemado ya. Sé leal ante mi muerte. Me has dicho que jamás se separó de ti aquel ramillete fatal, que fué mi ruina y que ha hecho la desgracia de los míos: llévale á mi tumba y aspira el aroma de esas violetas, que te envió por medio de Raúl. La muerte no inspira el odio. Inspira el perdón. ¡Adiós! Sé feliz y acuérdate de que nos hemos amado mucho. Me mato con la pistola que me diste, porque me entregaste á la vez con ella la muerte y el amor.

»Gontrán.»

—¡Oh! ¡La locura del amor! ¡La locura! ¡la locura! ¡la locura!—dijo la madre, soltando aquella carta y arrojándose ante su hijo.

XXII

El espectro del banquete

Cuando Raúl de Oraie se presentó, obedeciendo á la última voluntad de Gontrán, en casa de Lucía, para darle un ramillete de violetas, con la carta de adiós y pedirle las cartas del muerto, la comedianta dejó escapar un grito muy digno de la historia.

—¡Cómo! ¡Se ha matado! ¡Se ha matado el día de mi santol! ¡Como si no hubiera podido dejarlo para mañana!

Tenía una comida de doce cubiertos; había invitado á los más bellos nombres de la juventud dorada. ¡Cuántos que iban le reprochaban no haber recibido invitación! Pero ella había dicho de antemano:

—Es menester que no seamos trece.
Gontrán era el décimotercio.

Lucía temió enternecerse leyendo la carta: no se debe llorar el día de su santo. Rogó á Raúl que volviera al día siguiente «para ocuparse en aquel asunto».

El joven se marchó, pensando cuán poco lugar, así en vida como en muerte, tiene un enamorado en una tunanta á quien amara.

La comediante no aplazó la celebración de aquel día para el siguiente. Al anoecer, los ramilletes se amontonaban en los salones.

Las violetas de Gontrán desaparecieron bajo las camelias y las rosas.

Todos los invitados respondieron al llamamiento; sentáronse á la mesa hacia las ocho.

—Querido amigo,—dijo la dueña de la casa á uno de los convidados,—trae usted á la fiesta un rostro muy triste. ¡Alegría, por favor!

Aquel invitado era el conde de Apremont.

—En verdad,—dijo éste amargamente,—me admiro de admirarme todavía.

El conde era un carácter entre aquellos jóvenes locos lanzados á toda brida al *steeple-chasse* de las aventuras. Tenía un profundo sentimiento de la justicia. Quería que todo el mundo ocupara el lugar que él había ocupado. De regreso de todo, aspiraba al ideal del bien, mas no tenía el valor de romper con los azares de la vida parisiense. Sin prejuicios de casta y de fortuna, tenía su teoría política, que encontraba algo revolucionaria para que él contribuyese á la obra social.

Huérfano, habíase comido su fortuna patrimonial jugando á las cartas y con las mujeres. Pero sin sentirlo. Pasando un día de caza por delante de una de sus tierras, vendida por los acreedores, exclamó, como no sé qué hijo pródigo:

—¡Ah! ¡Cómo te comería nuevamente!
Y éste fué todo el sentimiento que expresó.

Hay un Dios para los hijos pródigos. Apenas arruinado, tuvo un herencia milagrosa, de la que se habló mucho en 1868. Y entonces pensó en casarse razonablemente, y no pensó sino en encontrar una mujer que fuese para él la imagen de la dicha y de la virtud. ¿Quién lo creería? ¡Se casó!

El rumor de la muerte de Gontrán esparcióse en algunas horas por la juventud parisiense. Un sentimiento de amarga curiosidad había impulsado á Aspremont á aceptar la invitación de Lucía. No la llevaba en el corazón, pero la veía poco menos que como se va al jardín botánico, para ver á los monstruos.

No podía comprender que la comediante no hubiese suspendido la fiesta, aunque la conociese bastante bien.

Y sin cumplimientos abordó la cuestión.

—En verdad,—dijo,—encuentro muy natural, querida Lucía, que haga usted cambiar en el teatro la función de esta noche á causa de su santo, pero, francamente, más natural me parecería que aquí se descansara en el día de hoy.

Lucía no se alteró.

—Querido mío, la vida tiene sus exigencias: me pondré de luto mañana para serle á usted agradable.

Y lanzó una terrible mirada al de Aspremont.

—Sí, un luto de corte: hoy riguroso y menor mañana.

Lucía siempre tenía qué replicar.

—Pues bien: su amigo de usted será tratado como un príncipe.

Este prólogo de la comida había extendido el frío del sudario sobre todos los presentes. Aunque Lucía hubiera renovado sus amigos como había renovado sus

criados, nadie ignoraba que el hotel en que comían había sido dado á la comedianta por Gontrán. Esta pasión nada oculta había causado bastante ruido para que los episodios más brillantes tuvieran eco todavía. Verdad es que Gontrán no dejaría un recuerdo que ni los siglos habían de borrar como Alcibiades, Alejandro ó César; pero, en fin, era muy natural que el día de su muerte se hablase de él, tanto más cuanto que su muerte fué una de las páginas más acentuadas de su vida.

Hiciéronse grandes esfuerzos para hablar de otra cosa. Lucía, que poseía el arte de conducir la conversación al través de los obstáculos como conducía varonilmente sus dos caballos ingleses en la ola de carruajes de las grandes avenidas, quiso reconquistar el pensamiento de sus invitados. Se habló de los soles nacentes de la señorita Corapearl y de los soles moribundos de la señorita Duverger en los mismos horizontes con estrellas de diamantes; pero en vano se evocaron las imágenes más luminosamente alegres del mundo galante: una palabra imprevista hacía resurgir el pálido rostro de Gontrán. Había sido amigo de todo el mundo, con todos se había rozado; en vano se removían las palabras á él más extrañas: su nombre aparecía constantemente.

Uno de los convidados, Aspremont, guardaba silencio y miraba á la comedianta con tanta atención como si hubiera estado en el teatro.

¡Qué espectáculo era, efectivamente, el que allí se daba, para él, que vivía en el torbellino, pero tomándose tiempo para estudiar á las mujeres!

Mientras tanto, los espumosos vinos, vertidos en las copas desde que los convidados empezaran á entrar, según la moda consagrada en las más opulentas casas,

habíase subido á la cabeza de todos los reunidos, excepto Aspremont.

Lucía, impulsada á su vez por los primeros torbellinos de la borrachera, se abandonó á una linda inspiración.

—¡Desafiemos á la muerte! ¡He leído á los filósofos! La tumba es una puerta abierta; Gontrán ocupa ya un puesto en un nuevo mundo, en el que tal vez no haya espectadores tan serios como en los Bufos-Parisienses. No le compadezcáis. No lloremos nuestros amores muertos; que ésta es la verdadera muerte, puesto que no renacerán. ¿A qué llorar á los hombres, si hay que nacer de nuevo?

—Lucía tiene razón,—dijo un convidado.—No es la vida un viaje, lo es la muerte.

Lucía estalló en una carcajada.

—¡Pobre Gontrán! Cruel se las hice; pero donde no hay pena no hay placer. Esta es mi divisa. Entre otras farsas, le hice una buena comedia, mas no la contaré.

—Refiéranos usted eso,—dijo su vecino, un cuasi-embajador que conocía bien á las mujeres.

—¡No, he jurado no contarle!

—¿A quién ha jurado usted eso?

—A mí misma.

Y la comedianta, que perdía la cabeza, dióse un golpe en el pecho con la mano.

—Aquí no hay nadie; puede usted contarle,—dijo su vecino de la derecha, el célebre Tres-Estrellas, que hacía la lluvia y el buen tiempo en la política de la noche.

Todos declararon que Lucía estaba libre de su juramento.

—¡Oh! Después de todo, fué una cosa inocente,—dijo,—y creía yo que aun le amaba.

—Porque nunca le amó usted,—murmuró el conde de Aspremont.

—¡Silencio! Figuraos que un bello día me anuncia su matrimonio con una señorita de no sé qué, fuerte en color y fuerte en dinero. Por la noche, me escapo entre dos actos, me hago conducir, bien encapuchonada, á los bastidores de los Italianos, y ¡qué veo, injusto cielo! Veo á mi Gontrán haciendo el perfecto amor de perfil y de tres cuartos. La joven virgen era bella, pero algo roja. «—¿Creeré á mis ojos?—me dije.—¡Es la doncella de Rosa!» En efecto, se parecían de un modo sorprendente: el mismo rostro coronado por los mismos cabellos, un negro de España sobre carmín. Pero ¿á qué insistir? Todos conocéis á la doncella de Rosa.

—Sí,—dijo un convidado, queriendo colocar una frase.—Si yo fuera el amante de Rosa cambiaría los papeles.

—En mis celos, viniéronme dos ideas: la primera era la más sensata; así es, que no me detuve en ella. Juzgad, si no: pensé en tomar á esa joven á mi servicio para disgustar á Gontrán de la muchacha casadera.

—Sí; mas,—dijo el obstinado comensal,—hubiera usted temido que se engañase,

—¡Yo!

—¡Bella exclamación!

Lucía clavó en el que hablara una mirada desdeñosa, como si hubiera sido imposible que se la confundiera con una doncella de servicio.

—Yo,—añadió,—nunca habité en las buhardillas.

Hubiera querido no pronunciar estas palabras; porque, aun cuando estuviera medio ebria, vió que sus convidados se miraban y parecían acordarse de su habitación del sotabanco.

—Continúa,—dijo el príncipe;—me interesas.

—Detúveme, pues, en lá segunda idea, porque no encontré otra. Me vi con uno de mis antiguos amantes que nada tenía que hacer porque ya no tenía dinero. Le di veinticinco luises.

—¡Ah, diablo! Paga usted bien sus bromas y sus espectáculos.

—¡Silencio! Si se me interrumpe, no cuento la historia.

Todos callaron.

—Como digo, di veinticinco luises al hombre y le dije: «—Esa es la mujer», estilo Víctor Hugo. La mujer era la doncella de Rosa. Y añadí: «—Cualquiera que sea la virtud de esa joven, tú me respondes con tu cabeza de que estará aquí esta noche antes de que yo vaya á los Bufos. Quiero vestirla yo misma, acicalar su rostro, peinarla, blanquearle un poco los brazos y las manos, darle aires de mundo, enseñarle los bellos modales, después de lo cual, como sea digna de ti, irás á cenar con ella al núm. 12 del Café Inglés.» El hombre quería comprender; pero le dije: «—Eso no te importa. Te las compondrás para que á la una de la mañana la mujer esté alegre y enamorada; la puerta del gabinete se abrirá, tomarás aires de Bajá de regreso de Pafos, y habrá acabado tu misión; quiero dar este espectáculo á un amigo.» ¿Creerían ustedes que el hombre vacilaba?

—¿Eso te admira?—dijo el príncipe.

—Sí, me admira que se rehusen quinientos francos por sólo ir á cenar. Le tiré el billete; él lo estrujó con mano desdeñosa, pero se lo metió en el bolsillo. «—Convenido,—dijo;—daré estos quinientos á esa joven.» Y añadió con aires de gran señor que despierta de una borrachera: «—Pero esto á nada me obliga.»

De todos los convidados, el único que escuchaba con

verdadera curiosidad era Aspremont. Al fin se explicaba el por qué de la muerte de la señorita de Marcy.

Quiso estallar, pero se contuvo.

—¡Qué pálido está usted!—dijo Lucía, que miraba en torno de la mesa para ver si su relato interesaba.

—Escucho,—dijo el conde.—Eso es bello; siga usted.

—¿No es verdad que fué una linda invención? Sé bien que, en tiempo de los romanos, hay una historia semejante—*Valeria*, tragedia en cinco actos y en verso, interpretada por la señorita Rachel,—que en tiempo de Luis XVI hay el célebre drama del collar. A mi vez quise dar una situación á los autores dramáticos del porvenir.

—Bueno,—preguntó el príncipe.—¿Y qué ocurrió?

—¡Qué ocurrió! A la una de la mañana pasé por delante del 12 con Gontrán, la puerta se abrió, y vimos lo que pueden ustedes figurarse.

—Y ¿qué dijo Gontrán?

—¡Gontrán! En el mismo instante se curó de su capricho por el matrimonio. Me engaño, porque me pidió mi mano, y yo le conduje á mi lecho nupcial.

Lucía contó esta historia, que había llevado á la tumba á los veinte años y con su amor á la señorita de Marcy, que aquella mañana misma había dado muerte á Gontrán, con la desenvoltura de una mujer que hubiese visto aquello en el teatro ó que lo hubiera leído en un periódico.

¡Ni un acento del corazón, ni una expresión del alma!

Mientras tanto, Jorge de Aspremont se había levantado, pálido y terrible.

—¿Por qué se levanta usted?—le preguntó Lucía con aire distraído, sin prever ni remotamente lo que el conde iba á decir.

—¡Que por qué me levanto!—exclamó—¡Porque esta mesa está maldita!

Alzó el mantel y derribó las copas de cuatro ó cinco comensales.

—¿Está usted loco?—dijo el príncipe, alzándose á su vez.

El conde le tiró su servilleta.

—¡Que por qué me levanto!—añadió, no queriendo responder sino á Lucía.—Voy á decírselo á usted. He venido aquí porque voy á todas partes; mas no quiero permanecer ante la calumnia que mata. Sabía que es usted cruel y fría, no sabía que fuera usted homicida. ¿Quiere usted que le diga lo que hizo con su odiosa comedia del Café Inglés? Matar á la señorita de Marcy. Y, porque mató usted á esta señorita, se ha suicidado esta mañana Gontrán Staller.

Lucía fué herida en la vivo por este apóstrofe. Sin embargo, trató de ocultar su emoción con una sonrisa.

—¡No se ría usted!—gritóla exasperado Jorge de Aspremont.

Corrió hacia ella como una fiera; el conde estaba fuera de sí. La hubiera pisoteado; pero se lo impidieron.

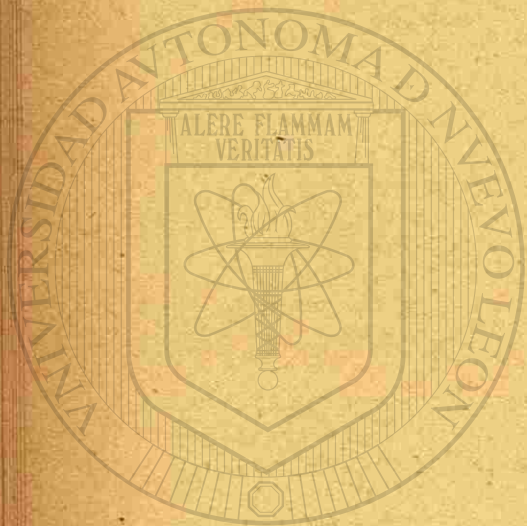
—Es menester ponerle la camisa de fuerza,—dijo Lucía.

Y corrió á refugiarse, siempre sonriendo, en brazos del príncipe.

Aspremont cogió un puñado de sal y la esparció en torno suyo en señal de maldición.

Luego,

—¡Maldita sea la mujer y maldita sea la casa!—dijo, desafiando con una mirada altanera al príncipe, que, exasperado, avanzó hacia él.



LIBRO SEGUNDO

I

¿Qué es la dicha?

Para edificación de las ambiciosas, voy á contar la decadencia de Lucía. Este cuadro hará palidecer á los más escépticos.

Para las comediantas y las cortesanas, la vida en París es tan agitada y tan rápida, que ni aun tienen tiempo de retroceder.

Son impulsadas por todas las corrientes y todos los torbellinos. Como sus iguales, Lucía nunca tuvo una hora para internarse en sí misma. Lo que conocía menos era su corazón; lo que desconocía más era su alma. Asemajábase á aquellos viajeros que sin cesar huyen de su casa para recorrer las posadas de los cuatro extremos del mundo; cuando por casualidad vuelven á su casa, ya no se encuentran bien en ella.

Esta vida exterior no hacía la dicha de Lucía; pero necesario es seguir su destino, necesario es obrar como todo el mundo.

Obrar como todo el mundo, para Lucía, era levantarse á las doce de la mañana, almorzar sin casi sentarse á la mesa, correr al ensayo pasando por casa de Worth, no retrasarse al ir al teatro sino en media hora, dejarse ver en el Bosque, arrastrar la cola de su vestido á orillas del lago, comer cuatro á cuatro, quemar la escena después de haber quemado el suelo de la calle, cenar, en fin, en casa ó en casa de otra, mas nunca á solas, á veces á dúo, lo más comúnmente en numerosa compañía, para acabar por el juego.

Y los días de descanso en el teatro no lo eran en casa; después de la comedia del escenario, la comedia del amor, en la que nadie apunta. Lucía no se dió nunca el lujo de descansar en casa; tenía, por otra parte, que ocuparse de su hotel y de su caballeriza. Sentíase furiosa oyendo alabar el tronco de ésta ó los muebles de aquélla. No tenía bastante con ser famosa por su belleza, quería serlo igualmente por su lujo. En mitad de todos aquellos ímpetus del orgullo, de todas aquellas inquietudes de los *steeple-chases* de la estación, ¿cómo encontrar la hora y el momento de mirarse pasar en la vida? ¿A dónde la llevaba su impulso? ¿Era á la dicha al fin? ¡Oh, Dios mío! No, obraba por obedecer á la ley fatal del movimiento. Tal vez se figurara, después de todo, que la dicha era hacer la desesperación de sus rivales con su hotel, sus caballos y sus alhajas; iba á olvidarme de su talento; porque lo tenía, como todas las mujeres de buena voluntad.

Un día que se hallaba sola en casa, dióse el ocio de hacerse una visita, se paseó lentamente por todo el hotel, desde el invernáculo á la caballeriza, deteniéndose en todas partes y diciéndose: *¡Esto es mío!* Pero cuando se hubo repetido esta frase veinte veces, juzgó que la felicidad no consistía en aquello. La dicha era,

pues, representar comedias y tener un público idólatra.

—¡No!—se repitió.—No es eso; porque ese público idólatra no es ni el público del Teatro Francés, ni el de la Opera, ni el de los Italianos; ni aun es el público de los teatros que les siguen en categoría, porque es el público de los teatros en que se ríe.

Podía hacer cuanto quisiera, nunca sería tomada en serio. Un tiempo hubo en que trató de hacer creer que había cantado en Italia, porque había pasado un invierno en Milán y en Venecia con su amante; pero se la conocía demasiado para creerla, aun cuando decía la verdad.

—¡Bueno! En esta ocasión,—exclamó para sí de pronto,—el collar vale más que el galgo; y si se figuran que me divierto, se hacen ilusiones; sólo una cosa hace la dicha; y esta cosa es el amor.

Suspiró y prosiguió:

—Pero el amor no está al alcance de todos; yo bien atenta le he sido, y, sin embargo, no vuelve.

Se tumbó, desalentada, en un sofá, y púsose á pensar en el tiempo en que no tenía un céntimo y era feliz. Se acordó de aquel pintor burlón, Eugenio Deschamps, que la amaba un poco, y al cual ella amaba mucho. ¡Qué buenas mañanas aquellas en que, sirviendo de modelo para una Diana ó para una Venus, vestida con su pudor, aprendía el arte de ser bella en sus transfiguraciones!

—¡Ah! Si él hubiera querido,—dijo,—¿cómo le hubiese amado! Habríamos vivido con nada, pero habríamos vivido en la dicha.

Y se preguntó en qué podía consistir que un mal taller cubierto de malos cuadros pareciera un paraíso. Es que allí estaba el amor con su varita mágica, mientras que en su hotel resplandeciente de riquezas no veía nada que le hablase al corazón.

Me engaño; veía con vivo placer un retratito que le había pintado su amante. Era un simple boceto, mas el pintor había sabido darle un no sé qué que le procuraba el parecido y el encanto. Así es que ella le había dicho:

—No lo retoques; no me harías más linda.

Lucía se perdió con mil delicias en aquel querido recuerdo.

—Al fin, —dijo, —volveré tal vez á enamorarme. Finjo demasiadas pasiones para no caer de veras en una de ellas. Después de todo, probable es que amara á Gontrán; pero de lo que estoy segura es de que no amo al príncipe: me parece un retrato pendiente de cualquiera de los clavos que hay en las paredes de mi hotel. Y, por desgracia, abandona con excesiva frecuencia el marco.

Pasó revista á todos sus amantes y adoradores, los muertos como los heridos, pero especialmente los que vivían. Pensó en Eugenio Deschamps, mas éste era un escéptico en amor.

Recordó que la víspera, cenando en casa de una de sus amigas, había experimentado gran emoción oyendo contar á un señor Carlos Abelle, que hablaba de dar la vuelta al mundo siguiendo las huellas de Capoul.

—¿Y si yo diese esa vuelta con él?—se dijo, como si le hiciera falta una gran distracción.

Este Carlos Abelle la había dicho que la adoraba; ¿por qué no había de ser verdad? Era bello y cantaba; ¿por qué no había de amarle?

Llamaron á la puerta del hotel.

—El destino me envía compañía para comer,—dijo Lucía.

Se anunció al señor Carlos Abelle.

Quando Lucía tendióle la mano, murmuró:

—Es el amor que viene.

No sospechaba, ella que había dado muerte á Gontrán, que Carlos Abelle, á su vez, llevábale la muerte en el amor.

—¡Esto es sorprendente, querido!—le dijo, haciéndole seña de que tomara asiento á su lado.—¡Cómo se parece usted á mi primer amante!

—¡Esto es sorprendente!—dijo Carlos Abelle en el mismo tono.—¡Cómo se parece usted á mi primera querida!

—¡Usted se burla!

—Nada de eso; aquélla era rubia, usted es morena; aquélla era baja, usted es alta; aquélla era muy burra, usted tiene talento; pero la amaba y la amo á usted; he ahí por qué se parecen.

Lucía juzgó que había hablado bien. Y, como Carlos Abelle acompañó sus palabras con un atrevido beso, murmuró, palideciendo intensamente:

—¡Te adoro!

II

Por qué las cortesanas no tienen hijos

Entreabramos la puerta del aposento de Lucía.

Son las tres; una joven, con un niño en brazos, acaba de entrar. Es Colomba, casada desde hace un año.

La comedianta ha pasado la noche en una cena. Ha bailado y jugado; no se ha acostado hasta la madrugada; apenas si está despierta.

Me engaño; veía con vivo placer un retratito que le había pintado su amante. Era un simple boceto, mas el pintor había sabido darle un no sé qué que le procuraba el parecido y el encanto. Así es que ella le había dicho:

—No lo retoques; no me harías más linda.

Lucía se perdió con mil delicias en aquel querido recuerdo.

—Al fin, —dijo, —volveré tal vez á enamorarme. Finjo demasiadas pasiones para no caer de veras en una de ellas. Después de todo, probable es que amara á Gontrán; pero de lo que estoy segura es de que no amo al príncipe: me parece un retrato pendiente de cualquiera de los clavos que hay en las paredes de mi hotel. Y, por desgracia, abandona con excesiva frecuencia el marco.

Pasó revista á todos sus amantes y adoradores, los muertos como los heridos, pero especialmente los que vivían. Pensó en Eugenio Deschamps, mas éste era un escéptico en amor.

Recordó que la víspera, cenando en casa de una de sus amigas, había experimentado gran emoción oyendo contar á un señor Carlos Abelle, que hablaba de dar la vuelta al mundo siguiendo las huellas de Capoul.

—¿Y si yo diese esa vuelta con él?—se dijo, como si le hiciera falta una gran distracción.

Este Carlos Abelle la había dicho que la adoraba; ¿por qué no había de ser verdad? Era bello y cantaba; ¿por qué no había de amarle?

Llamaron á la puerta del hotel.

—El destino me envía compañía para comer,—dijo Lucía.

Se anunció al señor Carlos Abelle.

Cuando Lucía tendióle la mano, murmuró:

—Es el amor que viene.

No sospechaba, ella que había dado muerte á Gontrán, que Carlos Abelle, á su vez, llevábale la muerte en el amor.

—¡Esto es sorprendente, querido!—le dijo, haciéndole seña de que tomara asiento á su lado.—¡Cómo se parece usted á mi primer amante!

—¡Esto es sorprendente!—dijo Carlos Abelle en el mismo tono.—¡Cómo se parece usted á mi primera querida!

—¡Usted se burla!

—Nada de eso; aquélla era rubia, usted es morena; aquélla era baja, usted es alta; aquélla era muy burra, usted tiene talento; pero la amaba y la amo á usted; he ahí por qué se parecen.

Lucía juzgó que había hablado bien. Y, como Carlos Abelle acompañó sus palabras con un atrevido beso, murmuró, palideciendo intensamente:

—¡Te adoro!

II

Por qué las cortesanas no tienen hijos

Entreabramos la puerta del aposento de Lucía.

Son las tres; una joven, con un niño en brazos, acaba de entrar. Es Colomba, casada desde hace un año.

La comedianta ha pasado la noche en una cena. Ha bailado y jugado; no se ha acostado hasta la madrugada; apenas si está despierta.

La joven madre está sofocada por los perfumes que envenenan el hotel de Lucía, en el cual, gracias á tantos aromas, siéntese la vida artificial.

Un sentimiento cristiano y familiar conduce á Colomba á casa de su hermana. Una vez más quiere tratar de arrancarla á las delicias y los horrores de la vida de cortesana.

Al ver entrar á la joven, Lucía se siente feliz; arrójase del lecho para correr á abrazarla.

Estrecha á la madre contra su seno y llora de alegría sobre el adorable rostro sonriente de la criatura.

—Querida Lucía,—dice Colomba,—antes de dar á luz hice una promesa; juré á Dios que te salvaría.

La comedianta mira á su hermana con sorpresa. Parece no comprender.

—¡Has jurado que me salvarías! ¡Pero si no estoy tan perdida como crees! Dijérase que vienes á verme al hospital.

—¡Ah, querida Lucía! Tu cuerpo está en un palacio, pero tu corazón se encuentra en un hospital. ¿Cómo no tienes la altivez de comprender esto?

Lucía alza la cabeza. Se indigna, pero se contiene.

—Ya he pensado en eso, mas aun no es tiempo: ¡soy tan joven!

—Haz á tu deber el sacrificio de tu juventud. ¡Te lo suplico en nombre de nuestra madre, en nombre de mi hija!

Y Colomba, tornándose aun más dulce, añadió:

—Mira, Lucía, no seré feliz sino á medias mientras los periódicos se hagan eco de tus altas acciones. Mi marido tiene el buen gusto de no hablarme de tí, pero le apena lo que tú haces.

—¡Cualquiera creeria que le mando mis facturas!

—Muy capaz sería de pagarlas si tú quisieras comprometerte á no seguir siendo una loca.

—¡De prisa vas! ¡Bien se ve que el matrimonio es para tí una distracción! Yo sólo tengo el amor. Pero tranquilízate: quiero poner fin á esto no tardando mucho; y un fin digno de tí. Amo. ¡Ni una palabra más!

—Acuérdate, Lucía, de que he hecho una promesa.

Hablaron por espacio de media hora; jugaron con el niño, se abrazaron.

Colomba se ha marchado; Lucía se pasea pensativa.

—Después de todo,—dijo,—no hace cara de divertirse mucho en su felicidad. Adoro á mis amantes; mas si me fuera preciso no amar sino á mi marido, no me divertiría, lo aseguro, lo aseguro. ¡La vida de familia! ¡Zape!

¡Zape! es la exclamación más elocuente de Lucía. Con esta palabra da fin á sus más bellos periodos.

—Y, sin embargo,—añadió,—es una verdadera alegría llevar un niño en brazos.

Volvió á acostarse.

—¡Sí, pero yo no tendré niños! Las cortesanas son como aquellos árboles de los trópicos que dan flores, pero no frutos, porque el sol los quema.

La princesa de *** dió una velada cantante. La señorita Lucía estaba invitada «á cantar»; al menos se le daba un billete de quinientos francos para sus guantes y su coche, según expresión consagrada.

La joven madre está sofocada por los perfumes que envenenan el hotel de Lucía, en el cual, gracias á tantos aromas, siéntese la vida artificial.

Un sentimiento cristiano y familiar conduce á Colomba á casa de su hermana. Una vez más quiere tratar de arrancarla á las delicias y los horrores de la vida de cortesana.

Al ver entrar á la joven, Lucía se siente feliz; arrójase del lecho para correr á abrazarla.

Estrecha á la madre contra su seno y llora de alegría sobre el adorable rostro sonriente de la criatura.

—Querida Lucía,—dice Colomba,—antes de dar á luz hice una promesa; juré á Dios que te salvaría.

La comedianta mira á su hermana con sorpresa. Parece no comprender.

—¡Has jurado que me salvarías! ¡Pero si no estoy tan perdida como crees! Dijérase que vienes á verme al hospital.

—¡Ah, querida Lucía! Tu cuerpo está en un palacio, pero tu corazón se encuentra en un hospital. ¿Cómo no tienes la altivez de comprender esto?

Lucía alza la cabeza. Se indigna, pero se contiene.

—Ya he pensado en eso, mas aun no es tiempo: ¡soy tan joven!

—Haz á tu deber el sacrificio de tu juventud. ¡Te lo suplico en nombre de nuestra madre, en nombre de mi hija!

Y Colomba, tornándose aun más dulce, añadió:

—Mira, Lucía, no seré feliz sino á medias mientras los periódicos se hagan eco de tus altas acciones. Mi marido tiene el buen gusto de no hablarme de tí, pero le apena lo que tú haces.

—¡Cualquiera creeria que le mando mis facturas!

—Muy capaz sería de pagarlas si tú quisieras comprometerte á no seguir siendo una loca.

—¡De prisa vas! ¡Bien se ve que el matrimonio es para tí una distracción! Yo sólo tengo el amor. Pero tranquilízate: quiero poner fin á esto no tardando mucho; y un fin digno de tí. Amo. ¡Ni una palabra más!

—Acuérdate, Lucía, de que he hecho una promesa.

Hablaron por espacio de media hora; jugaron con el niño, se abrazaron.

Colomba se ha marchado; Lucía se pasea pensativa.

—Después de todo,—dijo,—no hace cara de divertirse mucho en su felicidad. Adoro á mis amantes; mas si me fuera preciso no amar sino á mi marido, no me divertiría, lo aseguro, lo aseguro. ¡La vida de familia! ¡Zape!

¡Zape! es la exclamación más elocuente de Lucía. Con esta palabra da fin á sus más bellos periodos.

—Y, sin embargo,—añadió,—es una verdadera alegría llevar un niño en brazos.

Volvió á acostarse.

—¡Sí, pero yo no tendré niños! Las cortesanas son como aquellos árboles de los trópicos que dan flores, pero no frutos, porque el sol los quema.

La princesa de *** dió una velada cantante. La señorita Lucía estaba invitada «á cantar»; al menos se le daba un billete de quinientos francos para sus guantes y su coche, según expresión consagrada.

—¡Quinientos francos!—dijo.—Eso se le da á mi doncella.

En aquel entonces, Lucía gastaba mil francos diarios y no se consideraba pagada con un billete de la mitad; pero por esto no cerraba la mano. El dinero, cayera de donde cayese, siempre era bien recibido.

Escribió á la princesa para rogarle no llevase á mal que se presentara con su acompañante, el señor Abelle. Se había hablado ya de este caballero á la princesa, que hubiera deseado no verle.

—Después de todo,—dijo,—tal vez se le haya calumniado. Además, un acompañante es casi siempre un hombre que no es hombre. ¡Poco importa, pues, que la señorita Lucía traiga el suyo!

¿Por qué se había calumniado al señor Abelle? sencillamente, por haber acompañado á algunas mujeres que no cantaban, pero á las que hacía cantar... á fuerza de amor. ¡Los derechos del culto, si ustedes quieren!

En el *Almanaque de las quinientas mil señas* falta algo. Sería indispensable consagrar una página á los acompañantes de estas damas (no hablo de los músicos). Tienen, por otra parte, un nombre más espresivo; pero el Diccionario de la Academia, siempre á la zaga, no le ha admitido aún.

Carlos Abelle era hijo de un abogado de***, una de aquellas elocuencias de provincia que no hacen temblar sino al campanario. El padre Abelle tenía tres hijos; dos muchachos, de los que quería hacer sus iguales, y una hija, que destinaba á un abogado. Todo por la toga. La hija convirtióse en querida de un estudiante de medicina, el mayor de los muchachos entró á los diez y ocho años en el cuerpo de dragones, y el menor, que no había querido estudiar, sino música, decidió que tenía vocación por la ópera. Tomó lecciones de canto y

de piano. A los veinte años, fracasó á las puertas de la Ópera y del Teatro Lírico; mas no renunció á su ideal, diciendo que daría la vuelta al mundo con tal de darse á conocer.

Y, sin embargo, no debutó.

En una de las cenas que dan las señoras de que venimos hablando, fué llevado á cierto salón por un amigo de colegio, por si acaso, es decir, que se le pediría que cantase algo si la gente se fastidiaba. Naturalmente, la gente se fastidió. Y él empezó á cantar. Hasta entonces, nadie se había fijado en él; pero su voz, que era muy bella, extendió sobre él no sé qué aureola, al menos á los ojos de la señorita Lucía.

En su entusiasmo, la comedianta acercóse á él y lo cumplimentó, como hubiera podido hacerlo la señorita Rachel con un premio del Conservatorio. Esto de artista á artista, porque Lucía se tomaba en serio.

Viendo la gravedad con que hablaba de Mario, de Nilson, de Faure y de la Patti, se rió algo en torno de ella; pero ella estaba acostumbrada á burlarse de todo.

Pues bien: á partir de aquella famosa cena, Carlos Abelle había «acompañado» mucho á Lucía Moroni, hecha célebre por ir á las bellas veladas del mundo parisiense los días en que Sass, Nilson ó Carvacho estaban de servicio en el teatro. Sabido es que Adelina Patti no se presenta al mundo sino como marquesa de Caux. Como cantante, su grandeza la une á la orilla de los Italianos de San Petersburgo.

Lucía Moreau, convertida más que nunca en Lucía Moroni, estaba casi á la moda en los confines del mundo y del «demi-monde». En vano había pasado como cortesana por todos los burdeles parisienses; el teatro, que procura una amnistía á la perdida, rehaciale una virginidad. A diario defendía su rehabilitación desde el es-

cenario, por la frescura de su voz como por las poéticas figuras que representaba. En sus ascensiones hacia el arte, poco á poco ibanse olvidando sus caídas. A fuerza de amor, Magdalena fué perdonada; el arte tiene también sus estaciones milagrosas.

No por esto descuidaba Lucía su amor de interés, que ocultaba su amor de lujo. Llevaba ó sobrellevaba siempre cuatro pasiones á la vez, como hubiera conducido un carruaje tirado por cuatro caballos en el Bosque. Siempre tenía á su alrededor una juventud dorada. Un amante perdido, dos recobrados. ¡Amantes de una semana, amantes de un día, amantes de una hora! Ni aun sabía sus nombres. Imitaba á aquellas dueñas de casas que á sus cocineras llaman María — el nombre más común porque es el más bello—. Ella propinaba á todos sus amantes el nombre de Arturo; sólo que, si se trataba de un inglés, decía *Arturson*; si era un ruso, *Arturkof*; cuando era un español, decía *don Arturo*, y *signor Arturo* si se las había con un italiano.

Pero si era Carlos Abelle y nadie la oía, llamábale *des Grioux*. Y Carlos Abelle estaba en el séptimo cielo. Porque, si había soñado con ser un tenor célebre, no era con más fin que el de tornarse el amante que se oculta en los armarios roperos.

Abelle debía vengar á todos los infelices arruinados por Lucía; debía vengar á Gontrán Staller, muerto por ella.

Era el de aquel mozo el corazón más depravado que haya podido haber en el mundo. El mal viento del siglo había pasado por él cuando estaba en flor y habíale arrastrado, como el torbellino que tras sí no lleva la lluvia.

Abelle había renunciado muy temprano á todas las creencias. Comparaba á Dios con un gendarme. Decía

festivamente de su padre el abogado que «defendía á la viuda y hacía el huérfano». De su madre, ni una palabra, como no fuera que todas las mujeres eran unas tales. Tenía amarga risa; no amaba á nadie, fuera de sí mismo. Odiaba la gloria de los demás, la fortuna de los demás, el amor de los demás. Le hubiera ruborizado un grito salido del corazón. Si hablaba del honor, era por que se viese que sabía lo que era; pero, en la sombra, hubiera dejado abofetear sin vergüenza alguna al fantasma de su honor.

Tenía amigos porque tenía dinero; se decía que era dinero de Lucía; pero el dinero no deja de serlo ante la indignación. ¿No poseían todas sus virtudes, cuando Abelle convidaba á cenar, el Chateau Iquem y el champán Julio Mumm?

Una noche, no obstante, uno de sus amigos, un burión de su escuela, se atrevió á decirles, mientras Carlos le echaba Clos-Veugot:

—Ruborízome en mi copa y en mi rostro, porque es dinero de Lucía el que corre por el mantel. Mas, por otra parte, nada importa eso: cuando el vino está echado, menester es beberle.

—¿Y tu hermana?—gritó Abelle.—Querido, siempre se come el dinero de alguien. En esta mesa, es el de la querida; en la de al lado, el del esposo; en la de más allá, el del accionista. Omito por no cansarte el resto de la serie, y no hablo de los que se comen los ahorros.

—Convengo en ello,—dijo el amigo.—Lo cual no impide que tu padre, que ha defendido todas las causas malas, tal vez se negase á defender ésta.

Lucía fué, pues, á casa de la princesa de *** con su ordinario acompañante. Se juzgó que era ella muy linda y él bastante bello.

Mirándole de cerca, se notaba que no tenía la be-

lleza de líneas. La nariz era algo corta, la barba demasiado acentuada; pero tenía ojos expresivos, una hermosa cabellera y dientes blancos.

Se echó de ver que tenía colorete en los labios y polvos de arroz en el rostro.

La princesa no dejó de decirle, cuando Lucía se lo presentó:

—¡Cómo! ¿Se pone usted polvos, caballero?

Él respondió con asomos de impertinencia:

—Es que he venido en el mismo coche que la señorita Lucía.

La princesa se contuvo por no hacer poner á la puerta al «acompañante».

En los palacios y en los hoteles, cuando los cómicos ó los cantantes llegan, se ve siempre que algunas gentes corren hacia los bastidores improvisados. Hasta se ve que se aventuran algunas damas ansiosas del fruto prohibido. En casa de la princesa, Lucía se vió cercada. Como parecía olvidar que el señor des Grioux estuviese allí, éste se lo recordó bastantes veces pisándole con fuerza los pies. Ella tomaba aquello por señas apasionadas. Y, sin embargo, uno de aquellos que escuchan á las puertas, oyó decir:

—¡Acaba ya, que me haces daño!

Así es, que el que escuchaba á las puertas, se fué á consolar á un ex amante de la bella, diciéndole:

—Lucía ha encontrado su dueño. ¿Has reparado en ese caballero á quien sólo falta un lunar para ser perfecto? Pues Lucía tiembla ante él como tú temblabas ante ella.

—Nunca temblé yo ante ella.

—¡Vamos! Entonces no eras ya un hombre. Pero no tienes por qué ofenderte; que más viles que tú se mostraron otros ante las exigencias de esa mujer.

Naturalmente, Lucía triunfó en toda línea. No se le pagaban más que quinientos francos; era menester darle otro tanto en aplausos, sin contar el ramillete.

Abelle no tuvo nada, ni un cumplimento. Así es que en cuanto se halló en el coche, cogió el ramillete de Lucía y lo arrojó por la portezuela.

Indignada, la comedianta se echó sobre él como si hubiera querido hacerle seguir al ramo. Pero él la asió de las manos y se las retorció entre las suyas. Había contenido su orgullo, sus celos y su cólera; y todo estallaba entonces.

—¡Ah! ¿Crees que sufriré sin chistar estas humillaciones?

Como no podía valerse de sus manos, Lucía hizo uso de sus pies; pero encontraba rudos adversarios en los de él. Tornóse leona. Mordió á Abelle en la mano. Él la demostró que era más diestro que ella en el combate; la dijo con aire altanero:

—¡Adiós, señora!

Como el carruaje iba al paso, á causa de la nieve, abrió la portezuela y se lanzó á la calle.

—¡Adiós, caballero!—dijo ella.

El cochero pretende que no dijo *caballero* (1); y la palabra que creyó oír comienza con la misma letra.

Lucía volvió á cerrar la portezuela y dijo al auriga que apretara el paso, aunque sus caballos hubieran de quedar en el camino.

—¡Por fin,—decía aspirando el aire... del otro lado, —me veo libre de ese hombre! ¡Esto es una bendición! Desde hace muchos días me mataba á fuego lento. Yo

(1) *Caballero*, en frances, se escribe *monsieur*; y con *m* empieza una palabra que es casi igual en francés que español, y que es aquella no inserta en el Diccionario de la Academia.

era bastante loca para imaginarme que le amaba y que no podía vivir sin él.

Como algunas de nuestras cortesanas, Lucía tenía dos lechos: el de... descanso y el de adorno; el de los días ordinarios y el de los días que repican fuerte; el lecho de los mortales y el lecho de los dioses.

Cuando se vió en casa, se preguntó en cuál de los dos iba á acostarse. Miró ambas camas, como si ellas la hubieran de aconsejar.

—¡Ese infame Abelle...!—dijo.—¡Qué dichano verle aquí!

Pero en los dos lechos notaba no sé qué abandono que la helaba.

—¡Y voy á darme el lujo de acostarme sola! Pero es el caso que hace mucho frío; y me parece que esas telas están con nieve tejidas.

Se estremeció y dijo á su doncella que atizara el fuego.

Mientras la joven removía éste,

—Carolina,—añadió,—¿sabe usted dónde vive el señor Abelle?

—Sí, señora. ¿Es que el señor Abelle no viene esta noche?

—No. Hemos reñido. No le volveré á ver. Pero me gustaría saber qué hace esta noche. Va usted á ir á su casa.

—¿A estas horas?

—No hay mucha distancia de aquí allá.

—¿Y se figura la señora que le encontraré en su casa? ¡Conozco bien al señor Abelle! ¡Si no se acuesta una noche solo!

—¿Usted qué sabe?—dijo Lucía con impaciencia.—

¡Vaya en seguida á ver si lo encuentra!

—¿Sabe usted una cosa, señora? Para ir á la calle

de Ponthieu se ha de pasar por la de Berry, en donde vive la señorita Treinta y seis Virtudes: creo que no haría mal en subir á casa de ésta.

—¿Está usted loca? ¡A las dos de la mañana! ¡Que la acompañe á usted un lacayo!

La doncella no replicó, porque conocía muy bien á Lucía.

En cuanto salió su criada, la cantante murmuró:

—¿Es posible que vaya á casa de esa mujer?

Y, pensando en el combate en el coche,

—¡Pobre Carlos!—dijo.—Le he mordido hasta hacerle sangre..

Olvidaba ya que Abelle la había llenado las manos de cardenales y que tenía los pies magullados.

La pasión volvía á subirsele á la cabeza. Llamó de nuevo á Carolina.

—Le dirá usted que me traiga al momento mis cartas.

—¿Y si no está en su casa, señora?

—Irá usted á la de esa señorita; le dirá usted que estoy resuelta á todo. ¡Es menester que lo vea!

Cuando la doncella llegó ante la casa en que vivía Carlos Abelle... cuatro horas diarias, desde las doce á las tres de la tarde, el tiempo de cambiar de camisa y de escribir una carta, éste llegaba á su vez, como hombre que no tiene prisa por volver á su morada... En el camino había llamado á una puerta hospitalaria, pero el lugar estaba ocupado. Buscaba en sus recuerdos, preguntándose si en el barrio no había una amiguita que le consolara de su grande amiga.

Reconoció á Carolina.

—¿Qué diablos hace usted aquí á estas horas?

—Le busco á usted.

—¿Con qué fin?

—¡Ah! Es ése un secreto de la señora. Quiere ver á usted.

Y la doncella se echó á reír.

—No se olvide usted de llevarle sus cartas, porque ése es el pretexto.

Abelle se echó á reír á su vez.

—¡Sus cartas! ¡Vaya una pretensión! ¿Se ha figurado que yo colecciono autógrafos? ¡Sus cartas! Mucho tiempo hace que volaron con el humo de sus cigarrillos.

Y, tomando un aire trágico,

—Diga usted á su ama,—añadió,—que estoy aquí por mi soberana voluntad y que no iré á su casa... sino á bayonetazos.

—¿A bayonetazos? ¡Espere usted!

Y Carolina, que tenía robustos brazos, los agitó vigorosamente para poner al amante en buen camino. Él quiso contestar; pero salió vencido, porque el pudor le detuvo. Carolina tenía el seno más bello del mundo, al decir de los adoradores de Lucía.

Cuando llegó delante del hotel, precedido del lacayo, seguido de la doncella, como un malhechor entre dos gendarmes, oyó cerrar una ventana.

Era Lucía, que esperaba ansiosamente asomada al balcón.

Carlos Abelle no quería subir. Carolina lo cogió en brazos y le hizo saltar dos escalones, porque era más fuerte que él.

—¡No!—dijo Carlos Abelle, queriendo volverse atrás.—
—¡No sé á qué vengo aquí!

En aquel momento, la doncella, que resistía vigorosamente, vió aparecer á Lucía en lo alto de la escalera.

—¡Señora! ¡señora!—gritó riendo.—Venga usted en mi auxilio.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 115-1
Apto. 1625 MONTES

®

Lucía, que sólo escuchaba á su pasión, bajó de cuatro en cuatro los escalones y tendió los brazos á su amante.

—¡Cómo!—le dijo, cubriéndole de besos.—¡No hubieras vuelto solo!

—¡Nunca!

—¡Siempre!

IV

Un lindo esposo

Lucía era la mujer de las reconciliaciones. Cuando las mujeres están á mil leguas de las albas virginales, cuando han franqueado sin vergüenza todas las estaciones del amor —del amor descendente—, buscan las emociones violentas como los glotones que acaban por la pimienta de Cayena (1). Se había despedido para siempre de los paseos amorosos, de los ensueños sentimentales, de las conversaciones al amor de la lumbre. Buscaba la tormenta, llamaba al rayo. No era la primera vez que Carlos Abelle «la tumbaba» y que ella le mordía en la refriega. Hasta entonces, siempre acabaron por perdonar, saboreando las locas embriagueces de la pasión.

El amante conocía las fuerzas todas de su despotismo sobre Lucía. Ella era siempre la primera en buscar el arreglo. El volvía á ser el de antes incondicionalmente; pero á menudo como un perro que todavía enseña la dentadura, hasta cuando acaricia.

(1) Es decir, por la deportación.

Lucía, que sólo escuchaba á su pasión, bajó de cuatro en cuatro los escalones y tendió los brazos á su amante.

—¡Cómo!—le dijo, cubriéndole de besos.—¡No hubieras vuelto solo!

—¡Nunca!

—¡Siempre!

IV

Un lindo esposo

Lucía era la mujer de las reconciliaciones. Cuando las mujeres están á mil leguas de las albas virginales, cuando han franqueado sin vergüenza todas las estaciones del amor —del amor descendente—, buscan las emociones violentas como los glotones que acaban por la pimienta de Cayena (1). Se había despedido para siempre de los paseos amorosos, de los ensueños sentimentales, de las conversaciones al amor de la lumbre. Buscaba la tormenta, llamaba al rayo. No era la primera vez que Carlos Abelle «la tumbaba» y que ella le mordía en la refriega. Hasta entonces, siempre acabaron por perdonar, saboreando las locas embriagueces de la pasión.

El amante conocía las fuerzas todas de su despotismo sobre Lucía. Ella era siempre la primera en buscar el arreglo. El volvía á ser el de antes incondicionalmente; pero á menudo como un perro que todavía enseña la dentadura, hasta cuando acaricia.

(1) Es decir, por la deportación.

Lucía adoraba á su amante, que á la vez inspirábale miedo.

Si era su dueño, no era el dueño en la casa. Con frecuencia era preciso ocultarle. Cuando se daba una comida al príncipe, no comía á la mesa; pero la comedianta le decía esto, ó poco menos: «—Toma, lobo mío. Aquí tienes un luis; tengo convidados á comer. Beberé á tu salud y tú beberás á la mía. Voy á fastidiarme mucho, pero volverás antes de media noche.» A veces le decía: «—Ven durante la velada, so pretexto de acompañarme á cantar.» Carlos Abelle tomaba el luis como hubiera tomado una tarjeta, sin humillación. Hay ventajas de estado.

Abelle se dijo un día que no representaba buen papel en casa de su amante. Ésta le trataba en público con demasiada ligereza, y demasiado dulcemente en particular. Resolvió quitarse la careta y tomar un rostro, imaginándose que podía cortarse un carácter por el estilo del de los Don Juan y de Lovelace.

Fué esto pocos días después de la escena del carruaje. No quería volver á aparecer en el gran mundo con un papel borroso. Juzgó que Lucía tenía bastante dinero ó suficientes alhajas para poner á todos sus príncipes á la puerta.

Una noche que ella quería retenerle y que quería ir al baile de la Ópera, dijola de pronto:

—Quiero sacrificarte todas mis aventuras, porque te amo; pero tú has de sacrificarme todos tus amantes, porque estoy celoso.

Esta declaración de principios fué derechamente al corazón de Lucía.

—¡Lobo mío!—le dijo.—De sobra sabes que eso es imposible. No tendría con qué pagar la contribución de mi hotel. ¿Y mis caballos y mis vestidos? ¿Quieres que vaya á pie? ¿Quieres que vaya desnuda?

—Sí, irás á pie y te pondrás un traje de indiana. No me opongo, por otra parte, á que vayas desnuda.

—¡Como Eva! Pero Eva no había pecado. Amigo mío, no sabes lo que cuestan hoy las hojas de parra. Hablas de trajes de indiana; lo cual me llega al corazón. Pero un vestido de indiana, si no me lo hago yo misma, me costaría quinientos francos de costurera.

—Sí,—dijo Carlos Abelle,—en todo, la afectación (1), es lo que arruina; pero, en fin, tú tienes algún dinero en el Banco ó en casa de un notario.

—¡Ah, querido! Menos que nada. ¿Creerías que, después de todas mis buenas fortunas, apenas tengo veinticinco mil francos de renta?

—Eso es algo, unido á tus alhajas y tu hotel.

Lucía juzgó que aquello no era nada.

—¡Mis alhajas! ¿Te has figurado acaso que las vendería? Mira, el proverbio dice: «La honra es un diamante que la virtud lleva en el dedo.» Cuando ya no se tiene virtud, es menester llevar otros diamantes.

—Mujeres hay del gran mundo que no tienen sino aderezos de imitación, lo que no les impide ir á todas partes.

—¡Qué necio eres! Cuanto más conocido es en ellas el diamante falso, más se descubre á la mujer honrada. Pero ¿qué se descubriría bajo el diamante falso si se me mirase? Una pérdida que todo lo ha perdido.

Abelle mordía la punta de su cigarro.

—Si me amas un poco, bien podrías sacrificarme tu hotel.

—¡Mi hotel! ¿Y en dónde querías tú que habitase?

(1) Equívoco intraducible: *façon, modo de hacer una cosa, es á la vez afectación (modales afectados).*

Ve á ver los palacios de esas damas. Aquí, no tengo lugar para mis vestidos. Mis caballos están albergados en el sótano, mis criados en el desván.

—Desvarías, querida. Tu hotel vale trescientos mil francos. Si le vendieras, tendrías veinte mil libras de renta más —¡qué digo!— cincuenta mil, si los colocabas en los préstamos extranjeros.

—Sí,—murmuró Lucía, que se abandonaba por un momento á las ideas de su amante. —Me convertiría entonces en un buen partido. ¿Pedirías acaso mi mano?

—Tal vez sí, un día ú otro.

—Cuidado, que hay hipotecas sobre mi hotel y sobre mi corazón.

Lucía pensó con orgullo que había ya en París más de una actriz casada y muy á la moda en el gran mundo. Pensó en todas las cantantes que se habían casado y tornándose mujeres de su casa. Pensó en que todo se olvida. Mas no conocía aquella vieja máxima que persigue á la lujuriosa hasta más allá de la tumba: «La belleza pasa, la pecadora queda».

—¿Sabes,—añadió, tomando las manos de Abelle,— que por ti fuera capaz de hacer esta locura? ¡Ah, cómo el amor metamorfosea á una mujer! No me reconozco.

Y Lucía recordó que, en otro tiempo, no le gustaba la vida sino en medio del ruido. Era menester que una fiesta sucediera á otra fiesta, la orgía á la orgía. Su atmósfera, era la transición; necesitaba cuatro amantes á la vez. Armábales á unos contra otros; era menester que se batiesen y se arruinasen por ella. Y entonces, todos aquellos ruidos exteriores la fastidiaban. No tenía sino un cuidado: encontrar una hora para estar con su amante. Así es que se decía en el mundo galante que iba perdiendo su empuje. Pero nadie pensaba en atribuir esto al amor. No se creía que pudiera incurrir en «aquella necedad».

—Bueno, lobo mío, pensaré en eso,—dijo, bañando sus ojos en los ojos de Abelle.

—Pensarás, pero será demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no soportaré más humillaciones. Sólo mi amor pudo darme fuerzas para sufrir tanto. Que yo no soy un cualquiera.

Carlos Abelle recordó complacientemente que había sido bien educado. Un día, al entregar á su padre el premio de honor obtenido en el colegio, su madre dijo en voz alta y llorando: «¡Siempre me pareció que éste sería el honor de la familia!»

—Sinti,—añadió, abrazando á Lucía,—hubiera abandonado la música, habría vuelto á la Escuela de Derecho y me hubiese convertido en un famoso abogado.

—¡Oh, sí!—exclamó ella.—Porque tienes una lengua de oro y una lengua de serpiente.

—Por desgracia, mi querida Lucía, cuando te veo no tengo fuerzas sino para caer en tus brazos.

No pensaba Abelle ni una palabra de lo que decía. Había quemado sus naves; nada podía esperar de su familia. No tenía valor para pedir á la sociedad su derecho al trabajo. Había afeminado su carácter hasta perderle. Era un hombre al mar... ó á la mujer, lo cual es aún peor.

Había vencido á Lucía la invencible. Saqueaba, arrasaba, como en un país conquistado. No quería perder terreno. Mas aquel día en vano hizo valer sus derechos, en vano mostró sus caricias y sus venganzas, sus sonrisas y sus dientes; Lucía le dijo que lo amaba hasta morir por él, pero estaba demasiado acostumbrada á su lujo para renunciar á su dorada vida. Sin cesar repetía que sus amigas estarían demasiado contentas si no seguía quitándoles sus amantes.

—¡Cómo!—le dijo.—¿No estás orgulloso de tener por querida á una mujer á quien los príncipes hacen la corte?... ¿á una mujer que hace que se doblen todas las cabezas ante sus caprichos?

—¡Hay para estar orgulloso! Cuando uno de esos «machos» aparece, yo he de desaparecer. Pero me vengaré. Uno de estos días pisotearé sus blasones.

—Yo también, imbécil, yo también pisoteo sus blasones. Pero no olvides que tienen fondo de oro.



V

Un buen príncipe

Sin dejar de entregarse á su señor, Lucía quiso aumentar el número de sus esclavos. Me explicaré: necesitaba vengarse de los caprichos de un amante de corazón por sus caprichos en el trato con sus adoradores. Se hizo doblemente altanera con el príncipe y con los otros; tanto más cuanto que, por aquel entonces, algunos periódicos hablaron de su talento y de su belleza. Se creyó más que nunca irresistible.

Así es, que era menester verla en el teatro, en el Bosque, en las cenas, distribuyendo sonrisas más ó menos acentuadas con aires de duquesa.

Comediante de tercer orden en el teatro, era gran comediante en su casa; tenía un arte maravilloso para entretener á cuatro amantes á la vez, como conducía aquí y allá, el día de las carreras, por divertirse, el carruaje de uno de sus amigos de ultra-Mancha. Su juego era bien jugado, porque ocultaba bien su juego,

Para la generalidad de los mártires, tenía sólo un amante, el príncipe. Pero, en el fondo, el príncipe no estaba en ella sino para dar buen aspecto á la casa: el príncipe por aquí, el príncipe por allá. Cada uno da lo que puede; el príncipe ponía su título en aquella comandita del amor en que tantos accionistas había. La fuerza de Lucía consistía en no alargar nunca la mano; gracias á una aritmética suya, el príncipe era inagotable en sus prodigalidades; sobrecargábala de diamantes, pero ella se apresuraba á abrir un paréntesis para decir que el príncipe tenía un gusto salvaje y que únicamente los franceses daban alhajas de aquellas que se pueden llevar, motivo por que no rehusaba ciertos regalos, cuando estaban bien hechos. Tampoco olvidaba decir que era un verdugo de dinero, que cuanto más se le daba más derrochaba ella. Y mostraba su linda mano de dedos empinados, para probar que no era aquella una mano ganchuda. En el juego, diciendo que perdía siempre, saqueaba á sus vecinos sin ceremonias. Llegaba así, con los ingresos ocultos, á gozar de una renta de trescientos sesenta y cinco mil francos, puesto que gastaba mil diarios, según las cuentas de su tenedor de libros.

Pero un capricho del azar podía quitar los puntales al frágil edificio de aquella fortuna á todos los vientos. No poseía más bienes suyos que su hotel y sus alhajas, sin contar con que siempre tenía cien mil francos de éstas en el Monte de Piedad. Decía que éste era su dinero de juego. A veces enseñaba las papeletas para hacer avanzar á los más enamorados; pero éstos, aun los más apasionados, se arruinan al por menor, no al por mayor. Se da sin contar—después de haber contado—un puñado de billetes de Banco bien arrugados; pero gusta más dar diez veces diez mil francos que una vez cien mil.

—¡Cómo!—le dijo.—¿No estás orgulloso de tener por querida á una mujer á quien los príncipes hacen la corte?... ¿á una mujer que hace que se doblen todas las cabezas ante sus caprichos?

—¡Hay para estar orgulloso! Cuando uno de esos «machos» aparece, yo he de desaparecer. Pero me vengaré. Uno de estos días pisotearé sus blasones.

—Yo también, imbécil, yo también pisoteo sus blasones. Pero no olvides que tienen fondo de oro.



V

Un buen príncipe

Sin dejar de entregarse á su señor, Lucía quiso aumentar el número de sus esclavos. Me explicaré: necesitaba vengarse de los caprichos de un amante de corazón por sus caprichos en el trato con sus adoradores. Se hizo doblemente altanera con el príncipe y con los otros; tanto más cuanto que, por aquel entonces, algunos periódicos hablaron de su talento y de su belleza. Se creyó más que nunca irresistible.

Así es, que era menester verla en el teatro, en el Bosque, en las cenas, distribuyendo sonrisas más ó menos acentuadas con aires de duquesa.

Comediante de tercer orden en el teatro, era gran comediante en su casa; tenía un arte maravilloso para entretener á cuatro amantes á la vez, como conducía aquí y allá, el día de las carreras, por divertirse, el carruaje de uno de sus amigos de ultra-Mancha. Su juego era bien jugado, porque ocultaba bien su juego,

Para la generalidad de los mártires, tenía sólo un amante, el príncipe. Pero, en el fondo, el príncipe no estaba en ella sino para dar buen aspecto á la casa: el príncipe por aquí, el príncipe por allá. Cada uno da lo que puede; el príncipe ponía su título en aquella comandita del amor en que tantos accionistas había. La fuerza de Lucía consistía en no alargar nunca la mano; gracias á una aritmética suya, el príncipe era inagotable en sus prodigalidades; sobrecargábala de diamantes, pero ella se apresuraba á abrir un paréntesis para decir que el príncipe tenía un gusto salvaje y que únicamente los franceses daban alhajas de aquellas que se pueden llevar, motivo por que no rehusaba ciertos regalos, cuando estaban bien hechos. Tampoco olvidaba decir que era un verdugo de dinero, que cuanto más se le daba más derrochaba ella. Y mostraba su linda mano de dedos empinados, para probar que no era aquella una mano ganchuda. En el juego, diciendo que perdía siempre, saqueaba á sus vecinos sin ceremonias. Llegaba así, con los ingresos ocultos, á gozar de una renta de trescientos sesenta y cinco mil francos, puesto que gastaba mil diarios, según las cuentas de su tenedor de libros.

Pero un capricho del azar podía quitar los puntales al frágil edificio de aquella fortuna á todos los vientos. No poseía más bienes suyos que su hotel y sus alhajas, sin contar con que siempre tenía cien mil francos de éstas en el Monte de Piedad. Decía que éste era su dinero de juego. A veces enseñaba las papeletas para hacer avanzar á los más enamorados; pero éstos, aun los más apasionados, se arruinan al por menor, no al por mayor. Se da sin contar—después de haber contado—un puñado de billetes de Banco bien arrugados; pero gusta más dar diez veces diez mil francos que una vez cien mil.

Todo marchó bien hasta el día en que fué notorio que la bella tenía un amante de corazón. Un amante de corazón que ella imponía en todas partes, hasta en las cenas á las cuales iba á cuestas. En la alta galantería, no indigna ver que una mujer corre de mano en mano, como una letra á la orden, que se hace cada vez mejor á fuerza de firmas; pero no se permite á una mujer que descienda. O se es de su mundo ó no se es. Lucía se vió muy pronto desprestigiada, gracias á aquel Carlos Abelle que á todas partes la seguía. En vano se ponía él talones para ser alto, en vano tomaba luego aires humildes é impertinentes: no podía entrar en la familiaridad de aquellos señores. Y se vengaba en Lucía, que, por desquitarse, vengábase en ellos, hasta que un día decidieron algunas de aquellas damas no recibir á la comedianta mientras fuera con su amigo, y no ir á su casa si había de estar él allí.

Esta decisión, que en breve se hizo oficial, fué la ruina de Lucía, porque ésta no quiso romper con Carlos Abelle para reconquistar sus amistades.

El príncipe, que era buen príncipe, siguió viéndola, pero cada vez se fué ella viendo más sola. Le hizo algunos cargos, representándola que no tenía con qué pagarse un amante de corazón.

—Bien sé, mi querido príncipe,—le dijo ella,—que no me ha dado usted bastante dinero para eso; así es, que no tengo un amante de corazón, sino un amigo que toca y canta conmigo, que me acompaña al piano cuando canto en el gran mundo...

—La verdad es,—interrumpió el príncipe,—que no la acompaña á usted sólo al piano; dijérase que ha perdido usted su sombra y que él la busca siguiéndola á usted; pero, en fin, no tengo derecho para reprenderla. He querido dar á usted un primer aviso. Si ese Carlos

Abelle no es su amante, ¿por qué le permite usted que esté en su casa cuando está en casa de usted? Si es su amante, peor para usted. Pero ni una palabra más, porque diría usted que estoy celoso; y tengo demasiado buen sentido para eso.

—¡Bueno!—exclamó Lucía impaciente.—Diré al señor Abelle que no venga sino á la hora de las lecciones.

—Muy bien—dijo el príncipe, recogiendo su sombrero.—Mas cuide usted de no estudiar todo el día.

Cuando Lucía se quedó sola, hizo un rápido examen de conciencia.

—Es verdad,—pensó.—Lo que el príncipe ha dicho todos me lo dicen. Carlos me perderá. Pero ¡chito!—añadió,—le amo.

VI

Un duelo á primera sangre

Carlos no esperó mucho tiempo la ocasión de vengarse, porque, hallándose muellemente reclinado en las rodillas de Lucía, el lacayo anunció al príncipe Metjecoski.

—¡Pronto, vete!—díjole ella.

—¡No!—respondió él.

Este *no* fué dicho con un acento de voluntad que inquietó á Lucía.

Los dos se habían levantado. Ella lo cogió nuevamente por el brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—¡No!—repitió él, echando raíces en la alfombra.

—Piensa en lo que el príncipe me ha dado, en lo

Todo marchó bien hasta el día en que fué notorio que la bella tenía un amante de corazón. Un amante de corazón que ella imponía en todas partes, hasta en las cenas á las cuales iba á cuestas. En la alta galantería, no indigna ver que una mujer corre de mano en mano, como una letra á la orden, que se hace cada vez mejor á fuerza de firmas; pero no se permite á una mujer que descienda. O se es de su mundo ó no se es. Lucía se vió muy pronto desprestigiada, gracias á aquel Carlos Abelle que á todas partes la seguía. En vano se ponía él talones para ser alto, en vano tomaba luego aires humildes é impertinentes: no podía entrar en la familiaridad de aquellos señores. Y se vengaba en Lucía, que, por desquitarse, vengábase en ellos, hasta que un día decidieron algunas de aquellas damas no recibir á la comedianta mientras fuera con su amigo, y no ir á su casa si había de estar él allí.

Esta decisión, que en breve se hizo oficial, fué la ruina de Lucía, porque ésta no quiso romper con Carlos Abelle para reconquistar sus amistades.

El príncipe, que era buen príncipe, siguió viéndola, pero cada vez se fué ella viendo más sola. Le hizo algunos cargos, representándola que no tenía con qué pagarse un amante de corazón.

—Bien sé, mi querido príncipe,—le dijo ella,—que no me ha dado usted bastante dinero para eso; así es, que no tengo un amante de corazón, sino un amigo que toca y canta conmigo, que me acompaña al piano cuando canto en el gran mundo...

—La verdad es,—interrumpió el príncipe,—que no la acompaña á usted sólo al piano; dijérase que ha perdido usted su sombra y que él la busca siguiéndola á usted; pero, en fin, no tengo derecho para reprenderla. He querido dar á usted un primer aviso. Si ese Carlos

Abelle no es su amante, ¿por qué le permite usted que esté en su casa cuando está en casa de usted? Si es su amante, peor para usted. Pero ni una palabra más, porque diría usted que estoy celoso; y tengo demasiado buen sentido para eso.

—¡Bueno!—exclamó Lucía impaciente.—Diré al señor Abelle que no venga sino á la hora de las lecciones.

—Muy bien—dijo el príncipe, recogiendo su sombrero.—Mas cuide usted de no estudiar todo el día.

Cuando Lucía se quedó sola, hizo un rápido examen de conciencia.

—Es verdad,—pensó.—Lo que el príncipe ha dicho todos me lo dicen. Carlos me perderá. Pero ¡chito!—añadió,—le amo.

VI

Un duelo á primera sangre

Carlos no esperó mucho tiempo la ocasión de vengarse, porque, hallándose muellemente reclinado en las rodillas de Lucía, el lacayo anunció al príncipe Metjecoski.

—¡Pronto, vete!—díjole ella.

—¡No!—respondió él.

Este *no* fué dicho con un acento de voluntad que inquietó á Lucía.

Los dos se habían levantado. Ella lo cogió nuevamente por el brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—¡No!—repitió él, echando raíces en la alfombra.

—Piensa en lo que el príncipe me ha dado, en lo

que me puede dar. Te lo suplico, lobo mío, vete... ó siéntate al piano.

—¡Al piano!

Se representaría mal la expresión con que Abelle dijo estas dos palabras.

Mientras tanto, la puerta se abrió.

—Querido príncipe,—dijo Lucía,—no he salido á su encuentro de usted porque estudiaba con mi acompañante.

El príncipe pasó con altivez por delante de Abelle, siempre arraigado.

—Lucía llama á eso estudiar,—dijo el amante con ironía.

El príncipe no daba crédito á su oído. Indignábale á medias que un pianista se atreviese á llamar á su diosa por su nombre de pila.

La comedianta intentó aligerar el efecto producido por las palabras de Carlos.

—Tiene razón,—dijo;—no estoy del todo dispuesta hoy. He exasperado al piano y al pianista.

Dió un paso hacia su amante... el de corazón.

—Adiós, querido amigo; no me quiera usted mal. Y vuelva luego.

Pero Abelle seguía inmóvil.

—No, señora,—dijo en voz alta;—no volveré.

—¿Y qué importa?—exclamó el príncipe, ya impaciente.—Sin usted podremos pasar, señor pianista. Supongo que en París no faltará otro acompañante.

—Sí, señor,—dijo Carlos estallando;—hay otro acompañante y aun otro más para servirme de padrinos á fin de que yo castigue su impertinencia de usted.

Y como el príncipe lo mirase con alguna sorpresa,

—Toco el piano, pero también toco la espada,—añadió.

—Está loco,—dijo Lucía al príncipe.—No le haga usted caso.

—No estoy loco; la señora es quien pierde el juicio. ¿Quedamos, pues, señor mío, en que nos batiremos?

—Vamos, querido, considere usted que yo no soy un Don Quijote, que yo no puedo batirme á piano. Vaya usted á tocar con sus iguales.

Carlos Abelle avanzó hacia el príncipe.

—¡Ah! ¡No quiere usted tomarme en serio! ¡Pues bien, caballero: le mando á usted que salga de aquí, porque aquí estoy yo en mi casa!

—¡En su casa! ¿Es usted quien pagó este hotel? ¿La señora se halla en casa ajena?

El des Grieux quedó algo desconcertado. Pero no se calló.

—Lucía está en su casa como yo estoy en la mía, puesto que es mi querida y yo soy su amante.

El príncipe cogió el sombrero, que había dejado encima del piano.

—¡No lo crea usted!—dijo Lucía locamente.

El príncipe se alejó en silencio, sin volver la cabeza.

—Nos batiremos, ¿no es verdad?—dijo Abelle.

Y con un cinismo que sólo Juvenal habría podido pintar,

—No puede usted negarse á cruzar una espada conmigo,—añadió,—puesto que hemos servido en el mismo regimiento.

Lucía había llamado. Entró un lacayo.

—Acompañe usted al señor,—dijo, mostrando á Carlos.

El lacayo no comprendió bien, y salió detrás del príncipe, que acababa de traspasar el dintel de la puerta.

Cuando Lucía y su amante estuvieron solos, mirá-

ronse cual dos fieras que van á obedecer á su cólera.

No dijeron palabra, porque no encontraban una bastante enérgica para la situación.

Lucía fué la primera en abalanzarse, semejante á una pantera.

—¡Bueno!—exclamó.—¡Ahora, es menester que yo te ponga á la puerta!

Quiso arrastrar á Carlos. Le hincó las uñas. Él, más cruel, cõtenía su furor para mejor asegurar su venganza. Pero como al primer golpe Lucía le había hecho retroceder tres pasos, asíóla por los brazos y la arrojó á sus pies.

Ella se levantó completamente despeinada y se enroscó en él como una serpiente.

El lacayo había vuelto, creyendo que le llamaban; comprendió y cerró prudentemente la puerta, sin mostrarse.

Carlos Abelle quiso apartar de sí los brazos de Lucía. Mas, como ésta pegábale en las piernas con el talón de sus botinas, la magulló con sus manos como con tenazas de hierro.

¡Aquello fué horrible! Si aquí no quisiera mostrar las abominaciones de esos amores que son la vergüenza del amor, prescindiría de cuadros tan repulsivos. Pero es menester que se sepa á qué infiernos van á caer esas condenadas de la pasión que nunca irán á calmar su sed en las fuentes vivas.

Cuando Abelle intentó volver á echar á la joven á sus pies, cayó con ella. Rodaron juntos por la alfombra, echando rabiosa espuma, queriendo matarse, y encontrando aún en sí lavas de desprecio.

Por fin se levantaron.

—¡Ah!—dijo Lucía.—¡Lo que es ahora sí que ha acabado esto!

Carlos Abelle habíase acercado á la chimenea para ver en el espejo si estaba demasiado averiado. Tenía la camisa despedazada y un araño en la mejilla; en sus cabellos reinaba el mayor desorden. Retorcióse el bigote como pidiéndose un consejo. De repente alzó la mano para llamar.

—Espere usted un poco,—dijo Lucía.—Permitame que me arregle.

Su traje blanco estaba todo arrugado; lo alisaba con las manos.

—¿Por qué quiere usted llamar?

—Deseo que se me traiga aquí mi abrigo.

—Lo encontrará usted en la antesala.

—Quiero salir de aquí, señora mía, con todos los miramientos que me son debidos.

—Sí, todos los miramientos debidos á un... pianista.

No era ésta la palabra que iba á decir. La prueba es que Carlos Abelle estuvo á punto de encolerizarse nuevamente.

Y llamó, arrancando el cordón de la campanilla.

Lucía se sentó presurosa al piano, creyendo que sus criados ignoraban que se había pegado con su amante.

Dieron su abrigo á Abelle.

—¡Adiós, señora!—dijo éste cuando el lacayo estuvo fuera.—Que todas las vergüenzas que he bebido en esta casa caigan sobre usted.

—¡Váyase usted, caballero, váyase usted! Otras beberá.

Lucía cubrió esta respuesta con un aire de Offembach.

—Yo también,—dijo,—acompañó la canción.

Abelle había cogido el pestillo de la puerta. Podíase juzgar que aquello era ya demasiado, que aquellas dos

naturalezas pervertidas no podían mirarse ya sin rabia, que nunca el amor las confundiría en el mismo abrazo.

¿Cómo fué que, una hora después, Lucía anunciaba á su mayordomo que «el señor Carlos Abelle» comería en casa?

El señor Carlos Abelle no comía cualquier cosa; le gustaban los buenos manjares, las trufas y las confituras; necesitaba que el vino de champaña fuera bien espumoso; conservábase sólo para él el vino de Constancia, á fin de que tuviera mucha. Tal era la frase de la servidumbre.

Abelle había vivido por la ley misma de estas pasiones abominables, que sacan su fuerza de su ignominia.

La comida fué encantadora. Lucía besaba sin vergüenza, delante de sus criados, la mejilla que arañara.

—¡Esto es vivir!—decía.

Y añadía, con la sonrisa del perdón:

—Pero me has hecho muchos cardenales.

—A todo esto,—murmuró melancólicamente Abelle, —yo con un duelo entre manos.

—¡Qué dices!—exclamó Lucía, oprimiendo contra su pecho la cabeza de su amante, como para defenderle de la espada del príncipe.—Si él se hubiera quedado, santo y bueno. Cuando le vuelva á ver, le diré que ese duelo ha tenido lugar entre nosotros.

—Sí, á primera sangre.

Llegaban entonces al vino de Constancia.

—Ya sabes,—dijo Lucía,—que esta noche trabajo. Voy á encerrarte en la alcoba con libros, periódicos y esta linda botella que tan buen aspecto tiene.

—Bueno,—dijo Carlos, mirando lo que quedaba en la botella;—mas no olvides los cigarros.

—No, lobo mío. Sabes, por otra parte, que tú eres aquí el dueño.

Cuando Abelle se encontró solo en la alcoba de Lucía, se acordó de estas palabras.

—Sí, soy el amo,—dijo;—no lo olvidaré.

Y con una sonrisa,

—Como en la guerra: es menester dar la batalla y tomar la plaza por asalto.

Al siguiente día por la mañana, Lucía dijo á su amante que nunca había sido tan dichosa.

—Serás aún más feliz cuando yo haya pisoteado á todos tus príncipes como al de ayer.

—Me dejarás uno,—replicó ella.—Pero no vendrá aquí sino los días de lluvia.

—Sí, con tal que sea buen chico,—añadió cínicamente Abelle.

VII

Deudas de juego y deudas de corazón

Pasó algún tiempo. Decíase que Lucía se retiraba del mundo porque estaba enamorada como una loba del que llamaba ella su lobo.

Carlos Abelle era su mal genio. La aconsejó que no renovara su contrata en el Ateneo. Tenía allí un sueldo escaso; pero una cantante sin teatro es una estatua sin pedestal.

Se juzgó que Lucía no volvería á cantar. Siempre había tenido más voz que método; nunca había sido tomada en serio. La cortesana servía á la cantante como la cantante servía á la cortesana. Cuando la cantante

naturalezas pervertidas no podían mirarse ya sin rabia, que nunca el amor las confundiría en el mismo abrazo.

¿Cómo fué que, una hora después, Lucía anunciaba á su mayordomo que «el señor Carlos Abelle» comería en casa?

El señor Carlos Abelle no comía cualquier cosa; le gustaban los buenos manjares, las trufas y las confituras; necesitaba que el vino de champaña fuera bien espumoso; conservábase sólo para él el vino de Constancia, á fin de que tuviera mucha. Tal era la frase de la servidumbre.

Abelle había vivido por la ley misma de estas pasiones abominables, que sacan su fuerza de su ignominia.

La comida fué encantadora. Lucía besaba sin vergüenza, delante de sus criados, la mejilla que arañara.

—¡Esto es vivir!—decía.

Y añadía, con la sonrisa del perdón:

—Pero me has hecho muchos cardenales.

—A todo esto,—murmuró melancólicamente Abelle, —yo con un duelo entre manos.

—¡Qué dices!—exclamó Lucía, oprimiendo contra su pecho la cabeza de su amante, como para defenderle de la espada del príncipe.—Si él se hubiera quedado, santo y bueno. Cuando le vuelva á ver, le diré que ese duelo ha tenido lugar entre nosotros.

—Sí, á primera sangre.

Llegaban entonces al vino de Constancia.

—Ya sabes,—dijo Lucía,—que esta noche trabajo. Voy á encerrarte en la alcoba con libros, periódicos y esta linda botella que tan buen aspecto tiene.

—Bueno,—dijo Carlos, mirando lo que quedaba en la botella;—mas no olvides los cigarros.

—No, lobo mío. Sabes, por otra parte, que tú eres aquí el dueño.

Cuando Abelle se encontró solo en la alcoba de Lucía, se acordó de estas palabras.

—Sí, soy el amo,—dijo;—no lo olvidaré.

Y con una sonrisa,

—Como en la guerra: es menester dar la batalla y tomar la plaza por asalto.

Al siguiente día por la mañana, Lucía dijo á su amante que nunca había sido tan dichosa.

—Serás aún más feliz cuando yo haya pisoteado á todos tus príncipes como al de ayer.

—Me dejarás uno,—replicó ella.—Pero no vendrá aquí sino los días de lluvia.

—Sí, con tal que sea buen chico,—añadió cínicamente Abelle.

VII

Deudas de juego y deudas de corazón

Pasó algún tiempo. Decíase que Lucía se retiraba del mundo porque estaba enamorada como una loba del que llamaba ella su lobo.

Carlos Abelle era su mal genio. La aconsejó que no renovara su contrata en el Ateneo. Tenía allí un sueldo escaso; pero una cantante sin teatro es una estatua sin pedestal.

Se juzgó que Lucía no volvería á cantar. Siempre había tenido más voz que método; nunca había sido tomada en serio. La cortesana servía á la cantante como la cantante servía á la cortesana. Cuando la cantante

cayó, la cortesana cayó desde la altura en que se hallaba.

Abelle le permitió un último príncipe los días de lluvia —era siempre el príncipe Matjewski—; pero éste no iba ni aun cuando hacía buen tiempo.

La joven vendió su última alhaja, no pudiendo resignarse á romper con su vida á través de todos los lujos.

Abelle fué el encargado de vender la alhaja, porque Lucía no entendía los negocios. Era una admirable piedra en forma de pera que la comedianta había puesto en su pequeño museo de joyas, una verdadera pera para las épocas de sed.

Habiasela dado un príncipe moldavo que no sabía su valor: herencia de familia, condenada por mucho tiempo á no recorrer el mundo. Iba á desquitarse.

—¡Ochenta mil francos!—dijo Carlos lleno de alegría, regresando de casa de una mujer á la moda.

Y abanicó á su querida agitando ante su rostro cuarenta billetes de mil francos.

Ella tomó el dinero.

—¿Qué es esto?—murmuró.—¡Papeluchos! ¡Cuántos habré tirado!

—Pues mira,—dijo Abelle,—quisiera recoger algunos. Ya sabes que tengo deudas apremiantes.

—¿Tú, lobo mío? ¿Por qué no me lo dijiste?

Lucía reflexionó.

—Dígame usted, caballero: ¿cómo contrae usted deudas? ¿Es que mantiene usted á distinguidas señoritas?

Lucía recordó á su amante que desde que ella renunciara á su mundo había él vivido en el hotel, hasta el punto de no conservar sino su zaquizamí de la calle de Ponthieu, que nó salía sino para ir al gran mundo, según él decía. El dinero de bolsillo, lo cogía de enci-

ma de la chimenea de Lucía, que, semejante á los médicos célebres, mostraba siempre un puñado de oro. Dinero llama dinero

—¡Ah! ¿Tienes deudas, lobo mío? Dime á qué mundo vas.

—Querida Lucía, yo voy á todos los mundos, al mejor y al más malo. No soy una señorita casadera.

—¿Juegas acaso?

Lucía acababa de echar la cuerda á su amante, que se agarró á ella con las dos manos.

—No juego ya, porque jugué mucho; no quería decirte. No puedes figurarte el genio que me he visto obligado á tener para pedir prestado aquí y allá. ¡Era necesario pagar dentro de las veinticuatro horas! Y en la actualidad, camino de inquietud en inquietud.

Abelle supo expresarse tan naturalmente, que Lucía cayó en el lazo.

Se acordó de la jugada de sacanete por que empezó la ruina de Gontrán

—¡Querido lobo mío! ¡He ahí por qué estabas tan distraído! ¿Qué te he de dar?

—No quiero que me des, sino que me prestes. Mi familia pagará.

Carlos hacía siempre aparecer á su familia, como el criminal hace aparecer á sus cómplices. La verdad era que muy poco podía heredar de ella. Por otra parte, su padre y su madre no tenían un siglo entre los dos. Y hasta su muerte no podía esperar nada, porque su modo de vivir teniales preparados.

—¡Bueno!—exclamó Lucía.—Yo no cuento tratándose de ti. ¿Necesitas diez mil francos, veinte mil francos?

—Sí, veinte mil francos,—dijo Abelle.—Tal vez me sobre algo, que te devolveré; porque, pagadas esas

deudas, ¿qué falta me hará nada para ser feliz? ¡Tu corazón de oro! He ahí toda mi fortuna.

Y abrazó á Lucía con efusión, como si se fundiera en amor y como si ella fundiérase en oro.

—Vamos al Bosque, ¿no es verdad?—díjole ella.

El amor la cegaba hasta tal punto que juzgaba sencillo mostrar á su amante en todas partes, ella que, hasta entonces, siempre se mostró sola para no infundir celos.

Carlos Abelle no quiso ir al Bosque.

—Ven, lobo mío,—añadió Lucía.

—No, hoy no. Sólo tengo un deseo: ir á pagar mis deudas.

¿De qué clase eran las deudas de Carlos Abelle? Eran deudas de corazón.

VIII

La señorita Treinta y seis Virtudes.

Se os ha hablado ya, en *Las Grandes Damas*, de una distinguida señorita —había sido cocinera—, apodada Treinta y seis Virtudes. Ignoro el origen de este bautismo galante. Era ella una astuta picaruela que en tiempos, cuando servía, había sisado al señor de Cupido. Nacida en Borgoña, en donde había probado la manzana bastante pronto, no abundaba en color, pero abundaba en picardía. Habiendo llegado á París á los diez y seis años, con las vagas aspiraciones de hacer fortuna á toda costa, díjose que no había oficios feos. Había encontrado —criada para todo— en casa de una muchacha

de su país que hacía el amor. Y pronto juzgó que esto era menos difícil que hacer guisos. Así es, que, como era tan linda —muy picanté, según la expresión de los poetas grotescos—, supo hacer esperar á los adoradores en ausencia de su ama, y de tal modo, que un día ésta no encontró en casa ni á su cocinera ni á su amante oficial.

Moraleja: no debe introducirse en la cocina una criada para todo.

Sabido es cómo las muchachas adquieren el talento. La señorita Carolina, apodada Treinta y seis Virtudes —no sé por qué, si no es por antitesis—, no tardó en tener mucho talento. Hallábase dotada, por otra parte, de una bella malicia natural, mamada en la leche borgoñona, ó, mejor dicho, en la vid borgoñona.

En cuanto metió la cabeza entre las jóvenes de tercer orden que encumbran las avenidas del vicio parisiense, hizo ruido con sus ocurrencias. Hablar mucho, en este mundo, es ser elocuente. Carolina no callaba nunca. ¿Cuál es la mujer que, á fuerza de remover necedades, no encuentra una frase espiritual? Es como el premio mayor de la lotería.

No obró como las nodrizas borgoñonas, que dejan un niño en el país y envían á su familia lo que ganan. Vivió al día, sin cuidarse del mañana, enloquecida por los bellos trajes y las alhajas de pacotilla. Tomaba de todas las manos, y nunca quedábale un sueldo. El hogar de la cortesana es el tonel de las danaidas, si se me permite tan vieja expresión.

Abelle había encontrado en una cena á la señorita Treinta y seis Virtudes. Ésta le había encantado por su empuje diabólico. Se imaginó que no era sino el capricho de una hora, mas fué una verdadera pasión. Solía él tomar una mujer... al paso... como una botella

deudas, ¿qué falta me hará nada para ser feliz? ¡Tu corazón de oro! He ahí toda mi fortuna.

Y abrazó á Lucía con efusión, como si se fundiera en amor y como si ella fundiérase en oro.

—Vamos al Bosque, ¿no es verdad?—díjole ella.

El amor la cegaba hasta tal punto que juzgaba sencillo mostrar á su amante en todas partes, ella que, hasta entonces, siempre se mostró sola para no infundir celos.

Carlos Abelle no quiso ir al Bosque.

—Ven, lobo mío,—añadió Lucía.

—No, hoy no. Sólo tengo un deseo: ir á pagar mis deudas.

¿De qué clase eran las deudas de Carlos Abelle? Eran deudas de corazón.

VIII

La señorita Treinta y seis Virtudes.

Se os ha hablado ya, en *Las Grandes Damas*, de una distinguida señorita —había sido cocinera—, apodada Treinta y seis Virtudes. Ignoro el origen de este bautismo galante. Era ella una astuta picaruela que en tiempos, cuando servía, había sisado al señor de Cupido. Nacida en Borgoña, en donde había probado la manzana bastante pronto, no abundaba en color, pero abundaba en picardía. Habiendo llegado á París á los diez y seis años, con las vagas aspiraciones de hacer fortuna á toda costa, díjose que no había oficios feos. Había encontrado —criada para todo— en casa de una muchacha

de su país que hacía el amor. Y pronto juzgó que esto era menos difícil que hacer guisos. Así es, que, como era tan linda —muy picanté, según la expresión de los poetas grotescos—, supo hacer esperar á los adoradores en ausencia de su ama, y de tal modo, que un día ésta no encontró en casa ni á su cocinera ni á su amante oficial.

Moraleja: no debe introducirse en la cocina una criada para todo.

Sabido es cómo las muchachas adquieren el talento. La señorita Carolina, apodada Treinta y seis Virtudes —no sé por qué, si no es por antitesis—, no tardó en tener mucho talento. Hallábase dotada, por otra parte, de una bella malicia natural, mamada en la leche borgoñona, ó, mejor dicho, en la vid borgoñona.

En cuanto metió la cabeza entre las jóvenes de tercer orden que encumbran las avenidas del vicio parisiense, hizo ruido con sus ocurrencias. Hablar mucho, en este mundo, es ser elocuente. Carolina no callaba nunca. ¿Cuál es la mujer que, á fuerza de remover necedades, no encuentra una frase espiritual? Es como el premio mayor de la lotería.

No obró como las nodrizas borgoñonas, que dejan un niño en el país y envían á su familia lo que ganan. Vivió al día, sin cuidarse del mañana, enloquecida por los bellos trajes y las alhajas de pacotilla. Tomaba de todas las manos, y nunca quedábale un sueldo. El hogar de la cortesana es el tonel de las danaidas, si se me permite tan vieja expresión.

Abelle había encontrado en una cena á la señorita Treinta y seis Virtudes. Ésta le había encantado por su empuje diabólico. Se imaginó que no era sino el capricho de una hora, mas fué una verdadera pasión. Solía él tomar una mujer... al paso... como una botella

de champán. En una hora de amor, creía que la botella estaba bebida, apartaba de ella los labios y no volvía á mirarla.

Gracias á su figura y á «su labia», había conquistado á muchas de aquellas criaturas que dan horas de su vida sin dar nada. Simple cuestión de ocio. Como se le veía desde hacía algún tiempo con Lucía, una desdenosa por excelencia, se juzgaba que era irresistible, no se gastaban ceremonias con él. Por otra parte, era un hombre sin consecuencia. A su vez, él solía decir que ellas eran mujeres sin consecuencia, y tan pronto estaba con una como con otra. Alegres entre actos en su comedia sería con Lucía.

La comedianta sabía que él hablaba á estas criaturas, mas no podía imaginarse que se entretuviera en aquellas inferioridades, siendo el amante de una mujer como ella, que había tenido una corte de príncipes.

Hay en París tres clases de cortesanas, sin contar las que se entienden con el prefecto de policía. Y hay tal vez más distancia de la cortesana altiva que dice á su lacayo: «¡A los Italianos!» ó «¡Al hotel!», á la que se pasea por el bulevar de los Capuchinos, que de la duquesa á la burguesa. Así es, que Lucía no quería inquietarse por los caprichos de su adorado. Pero olvidaba decir por qué Carlos Abelle, que tenía loca á Lucía, estaba loco por la señorita Treinta y seis Virtudes.

Ocurrió que esta joven, á la cual había querido domar cual si se hubiera tratado de un potro esquivo, le había derribado volviéndose contra él. Aquella borgoñona era indomable en su buen humor. Nunca tuvo su cuarto de hora de sentimiento. Se burlaba de todos los hombres, no comprendiendo que el amor fuese otra cosa que una carcajada. Carlos Abelle, que presumía de vencer á las mujeres, quedó al pronto sorprendido

ante aquella burla inagotable. Quiso vencer, combatió, se apasionó, quedó preso en su juego y no cogió en él á Carolina.

Por bromista que ésta fuera, vió pronto que él se había enamorado. Sintió en el primer momento algún orgullo; porque, en este mundo, no se juzga á los hombres por lo que són, sino por lo que parecen: Carlos Abelle estaba á la moda entre la gente de aquella calaña. Divertía á unas tocando al piano, divertía á otras porque solía leer antes que ellas los periodiquillos —quiero decir los grandes periódicos—. Estas encontrábanle bello porque tenía una cabeza de peluquero endominado; aquéllas le encontraban espiritual porque se burlaba de ellas.

La señorita Treinta y seis Virtudes no hacía remilgos para recibir, todos los días, los dos ó tres luises que Lucía daba á Carlos Abelle como dinero de bolsillo. Naturalmente, él hablaba de su familia. Poco á poco, después de haber estado orgullosa de aquel amor, la ex cocinera fué feliz con él. Los pequeños luises mantienen la amistad. Además, el amor crea al fin el amor. Continuaba riendo, pero le decía:

—Te amo más que á los otros.

Ser más amado que los otros era la suerte—me equivoco—el ideal de aquel hombre, que recibía con la mano derecha lo que daba con la izquierda, sin ruborizarse aquí, puesto que allá no se había ruborizado.

Un día despertó locamente enamorado de la señorita Treinta y seis Virtudes. Medió dormido, abrazó furiosamente á Lucía; se había equivocado de rostro.

—¿Por qué no es ésta igual?—se preguntó.

Levantóse á toda prisa y corrió á casa de Carolina.

—¡Ah, cuánto te amo!—exclamó, abrazándola hasta perder el aliento.

Aquel grito fué el grito de la muerte de Lucía.

He aquí por qué Carlos Abelle tenía deudas de corazón; he aquí por qué pidió prestado sin vergüenza á su querida la rica para su querida la pobre. Desde hacía algún tiempo juzgaba que Carolina era digna de un pedestal. Vivía ésta, como todas las de su categoría, en un hotel amueblado impropio para ella y para él. Acostumbrado como estaba Abelle al gran lujo de Lucía, no iba á casa de Carolina sin que le indignara aquel mobiliario de lance, que había sido de todos y de todas.

¿Por qué Carolina, que para él era más bella que Lucía, no había de tener también sus días buenos? Había sido cocinera. Pero ¿por dónde había empezado Lucía á vivir? Lucía se había hecho cantante; mas Carolina ¿no podía ser comedianta? Citábanse ya sus frases en las cenas y en las carreras.

De los veinte mil francos de la cantante, Abelle hizo dos lotes: uno para Carolina y otro para él. Se acercaba el primero de año.

—Voy á darte una sorpresa,—dijo á la ex cocinera.

Efectivamente, el primero de enero, presentóse en su casa á las once y la dijo con solemnidad.

—Ven: quiero llevarte á tu casa.

La condujo á la calle de Berry, á un lindo piso en que había reunido muebles de todas clases.

—¡Cómo! ¡Un piano!—exclamó Carolina.

Y tocó *A la luz de la luna*, acompañándose con un puñetazo y un puntapié.

—¿Todo esto es mío?—añadió.

—Sí, querida; hasta el propietario, porque lo es un borgoñón.

—¡Pero si no puedo dar crédito á mis ojos!

Carolina se puso á bailar y á cantar, como si ante ella se hubiera abierto la puerta de la California.

—¡Oh, qué hermosa cama!—gritó de pronto.—Pero has de saber que voy á encerrarte en esa alcoba y que no volverás á casa de tu princesa hasta mañana por la mañana.

—¡Bueno!—pensó Abelle.—Ya tengo dos cárceles.

IX

La pena del talión

A las doce de la noche, el amante por partida doble era esperado ansiosamente en casa de Lucía. Había dicho que cenaría en familia, pero iría más tarde á tomar algo con su querida.

Y algo tomó, en electo, con su querida; pero ésta no era Lucía.

A las doce y cuarto, la comedianta había revuelto veinte veces las tarjetas de felicitación de Año Nuevo, con un sentimiento de melancolía, diciéndose:

—Aun piensan en mí.

Eran todas tarjetas con escudos de armas: de príncipes, de duques, de marqueses y de condes. Apenas si los barones se atrevían á aventurarse en tan elevado lugar.

Mientras tanto, Carlos Abelle no se presentaba. ¿Qué podía detenerle en otra parte? Once horas hacía que le esperaba con la fiebre en la frente. ¿Qué podía estar haciendo?

Aquel grito fué el grito de la muerte de Lucía.

He aquí por qué Carlos Abelle tenía deudas de corazón; he aquí por qué pidió prestado sin vergüenza á su querida la rica para su querida la pobre. Desde hacía algún tiempo juzgaba que Carolina era digna de un pedestal. Vivía ésta, como todas las de su categoría, en un hotel amueblado impropio para ella y para él. Acostumbrado como estaba Abelle al gran lujo de Lucía, no iba á casa de Carolina sin que le indignara aquel mobiliario de lance, que había sido de todos y de todas.

¿Por qué Carolina, que para él era más bella que Lucía, no había de tener también sus días buenos? Había sido cocinera. Pero ¿por dónde había empezado Lucía á vivir? Lucía se había hecho cantante; mas Carolina ¿no podía ser comedianta? Citábanse ya sus frases en las cenas y en las carreras.

De los veinte mil francos de la cantante, Abelle hizo dos lotes: uno para Carolina y otro para él. Se acercaba el primero de año.

—Voy á darte una sorpresa,—dijo á la ex cocinera.

Efectivamente, el primero de enero, presentóse en su casa á las once y la dijo con solemnidad.

—Ven: quiero llevarte á tu casa.

La condujo á la calle de Berry, á un lindo piso en que había reunido muebles de todas clases.

—¡Cómo! ¡Un piano!—exclamó Carolina.

Y tocó *A la luz de la luna*, acompañándose con un puñetazo y un puntapié.

—¿Todo esto es mío?—añadió.

—Sí, querida; hasta el propietario, porque lo es un borgoñón.

—¡Pero si no puedo dar crédito á mis ojos!

Carolina se puso á bailar y á cantar, como si ante ella se hubiera abierto la puerta de la California.

—¡Oh, qué hermosa cama!—gritó de pronto.—Pero has de saber que voy á encerrarte en esa alcoba y que no volverás á casa de tu princesa hasta mañana por la mañana.

—¡Bueno!—pensó Abelle.—Ya tengo dos cárceles.

IX

La pena del talión

A las doce de la noche, el amante por partida doble era esperado ansiosamente en casa de Lucía. Había dicho que cenaría en familia, pero iría más tarde á tomar algo con su querida.

Y algo tomó, en electo, con su querida; pero ésta no era Lucía.

A las doce y cuarto, la comedianta había revuelto veinte veces las tarjetas de felicitación de Año Nuevo, con un sentimiento de melancolía, diciéndose:

—Aun piensan en mí.

Eran todas tarjetas con escudos de armas: de príncipes, de duques, de marqueses y de condes. Apenas si los barones se atrevían á aventurarse en tan elevado lugar.

Mientras tanto, Carlos Abelle no se presentaba. ¿Qué podía detenerle en otra parte? Once horas hacía que le esperaba con la fiebre en la frente. ¿Qué podía estar haciendo?

—En familia cualquiera se fastidia: es imposible que permanezca tanto tiempo en casa de su hermano.

Llamó á su doncella.

—¡Carolina! Haga usted que Juan se prepare para llevar una carta.

—Pero ¿no sabe la señora que son más de las doce de la noche?

—¡Nada me importa la hora! Avise usted á Juan y vuelva.

Y cuando Carolina estuvo de regreso,

—Dígame usted: ¿afirmó mi hermana que mañana mismo vendría?

Con motivo del día de Año Nuevo, Lucía, que, á fuerza de amor por Carlos, creía despojar á la cortesana y elevarse nuevamente hacia su virtud, había escrito á su hermana una carta muy tierna.

Colomba, la modesta iluminadora de grabados que se había tornado una verdadera mujer, sintióse conmovida al leer la carta de Lucía, una carta en que la cantante suplicaba á su hermana la perdonase dándole la mano, al siguiente día, á las ocho, en la iglesia de la Magdalena. Colomba había respondido á la doncella:

—Diga usted á mi hermana que no iré á la Magdalena, sino á su casa.

¡Respuesta inesperada! Gran alegría de la comedianta, que se había dicho en seguida:

—Si me casase con Carlos Abelle, mi hermana volvería á ser mi amiga.

—¡Cuán linda es su hermana de usted, señora!—añadió Carolina.—Creeríasela un ángel, con su blancura y sus azules ojos. Sólo al ver ciertos semblantes, siéntense deseos de ir á misa.

—¿Verdad que sí?—dijo Lucía.—¡Y cuando pienso que yo quise hacer que me imitasen! ¡Lo que es perder

el juicio en las primeras locuras! ¡Pero ya se me quitaron aquellas ideas!

—¡Ya se conoce eso!—murmuró la doncella con aire de reproche.—El año pasado, al menos, el primero de enero, no se podía dar un paso por ninguno de los salones, tantos fueron los regalos. Este año, nada. Unos cuantos bombones.

—Y mi soledad me inspira orgullo. Quisiera no haber conocido á nadie.

—Es usted, señora, como los príncipes que se burlan de los títulos de nobleza; ahora que tiene usted un hotel y alhajas, escupe á las comediantas. ¿Quiere usted que le dé un consejo, señora? Será mi regalo de Año Nuevo.

La señorita Lucía se reprochaba constantemente el hablar demasiado con su doncella; mas no podía perder esta mala costumbre. Dijo á Carolina:

—Vamos á ver, hable; pero no diga usted tonterías.

—Pues bien, hablaré sin rodeos. La señora quiere acabar, como muchas otras, por el matrimonio. Aun cuando ésos no son mis principios, comprendería que la señora tratase de hacerlo con un hombre que tuviese un título: esto da cierta importancia, se es algo. ¡Pero con un pianista!

Lucía contuvo su furor; se admiraba de que aquella muchacha atreviérase á hablarla tan francamente.

—El señor Abelle no es un pianista, es hijo de buena familia. Puede aspirar á todo.

—¡Si al menos tuviese amor á la señora!

—No sé por qué duda usted de eso: lo ha sacrificado todo por mí.

Carolina estalló en una cancajada.

—¡Basta, basta!—exclamó Lucía, incapaz ya de contenerse.—No necesito sus ojos de usted para ver

claro. La aconsejo que tenga para el señor Abelle los mayores miramientos. Encuéntrola á usted muy familiar con él. ¡Son así ustedes! No estiman sino á las gentes que las desprecian. El señor Abelle tiene el defecto de conversar con todo el mundo, hasta con usted.

La doncella había ya recibido su aguinaldo. Juzgaba, por otra parte, que la casa tornábase mala; así es, que respondió secamente:

—Pues bien: el señor Abelle no volverá á hablar conmigo. Veo bien que desagrado á la señora; me marcharé mañana mismo á mi país; pero me permitiré una última palabra. Esta *abeja* no es sino una avispa que se come la miel de la señora y que le dará con su aguijón en el corazón (1).

—¡Bueno está!—dijo Lucía.—Márchese usted ahora mismo si lo desea. Puede hacerlo. Lo hará en cuanto se haya cenado.

—¿A qué hora cenará la señora?

—Déjeme usted, déjeme sola. Y cuide de que todo esté pronto para cuando llegue el señor Abelle.

—Oiga usted, señora. No me atrevía á contar á usted la verdad; pero, al acordarme de todas sus bondades, por la amistad impulsada, se lo cuento, rogándola á usted que me crea: el señor Abelle engaña á la señora.

—¡Qué me engaña! ¡Usted no sabe lo que se dice!

—Sí, la engaña á usted con una joven que se llama Carolina, como yo, que ha sido cocinera, como yo.

—¡Miente usted!

(1) Hay aquí un juego de palabras: *abeille*, abeja, se pronuncia en francés lo mismo que Abelle, apellido del amante de Lucía.

Pero Lucía veía con desesperación que su doncella no mentía.

—Tan cierto es lo que digo, como que en este mismo instante el señor Abelle, que está con la señorita Carolina, no se inquieta por usted. ¡Si eso no es un horror...!

—¿Quién la ha enterado á usted de tal cosa?

—¡Eh, Dios mío! Esa historia no es un secreto sino para usted. El señor Abelle se arruina con esa muchacha.

Lucía pensó en los veinte mil francos; la luz hizo, al fin, ante sus ojos.

—Vamos á ver: ¿está usted segura de lo que dice, Carolina?

Este nombre parecía no querer salir de los labios de la comedianta.

—Sí, señora; como de que ella es una mujerzuela. ¡Ah! No se comprende cómo el señor Abelle ha podido descender tanto, aun cuando la señora no le amase.

—Si creyera eso,—dijo Lucía,—no le volvería á ver. Oiga usted... Carolina... ni una palabra de todo esto. Y, sobre todo, no piense usted en marcharse. ¡Oh, yo me vengaré!

Lucía se había levantado; ardía su cabeza, agitaba la mano cual si pegase á su rival.

Eran más de las doce y media. Se acercó al reloj, fué á su espejo, se encontró fea; dió un puñetazo en la luna.

—¡Oh, señora!—exclamó Carolina.—¡La ha roto usted!

—Lo he hecho expresamente. Romper un espejo el día de Año Nuevo, es mala señal. ¡Infeliz de mí, infeliz de mí!

Carolina estaba estupefacta; no se atrevió á decir una palabra.

La sangre zumbaba en los oídos de Lucía.

—¿No han llamado?

—No, señora.

—Si llaman, no se abre. Quiero que pase la noche á la puerta, como un perro.

Y casi inmediatamente:

—Dime... Carolina... ¿dónde vive esa mujer?

—A dos pasos de aquí, en la calle de Berry. Lo sé porque tenemos el mismo panadero y la misma frutera.

—Tal vez sea yo quien les pague sus facturas,—dijo Lucía.

—Aun no, pero llegará eso; puede afirmarse.

—¡Oh, infamia de las infamias! Deme usted mi sombrero y mi capa de piel.

—¿Para qué, señora? Ya sabe usted que está lloviendo.

—Cogeremos un paraguas. Hace cinco años que no me ha ocurrido esto. ¡Pronto, pronto, pronto! ¡Mis pies arden, siento el infierno á mis pies! ¡Oh, mi cabeza!

Lucía llevóse la mano á la frente sin dejar de golpear el suelo con los pies.

Cinco minutos más tarde se paseaba, recibiendo la lluvia, en compañía de su doncella, bajo los balcones de aquella Carolina que le robaba su corazón y su alma.

Tres balcones del cuarto piso dejaban ver la luz de las bujías.

—Allí es,—dijo la comediante.—Pero retire usted el paraguas, que no me deja ver.

Lucía rechazó lejos de sí á la doncella.

—La señora se mojará.

—Mejor, si me mojo. La lluvia me calmará. ¿A qué habitación pertenecen esos balcones?

—Si no he de ocultar á usted nada, señora, son los de la alcoba y el tocador. Seguramente cenan en el tocador.

Lucía esperaba aún que su doncella se engañara y la engañase. Sin embargo, los celos hablaban más alto que sus postreras ilusiones.

—¡Sí, sí!—dijo.—Siento que está ahí. Y es menester que yo suba á casa de esa muchacha.

É iba á atravesar la calle.

—¡Oh, señora!—exclamó Carolina deteniéndola.— ¡No hará usted eso!

—¡Sí, quiero subir; quiero subir y matarlos á los dos!

—¡Vamos, vamos, señora, no estamos en el teatro!... Marchémonos. No es usted, sino él, quien merece compasión. ¡Perder una mujer como usted por semejante criatura! ¡La muerte sería demasiado dulce para él! No le dé la señora más dinero, y estará vengada; porque esa chica lo pondrá entonces á la puerta inmediatamente. Y se encontrará entre dos mujeres y con la nariz por tierra.

Lucía continuaba perdiendo el juicio.

—Pues bien: si yo no subo, suba usted. Dígale que lo espero. Veremos si se atreve á desafiarme francamente; porque se imagina que no sé nada, se figura que creó que está en casa de su familia.

La doncella trató vanamente de detener á su ama; para decidirla, Lucía se acercó á la puerta principal y llamó resueltamente.

Se abrió la puerta.

—Suba usted, ó subo. Diga que estoy enferma, diga que me he muerto, diga usted lo que guste...

Lucía hablaba aún, cuando un hombre salió de la casa. Reconoció á Carlos Abelle.

Se apoyó, tambaleándose, en Carolina, sin poder pronunciar una palabra.

Como todos los hombres que no tienen otras preocupaciones que la mujer, Carlos no vió dos faldas ante sí sin querer mirar á sus dueñas.

—¡Soy yo, caballero!—dijo gravemente Lucía.

Estaba tan pálida, su rostro había tomado tan triste expresión, que la reconoció apenas; tanto más cuanto que no podía imaginarse que estuviera allí.

Aun cuando fuese buen comediante, permaneció algunos segundos sin poder hablar.

Lucía estaba medio desmayada en brazos de Carolina.

—¿Qué hay?—preguntó al fin Carlos Abelle.

—Hay, caballero, que la señora está enferma y que no volverá á estar buena,—respondió la doncella.

—No comprendo.

—Y yo no le comprendo á usted,—replicó atrevidamente Carolina.

El tiempo de las cóleras había transcurrido para Lucía. Llegaba á aquella nueva fase de la pasión en que sólo se explican las lágrimas. Su desgracia, tan súbitamente revelada, parecía tan grande que no se sentía con fuerzas para lamentarla.

—Iba á tu casa,—añadió Abelle.

—¡Ah, sí!—replicó ella con amargura.—Te encuentro en el camino. Pero vamos, pues, á mi casa; verás allí lo que has hecho de mí, si es que no muerdo antes de llegar.

Quiso cogerla del brazo, mas ella tuvo fuerza para rechazarle.

—¡Oh, no!—dijo.—¡No me mate usted por completo! Entraron en el hotel.

Cuando Carlos vió á su querida en el saloncito en

que le había esperado tanto tiempo, feliz al principio, inquieta luego, celosa y desesperada en los últimos instantes, sorprendióle su excesiva palidez. Toda la sangre de Lucía estaba en su corazón; sintióse mal tres veces. Y él vió muy pronto que la que había jugado con todo el mundo no jugaba con él.

¡Oh! ¡Cuán bien pagaba todas las torturas que hiciera sufrir á Gontrán Staller y á los otros!

Adoraba á Carlos Abelle; todo se lo había sacrificado: su teatro, su fortuna, sus amigos. Toda su vida estaba en él en lo sucesivo. Por él construía en su imaginación el último castillo de naipes: y él la hacía traición, á ella, tan hermosa, por una muchacha de la peor especie.

¿Y quién sabe si no amaba á aquella chica?

Sus primeras palabras, cuando hablar pudo, fueron éstas, dichas con la voz más dulce:

—Amigo mío, puesto que no me ama usted ya, ¿por qué ha venido?

—¡Cómo que no te amo!

Y Carlos Abelle se arrojó á los pies de Lucía. Y estalló en sollozos, y hasta encontró lágrimas.

Aquel hombre era capaz de todo.

—Pues si me amas, ¿por qué me haces traición?

Carlos Abelle trató de inventar una mentira; pero muy pronto vió que Lucía nada ignoraba.

Se golpeó el corazón, se confesó en voz alta indigno de su querida, se arrastró por tierra implorando su perdón. Aquello había sido un cuarto de hora de desorden; juró no volver á caer en semejantes indignidades.

Lucía lloró mucho.

—Mira,—le dijo,—tu amor es mi vida y mi muerte. Dime toda la verdad. Si me amas, te perdono. Si no me amas, vete.

—Tu amor,—replicó Carlos Abelle,—es también mi vida y mi muerte. Vivir sin ti, sería morir. Vivir contigo; eso es vivir.

Lucía perdonó.

—¡Muy bien!—dijo Carolina.—Sólo me falta hacer mis paquetes.

—Señora,—añadió en voz alta,—¿me permite usted que mañana vaya á mi país á ver á mi madre?

—Esta misma noche, si usted quiere,—dijo fríamente Lucía, que ansiaba volver á sus ilusiones.

X

Perfume de virtud en los umbrales de la cortesana

Carlos Abelle continuó en su doble juego, fingiéndose apasionado de Lucía y no amando en realidad sino á la ex cocinera.

Comenzábase á hablar, en el gran mundo, de las desgracias de la cantante. Se decía que estaba loca por un tunante que la pegaba y la arruinaba por una tunanta.

Pero ocurre con esto lo que con los criminales condenados á la guillotina: cuando llega la hora de ir á ésta, se siente piedad por ellos.

La palidez y la tristeza de Lucía llegaron á conmover á los más duros y á los más escépticos. Al principio se había negado que la comedianta pudiese amar; pero ya no podía ponerse en duda tal circunstancia. Se arruinaba por su amante, habíase arrojado en su pasión como en un abismo, no volvería á levantarse.

No tardó en anunciarse la venta de su hotel. Se preguntaba todo el mundo si no lo compraría la ex cocinera. Porque esta muchacha avanzaba, efectivamente, en sentido contrario. Mientras Lucía descendía á su ruina, ella se elevaba hacia la fortuna.

Un día que Lucía, que ya no tenía caballos, iba por el Bosque en un simple fiacre, y no por donde los paseantes, sino por el Bosque, porque deseaba aspirar una bocanada de aire puro, reconoció, en un cupé arrastrado por dos caballos ingleses, á Carlos Abelle y á su rival.

Este fué para ella el golpe decisivo. Creía vagamente que su amante veía de vez en cuando á aquella muchacha. Pero ¡á tantas veía! ¿Era posible que fuera él quien la acompañaba por el Bosque, era posible que fuesen de ella tan buenos caballos?

—¡Ah!—murmuró.—Ese hombre es mi verdugo.

No tuvo valor para verle por segunda vez. Y regresó á casa para ocultar sus vergüenzas y sus lágrimas.

Se le anunció á su hermana; corrió á ella y la abrazó.

—¡Ah, Colomba, Colomba!—dijo.—¡Ten piedad de mí! ¡Soy muy desgraciada! ¡Qué ruda expiación! Ese hombre á quien tú odias, ese hombre que quiere casarse conmigo, me matará antes que eso llegue. Es ya causa de mi ruina, será causa de mi muerte.

Y refirió á Colomba lo que le había sucedido: cómo Carlos Abelle se había impuesto en su casa; cómo ella, aun rebelándose, había soportado su dominación; cómo él se había hecho dueño absoluto de su pobre corazón y de su pobre cabeza; cómo le obedecía ciegamente, ella, que jamás obedeció á nadie. ¡Y todos sus embustes, y todas sus traiciones y todas sus infamias!

—Pues bien,—dijo Colomba,—es menester no de-

—Tu amor,—replicó Carlos Abelle,—es también mi vida y mi muerte. Vivir sin ti, sería morir. Vivir contigo; eso es vivir.

Lucía perdonó.

—¡Muy bien!—dijo Carolina.—Sólo me falta hacer mis paquetes.

—Señora,—añadió en voz alta,—¿me permite usted que mañana vaya á mi país á ver á mi madre?

—Esta misma noche, si usted quiere,—dijo fríamente Lucía, que ansiaba volver á sus ilusiones.

X

Perfume de virtud en los umbrales de la cortesana

Carlos Abelle continuó en su doble juego, fingiéndose apasionado de Lucía y no amando en realidad sino á la ex cocinera.

Comenzábase á hablar, en el gran mundo, de las desgracias de la cantante. Se decía que estaba loca por un tunante que la pegaba y la arruinaba por una tunanta.

Pero ocurre con esto lo que con los criminales condenados á la guillotina: cuando llega la hora de ir á ésta, se siente piedad por ellos.

La palidez y la tristeza de Lucía llegaron á conmover á los más duros y á los más escépticos. Al principio se había negado que la comedianta pudiese amar; pero ya no podía ponerse en duda tal circunstancia. Se arruinaba por su amante, habíase arrojado en su pasión como en un abismo, no volvería á levantarse.

No tardó en anunciarse la venta de su hotel. Se preguntaba todo el mundo si no lo compraría la ex cocinera. Porque esta muchacha avanzaba, efectivamente, en sentido contrario. Mientras Lucía descendía á su ruina, ella se elevaba hacia la fortuna.

Un día que Lucía, que ya no tenía caballos, iba por el Bosque en un simple fiacre, y no por donde los paseantes, sino por el Bosque, porque deseaba aspirar una bocanada de aire puro, reconoció, en un cupé arrastrado por dos caballos ingleses, á Carlos Abelle y á su rival.

Este fué para ella el golpe decisivo. Creía vagamente que su amante veía de vez en cuando á aquella muchacha. Pero ¡á tantas veía! ¿Era posible que fuera él quien la acompañaba por el Bosque, era posible que fuesen de ella tan buenos caballos?

—¡Ah!—murmuró.—Ese hombre es mi verdugo.

No tuvo valor para verle por segunda vez. Y regresó á casa para ocultar sus vergüenzas y sus lágrimas.

Se le anunció á su hermana; corrió á ella y la abrazó.

—¡Ah, Colomba, Colomba!—dijo.—¡Ten piedad de mí! ¡Soy muy desgraciada! ¡Qué ruda expiación! Ese hombre á quien tú odias, ese hombre que quiere casarse conmigo, me matará antes que eso llegue. Es ya causa de mi ruina, será causa de mi muerte.

Y refirió á Colomba lo que le había sucedido: cómo Carlos Abelle se había impuesto en su casa; cómo ella, aun rebelándose, había soportado su dominación; cómo él se había hecho dueño absoluto de su pobre corazón y de su pobre cabeza; cómo le obedecía ciegamente, ella, que jamás obedeció á nadie. ¡Y todos sus embustes, y todas sus traiciones y todas sus infamias!

—Pues bien,—dijo Colomba,—es menester no de-

jarle entrar aquí. Todo no está perdido cuando se cree en Dios.

—¡Pero si es que me oculta á Dios, si es que sólo le veo á él, que es mi suplicio!

—Si le desprecias, no le amas.

—¡Le desprecio y le amo! ¡He ahí mi castigo! Hace un año que lucho, que quiero arrancarle de mi corazón. Y cuanto más quiero odiarle, más me aferro á esa cruz. No duermo, los celos me desgarran el corazón. Tengo el infierno en la cabeza. ¡Ah, Colomba, Colomba! ¡pon tus labios de mujer honrada sobre mi frente.

Lucía cayó arrodillada ante su hermana.

Colomba abrazó á Lucía, besándola con sus labios siempre virginales.

La desgraciada sonrió. Parecióle que un hálito celestial había pasado por sus cabellos abrasados.

Colomba se marchó; Lucía volvió á montar en el fiacre y se hizo conducir al cementerio del Padre Lachaise.

—¿La tumba del señor Gontrán Staller?—preguntó á uno de los guardas.

Fué conducida á la altura, no lejos del sepulcro del señor de Morny.

Leyó el nombre del que se había matado por ella. Se arrodilló y lloró largo tiempo.

Llorar es orar.

Huyó de allí como una ladrona al reconocer súbitamente á la hermana de Gontrán.

De regreso del cementerio, vió á Abelle á la puerta de su casa.

Nada le dijo; él no la había visto en el Bosque; y ella no quería humillarse haciéndole ver sus celos.

—¿No sabes,—dijóla él alegremente,—lo que me ha ocurrido? He apostado en el círculo á que no tenías

más que veinte años; y he perdido, porque se ha presentado una copia de tu partida bautismal. ¿No ha sido una apuesta caballerosa? Dame mil francos.

Aquella mentira fué una nueva herida.

No había en casa más que dos mil francos. Sin chistar, Lucía fué en busca de un billete de mil y se lo puso en la mano á su amante.

Miróle con gravedad, como si quisiera encontrar su alma en sus ojos.

Le encontró más bello que nunca. Hiciera lo que hiciese, él conservaba su prisma en presencia de ella: la comedianta seguía hechizada.

Siempre que quería romper por completo, se decía:

—Menester es tener paciencia; ya volverá á mí.

Creía reconquistarle á fuerza de bondad y de dulzura.

Él quiso abrazarla, en su alegría de tener mil francos.

—No,—le dijo ella,—ahora no: esta noche.

Por la noche, aun cuando llegara temprano, encontró á Lucía acostada.

—La señora está muy enferma,—dijole la doncella.

Ésta no era ya Carolina.

¿Dónde se encontraba ésta?

Carolina servía ya en casa de la otra Carolina, diciendo, al hablar de Lucía, que no le gustaban los soles ponientes.

—¿Por qué está enferma la señora?—preguntó alegremente Abelle.

—Lo mismo me ha dicho el médico, el cual me ha preguntado qué le había pasado hoy. Le he respondido que no sabía nada.

Lucía tenía gran fiebre. Los fantasmas del delirio se agitaban ante sus ojos.

—Gontrán,—dijo tendiendo la mano á Carlos.

El tunante tuvo miedo. Conocía la historia del joven

Staller, sabía cómo Lucía le había arruinado, cómo, en su miseria y en su desesperación, se había él levantado la tapa de los sesos.

—¿Quién sabe,—se dijo,—si no la espera el mismo desenlace?

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XI

El ladrón y la muerte

Aquello era cosa hecha: Lucía no debía levantarse. Había quemado su vela por los dos extremos. Una vela romana á un lado, un cirio de duelo á otro. Habíase agitado en la alegría, debía concluir en el dolor. La felicidad la hubiera hecho vivir más; pero, devorada por los ásperos tormentos de los celos, después de haberlo sido por las estériles alegrías del orgullo, iba á extinguirse en pocos días.

Cuando las mujeres galantes no encuentran una persona en quien descansar, después de las grandes locuras de su primera época, mueren en su juventud. Verdadero fuego de alegría en que no se echa ni un cubo de agua. Algunas se arrastran en la miseria conservando todavía una sonrisa; á otras les cae la lotería; se sobreviven por su familia ó por sus hijos, aquí y allá por un amor que las salva.

Lucía era una de aquellas que desaparecen merced á un amor que mata.

Ni el recuerdo de su vida ni la vista de su belleza, ni su fortuna, ni su lujo, ni sus amistades, pudieron nada contra aquel hombre de desgracia, el último á

quien hubo de amar, el castigo de todos sus pecados.

¿Era que la mano de la Providencia mostrábase allí, terrible en su venganza? ¿Era el azar de las cosas, que con frecuencia hiere acertadamente, por no engañarse siempre cuando tira la primera piedra á una mujer?

El médico temía una fiebre cerebral. Preguntó á Carlos Abelle si Lucía tenía pena.

—¡Pena!—respondió él.—¡Pero si es la mujer más dichosa del mundo! Desde que olvidó el pasado, no tiene sino una idea, ser mi esposa.

El tunante tomó cierto aire de dignidad.

—Pero, ya comprenderá usted,—prosiguió,—que aun prometiéndola casarme con ella en breve, me reservaba el consentimiento de mi familia. Porque las personas bien educadas no se casan así como así con su amante.

El médico miró con fijeza á Carlos, como queriéndole decir: «Las personas bien educadas no viven á costa de su querida.»

—Mire usted,—le dijo,—si le pregunto á usted acerca de la pena de Lucía, es por saber si su mal es irremediable. Creo conocerla bien. Tiene verdadera sed de rehabilitación; si no se casa usted con ella, me será imposible salvarla.

—Sin embargo, no puedo casarme con ella á bocajarro, en sus horas de delirio.

—Después de todo,—pensaba el médico al marcharse,—unirse á un hombre como éste fuera un fracaso más. Me lavo las manos en este asunto.

Pasaron algunos días. La enferma iba peor.

Una noche, mandó llamar al conde de Aspremont.

Éste contestó á su llamamiento, con intención de hablarle de Dios; la habló de Gontrán Staller.

—¡Es extraño!—dijole ella.—Me parece que todo el amor que profesaba á Carlos Abelle no es otra cosa

Staller, sabía cómo Lucía le había arruinado, cómo, en su miseria y en su desesperación, se había él levantado la tapa de los sesos.

—¿Quién sabe,—se dijo,—si no la espera el mismo desenlace?

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XI

El ladrón y la muerte

Aquello era cosa hecha: Lucía no debía levantarse. Había quemado su vela por los dos extremos. Una vela romana á un lado, un cirio de duelo á otro. Habiase agitado en la alegría, debía concluir en el dolor. La felicidad la hubiera hecho vivir más; pero, devorada por los ásperos tormentos de los celos, después de haberlo sido por las estériles alegrías del orgullo, iba á extinguirse en pocos días.

Cuando las mujeres galantes no encuentran una persona en quien descansar, después de las grandes locuras de su primera época, mueren en su juventud. Verdadero fuego de alegría en que no se echa ni un cubo de agua. Algunas se arrastran en la miseria conservando todavía una sonrisa; á otras les cae la lotería; se sobreviven por su familia ó por sus hijos, aquí y allá por un amor que las salva.

Lucía era una de aquellas que desaparecen merced á un amor que mata.

Ni el recuerdo de su vida ni la vista de su belleza, ni su fortuna, ni su lujo, ni sus amistades, pudieron nada contra aquel hombre de desgracia, el último á

quien hubo de amar, el castigo de todos sus pecados.

¿Era que la mano de la Providencia mostrábase allí, terrible en su venganza? ¿Era el azar de las cosas, que con frecuencia hiere acertadamente, por no engañarse siempre cuando tira la primera piedra á una mujer?

El médico temía una fiebre cerebral. Preguntó á Carlos Abelle si Lucía tenía pena.

—¡Pena!—respondió él.—¡Pero si es la mujer más dichosa del mundo! Desde que olvidó el pasado, no tiene sino una idea, ser mi esposa.

El tunante tomó cierto aire de dignidad.

—Pero, ya comprenderá usted,—prosiguió,—que aun prometiéndola casarme con ella en breve, me reservaba el consentimiento de mi familia. Porque las personas bien educadas no se casan así como así con su amante.

El médico miró con fijeza á Carlos, como queriéndole decir: «Las personas bien educadas no viven á costa de su querida.»

—Mire usted,—le dijo,—si le pregunto á usted acerca de la pena de Lucía, es por saber si su mal es irremediable. Creo conocerla bien. Tiene verdadera sed de rehabilitación; si no se casa usted con ella, me será imposible salvarla.

—Sin embargo, no puedo casarme con ella á bocajarro, en sus horas de delirio.

—Después de todo,—pensaba el médico al marcharse,—unirse á un hombre como éste fuera un fracaso más. Me lavo las manos en este asunto.

Pasaron algunos días. La enferma iba peor.

Una noche, mandó llamar al conde de Aspremont.

Éste contestó á su llamamiento, con intención de hablarle de Dios; la habló de Gontrán Staller.

—¡Es extraño!—dijole ella.—Me parece que todo el amor que profesaba á Carlos Abelle no es otra cosa

que una ilusión; no puedo verle sin que me parezca que tiene el rostro de Gontrán; á él es á quien amé, á él es á quien amo.

Aspremont, que era un filósofo, trataba de explicar-se aquello, cuando Lucía añadió, tendiéndole la mano:

—Fuí infame con su amigo de usted; pero tanto he sufrido que menester es perdonarme. Perdóneme usted en su nombre. Voy á morir; me enviará usted un sacerdote mañana por la mañana. Espero que Dios también me perdonará.

Aspremont intentó consolar á Lucía y volverle á la idea de la vida.

—No,—dijo ella,—sólo un favor pido: ser enterrada en la tumba de Gontrán Staller. Ayer fui á llorar allí, y allí me encontré con su hermana. Pídale usted esto en mi nombre; me amó tanto él, que tengo la seguridad de que me espera.

Aspremont estaba conmovido. No podía explicarse cómo el odio que Lucía le inspiraba se había súbitamente convertido en inmensa piedad. Nada es eterno en el corazón humano, un lugar alternativamente habitado por los sentimientos más opuestos. Todas las virtudes, todos los pecados, pueden elegir en él un domicilio. El corazón no es un mundo, son todos los mundos.

El conde prometió á Lucía que si moría sería enterrada junto á Gontrán Staller.

En las últimas horas de la vida, vuélvese hacia las albas matinales, se olvidan las últimas sendas recorridas, recóbranse ánimos para hacer el viaje de la muerte por los frescos senderos de la juventud. Lucía se internaba con pasión en aquellos hermosos tiempos, en sus comienzos en la vida, en sus comienzos en el amor y en el teatro. Hízose llevar su retrato, pintado por Eugenio Deschamps.

—¡Ah! ¡Cuán feliz era entonces!

Vió pasar la figura melancólica de Gontrán Staller.

—¿Por qué no le profesé yo más amor?—exclamó.

Y se estremecía al pensar en aquel último encuentro, cuando él, completamente derrotado por el insomnio y por la miseria, fué á llorar bajo las ventanas del hotel que le había dado. Horrorizábase de sí misma; hubiera querido hacer penitencia; juzgaba que Carlos Abelle no la había hecho sufrir lo que merecía.

El conde de Aspremont no se había marchado cuando le anunciaron á su amante.

—¡No quiero volverle á ver!—dijo Lucía, ocultando la cara entre las manos.—¡Es mi vergüenza, es mi muerte!

Aspremont creyó que era aquél un grito del corazón; y dijo en voz alta al criado:

—Advierta usted á ese caballero que no volverá á ser recibido aquí.

—Espere usted,—dijo Lucía;—no le diga eso hoy. Quiero verle por última vez; quiero decirle yo misma que no le amo, que nunca le amé.

Aspremont cogió fríamente su sombrero.

—Vendrá usted á verme, ¿no es verdad?—dijo la moribunda.

—No; temería demasiado encontrar á su amante de usted.

—¡Le juro que mañana no traspasará estos umbrales!

—Pues bien: volveré mañana. Y si pone usted á ese hombre á la puerta, le traeré á usted una hermana de la Caridad.

Un relámpago de alegría pasó por el rostro de la joven.

—¡El arrepentimiento,—dijo,—es ya el cielo!

Aspremont atravesó el salón vecino con el sombrero puesto, delante de Carlos Abelle, que esbozó una sonrisa.

—¿Cómo va?—dijo, queriendo detener al conde.

Pero quedó petrificado ante una mirada de éste, que parecía decirle:

—Caballero, no le conozco á usted.

Para vengarse de esta humillación, entró en el aposento de Lucía sin descubrirse.

—¿Qué modales son éstos?—dijo al entrar.

Lucía tuvo miedo. Él, que la dominaba por el amor, la dominaba también por el terror. Cuando él no estaba allí, parecía que todo había acabado; y volvía á ser su esclava cuando él aparecía, porque no encontraba en sí misma virtud bastante para vencer su vileza.

—Amigo mío,—díjole ella con su voz más dulce,—siento que voy á morir. Acuérdesse usted de la que tanto le amó.

La cólera de Carlos cayó como la dignidad de Lucía. La encontraba muy cambiada desde por la mañana. Presintió que la joven moriría pronto.

—Dime, amigo mío,—añadió ella, reanimándose.—

¿Que harás cuando yo haya muerto?

—¡Tú no morirás! Pero, si murieras, viviría de tu pensamiento.

Lucía sonrió amargamente.

—Y con las otras. Pero te perdono, porque me acuerdo de que me has amado. Sin embargo, ten presente, querido, que es necesario ser serio, que es menester volver al trabajo, porque no tienes fortuna. ¡Y es tan poco lo que me queda!

Carlos Abelle miró á Lucía como para adivinar su pensamiento.

—Por otra parte,—dijo,—tu fortuna no es mía.

—¡Oh!—murmuró ella.—No quiero morir sin hacer mi testamento.

Carlos Abelle tuvo todas las penas de este mundo para ocultar su alegría. Había calculado que aun quedaban cien mil francos á su amante, vendiéndolo todo. Lucía había conservado, en su miseria, la mejor ropa, los mejores servicios de plata, como para cegarse todavía. Pues bien: él vendería todo esto, y sus bordados, y sus vestidos de teatro, y sus maravillosas camisas que hubieran pasado por el ojo de una aguja... ¡ó se lo daría á Carolina!

Pero era preciso que hubiese un testamento. Juzgó que Lucía podía morir antes de haberlo escrito; y se prometió no abandonarla, á fin de aprovechar cualquier ocasión propicia para ponerle una pluma en la mano.

Permaneció allí casi toda la noche.

Hacia las once, volvió á hacer pensar á Lucía en el testamento.

—A propósito,—dijo, representando bien su papel;—he de escribir á mi hermano. Tienes una pluma?

Lucía levantó su blanca mano y llamó á su doncella.

Esta llevó «todo lo preciso para escribir».

—Déjelo usted sobre la mesa de noche,—dijo Abelle.

La doncella permanecía tristemente delante del lecho; Carlos la hizo seña de que se marchase, como si hubiera querido llevar á cabo una mala acción.

Comenzó una carta para dar á Lucía la idea de escribir.

—Mira, Lucía,—añadió;—lo que he de decir á mi hermano durará más que si á mi vez escribiera mi testamento.

Lucía entornaba los ojos como si no tuviese fuerza para escuchar ni para responder.

—¡Ahora que pienso!—exclamó de pronto Abelle.
—¿Por qué no he de hacerle? Después de todo, aun podrías tú vivir más que yo.

Desgarró la carta empezada y escribió á toda prisa:
«Lego á la señorita Lucía Moroni—mi prometida— todos los bienes muebles é inmuebles que me pertenezcan el día de mi muerte, sin excepción ni reserva alguna.»

Fechó, firmó y pasó el papel por delante de los ojos de Lucía.

Ella leyó y le dió las gracias tendiéndole la mano.

—¿No es verdad que eso se hace muy pronto?

—Sí,—dijo la joven;—pero has puesto mi nombre de guerra. Además, el papel no está sellado.

La desesperación pasó por el alma del tunante.

Sin embargo, aun no se dió por vencido.

—Te juro que te basta escribir tres líneas para hacer tu testamento, cual yo acabo de hacer el mío. Será válido como si tuviera todos los requisitos.

Sea porque Lucía no tuviese fuerza para mover la pluma, sea porque comprendiese el sentimiento que abrigaba Carlos Abelle, le respondió:

—Mañana.

Y añadió:

—Mañana, que será el gran día. Me enviarán un sacerdote para que me dé la Extremaunción, y entonces pediré que venga mi notario. Quiero que mi testamento esté bien hecho.

Abelle no sabía cómo arreglárselas para vencer.

—Vuelvo á jurarte,—dijo,—que es inútil el notario. Lo que se busca en estos casos es la sinceridad. Hasta el punto de que las faltas de ortografía son preciosas en un testamento.

Lucía no le oía ó aparentaba no oírle.

—Duerme,—dijo Abelle, dejando caer la pluma con desesperación.

Cuando llegó, media hora más tarde, el médico, Lucía aun no se había despertado. Después de mirarla, el doctor movió la cabeza y dijo á su amante:

—Esta mujer no durará mucho. La muerte ha puesto ya el sello sobre su rostro. ¡Señor, cómo ha recaído desde ayer!

Tomóle la mano.

—¡Esto es sorprendente! No tiene pulso. La creía mucho más dura.

Y la despertó, ablandando luego la almohada bajo su cabeza.

—¡Hola!—díjola jovialmente.—¿Cómo vamos hoy?

—Bien,—respondió Lucía.

—¿Ha tomado usted mi poción?

—No; todo me horroriza. Además, me muero de sueño.

—Pues bien: á dormir.

—¡Oh, sí! Prohíbale usted,—dijo, mostrando á Carlos Abelle,—que escriba á mi oído.

—Tiene razón,—dijo el médico.—Mañana despachará usted su correspondencia.

Lucía se había vuelto de espaldas.

—¡Adiós, doctor! Venga usted mañana por la tarde; por la mañana espero al señor cura.

Pero, después de esto, volvió á llamarle.

—Doctor, nieva; los pobres tienen frío; sea usted bastante amigo mío para repartir mi último billete de mil francos entre sus pobres.

Sacó un billete de mil francos de bajo la almohada y lo alargó al médico.

—¡Infeliz de mí!—dijo, suspirando.—Yo no tengo pobres.

Abelle, que se encontraba más cerca de ella que el médico, dijo vivamente:

—No se moleste, doctor. Se calumnia al decir que no tiene sus pobres: yo les conozco bien y sabré encontrarlos.

Abelle había cogido el billete de mil francos. La moribunda pareció no comprender, tanto la dominaba ya la muerte con su sueño.

¡Carlos robaba á los pobres!

El médico, que se había alejado, lo llamó.

—Esta mujer,—le dijo,—está en las últimas; no será ella quien reciba á Dios mañana, sino Éste quien á ella la reciba. Tengo una enferma cerca de aquí; vendré de nuevo al amanecer.

La noche, tan pronto fué ruda como dulce para la moribunda. Durmió tan pronto tranquila y sonriente, como entre las ansias de la agonía.

Carlos Abelle no pensaba sino en el testamento. ¿Qué hacer? ¿Cómo decidirla á escribir? ¿Y si la guiara tomando en la suya su mano, como se hace con los colegiales? ¡Tres líneas están hechas tan pronto!

Por la mañana volvió á acercarse á Lucía y tornó á intentar, pero en vano, de ponerle en la mano la pluma. Era la suya una mano muerta, una mano ya fría.

Miró á su alrededor, como hombre que ve su fortuna escapársele.

—¡Ayer,—dijo,—todo esto era mío! ¡Ahora, todo ha volado!

No podía admitir la idea de que los últimos despojos de la fortuna de Lucía no serían suyos.

—¿Qué se hará de esto,—decía,—que me pertenece?

XII

El reloj que marca las horas de amor

Lucía había conservado, de su mobiliario de princesa, casi toda la alcoba. Nunca quiso vender un adorable relojito Luis XVI, de plata incrustada en oro, que se estipulaba en diez mil francos. Era éste su último lujo. Aquel reloj había marcado las mejores horas de su vida. Hablábale ella como á un confidente. Era su pos-trer amigo.

—Ese reloj,—pensó Abelle,—yo me lo llevaré. En la confusión de la última hora, nadie lo notará.

Pensaba, por otra parte, poner en su lugar el reloj del tocador.

Desde hacía algunas horas, Lucía no respondía cuando él la hablaba; le miraba y parecía no verle.

Creyendo que la joven dormía, se acercó á la chimenea y cogió el reloj de plata, como para asegurarse de que era fácil de llevar bajo el makferlán.

—Si me lo reclaman,—dijo,—contestaré que ella me lo dió.

Pero he aquí que en aquel instante Lucía preguntóle qué hora era.

Se estremeció.

—Este reloj está parado,—respondió.—¿Quieres que traiga aquí el del tocador?

—No; da cuerda á ése; ya sabes que le tengo en gran estima. Es el que señalará mi última hora. ¿Re-

Abelle, que se encontraba más cerca de ella que el médico, dijo vivamente:

—No se moleste, doctor. Se calumnia al decir que no tiene sus pobres: yo les conozco bien y sabré encontrarlos.

Abelle había cogido el billete de mil francos. La moribunda pareció no comprender, tanto la dominaba ya la muerte con su sueño.

¡Carlos robaba á los pobres!

El médico, que se había alejado, lo llamó.

—Esta mujer,—le dijo,—está en las últimas; no será ella quien reciba á Dios mañana, sino Éste quien á ella la reciba. Tengo una enferma cerca de aquí; vendré de nuevo al amanecer.

La noche, tan pronto fué ruda como dulce para la moribunda. Durmió tan pronto tranquila y sonriente, como entre las ansias de la agonía.

Carlos Abelle no pensaba sino en el testamento. ¿Qué hacer? ¿Cómo decidirla á escribir? ¿Y si la guiara tomando en la suya su mano, como se hace con los colegiales? ¡Tres líneas están hechas tan pronto!

Por la mañana volvió á acercarse á Lucía y tornó á intentar, pero en vano, de ponerle en la mano la pluma. Era la suya una mano muerta, una mano ya fría.

Miró á su alrededor, como hombre que ve su fortuna escapársele.

—¡Ayer,—dijo,—todo esto era mío! ¡Ahora, todo ha volado!

No podía admitir la idea de que los últimos despojos de la fortuna de Lucía no serían suyos.

—¿Qué se hará de esto,—decía,—que me pertenece?

XII

El reloj que marca las horas de amor

Lucía había conservado, de su mobiliario de princesa, casi toda la alcoba. Nunca quiso vender un adorable relojito Luis XVI, de plata incrustada en oro, que se estipulaba en diez mil francos. Era éste su último lujo. Aquel reloj había marcado las mejores horas de su vida. Hablábale ella como á un confidente. Era su poster amigo.

—Ese reloj,—pensó Abelle,—yo me lo llevaré. En la confusión de la última hora, nadie lo notará.

Pensaba, por otra parte, poner en su lugar el reloj del tocador.

Desde hacía algunas horas, Lucía no respondía cuando él la hablaba; le miraba y parecía no verle.

Creyendo que la joven dormía, se acercó á la chimenea y cogió el reloj de plata, como para asegurarse de que era fácil de llevar bajo el makferlán.

—Si me lo reclaman,—dijo,—contestaré que ella me lo dió.

Pero he aquí que en aquel instante Lucía preguntóle qué hora era.

Se estremeció.

—Este reloj está parado,—respondió.—¿Quieres que traiga aquí el del tocador?

—No; da cuerda á ése; ya sabes que le tengo en gran estima. Es el que señalará mi última hora. ¿Re-

cuerdas cuán dulce era su campanilla cuando por la noche nos decíamos locuras?

—¡Oh, Dios mío!—pensó Abelle con desesperación.—¡Se pone mejor!

Lucía alzó la cabeza.

—Me ahogo; dame una copa de agua y cierra la ventana.

Carlos Abelle apresuróse á hacer esto último. Cuando la llevó la copa de agua, Lucía había vuelto á cerrar los ojos.

—¡Esto ha concluído!—pensó.—¡Está muerta!

Cogióle la mano; la soltó.

—¡Ya helada!

Volvió á cogerle la mano y le robó una sortija con un diamante, única piedra que Lucía había conservado.

Volvió al reloj. Pero la doncella podía verle.

Fué á buscar su makferlán. La doncella dormía en el comedor.

—¿Cómo va la señora?

—Duerme. Voy á salir por un instante; volveré dentro de una hora.

Púsose el makferlán, volvió á la alcoba, cogió el reloj.

No quería volver la cabeza, pero la muerte llama á los vivos. La muerte posee un poder oculto que obliga á los ojos á mirarla.

Abelle se acercó nuevamente al lecho como para despedirse de Lucía.

Y el reloj sonó bajo su abrigo.

Lucía se despertó.

—¡Ya ves cómo anda!—murmuró, cual si volviera de un largo sueño.

Sabido es que el último pensamiento de los moribun-



dos es una inquietud del tiempo; preguntan la hora á cada uso, como si presintieran que pronto oirán sonar la de la vida eterna.

Abelle fué cogido como un ladrón que ve á un gendarme.

—Espera,—añadió Lucía, haciéndole seña de que se apartase.—Déjame ver qué hora es.

Él obedeció á pesar suyo.

—¡Mi reloj! ¿Dónde está mi reloj?—exclamó Lucía.

Aquella mujer, que tal vez no hubiera vuelto á despertarse si no hubiera oído la campanilla del reloj, tuvo fuerzas para arrojarle de la cama y arrastrarse hasta la chimenea.

—¡Mi reloj, mi reloj!—repitió.

Estaba horrible. Su amante, asustado de sí mismo y de ella, asíóle de la mano para impedir que cayera.

Dios quiso que toda la luz se hiciese en el alma de Lucía, porque ésta vió su sortija en el dedo de Abelle.

—¡Qué has hecho!—le gritó.

Abrió sus grandes ojos, preguntándole con ellos si había tomado la prenda como un recuerdo de amor.

Pero los moribundos tienen la doble vista.

—¡Ha sido por su valor!—dijo.

Y se tapó los ojos, tambaleándose.

Abelle quiso impedir que se cayera; pero, en aquel movimiento, abrióse el makferlán, y Lucía vió el relojito.

—¡Ladrón!—exclamó.

Y cayó al decir esta palabra.

XIII

El espolazo

Carlos Abelle huyó lleno de espanto. No había calculado las consecuencias de su hazaña. Ni aun se le ocurrió pensar en lo que encerraba de miserable.

Había obedecido á aquel odioso amor al oro que le inspiraba su amor por la antigua doncella de Lucía.

Así es que, al huir, como mirara su acción frente á frente, como sintiera aún la terrible mirada de Lucía, tiró el reloj sobre un canapé y se precipitó, medio demente, fuera del hotel.

Al salir tropezó con Eugenio Deschamps.

Lucía había escrito la víspera á su primer amante para que fuera á despedirse de ella. Parecíale que Deschamps la llevaría un hálito de juventud.

Quería, por otra parte, darle un recuerdo si moría.

—¿Qué diablos tiene éste?—murmuró el pintor, al ver de aquel modo á Abelle.

Desde hacía mucho tiempo, esperaba una ocasión para decirle lo que de él pensaba; lo hizo de la manera más elocuentísima, levantando la mano como para pegarle un bofetón.

Carlos Abelle no se sintió indignado. Huyó aun más velozmente.

—¡Bueno! ¡Lo celebro!—dijo Eugenio Deschamps entrando en el vestíbulo.

Observó que en la casa reinaba gran desorden.

El amante oficial de Lucía no había sido el único en buscar botín.

El joven pintor no encontró allí alma viviente.

No creía á la joven tan enferma. Llamó á la puerta de la alcoba, aun cuando aquélla se hallara entornada.

Pasando de la viva luz á aquella semioscuridad, no vió al pronto sino negrura.

Poco á poco entrevió á Lucía agonizando á los pies de la cama. Se acercó á ella con un violento latido del corazón.

—¡Pobre joven!—dijo, viéndola en su último suspiro, ya blanca como la muerte.

Cogióle la mano, una mano helada.

—¡Lucía! ¡Lucía!—gritó, como si temiera no ser oído.

Lucía se ahogaba.

Le miró con ojos extraviados.

Y le rechazó al pronto, creyendo era Carlos Abelle.

—¡Lucía! ¡Lucía!—volvió á gritar Eugenio.

La ex comediante alzó la cabeza.

—¡Ah! ¡Eres tú!—murmuró, tratando de sonreír.

Le cogió la mano y atrájole hacia sí.

—¡Luego Dios me ha perdonado!—exclamó, buscando las palabras.

Fué menester aquella visita inesperada para que hiciese por vivir unos instantes más.

—¡Luego Dios me ha perdonado!—repitió.—Esperaba un sacerdote, á fin de no morir como un perro; mas tú rezarás por mí. ¡Ah! ¡Si supieras cómo te he amado! Dame aquel crucifijo.

Eugenio Deschamps tomó la imagen, que ofreció á los blancos labios de Lucía.

—¡Cuán bueno es amar á Dios!—dijo, juntando las manos.

Y, después de una pausa,
—Si tú hubieras querido, no habría yo sido la última de las mujeres. Hubiese vivido contigo, sirviéndote como una criada. Tú me condenaste á vivir y á morir como una mala hembra.

Eugenio Deschamps alzaba á Lucía entre sus brazos. Aun cuando tuviera la costumbre de no tomar nada en serio, dejó caer dos lágrimas sobre las manos de su exquerida.

Ésta sonrió amargamente.

—Sí, sí,—murmuró.—Vivirás por mí ahora que yo estoy muerta.

Y fueron éstas sus últimas palabras. Aquella sacudida la había rematado.

En vano la abrazó, en vano la habló Eugenio: su alma había huido.

—La verdad es, —dijo,—que bastaría un poco de amor para impedir que todas estas jóvenes fueran unas pérdidas; pero sería preciso encontrarlas y amarlas antes de que lo fueran.

Su bello escepticismo volvió á sus labios; despidióse de la muerta después de haber llamado á la doncella, y, por toda oración fúnebre, cuando hubo traspasado los umbrales del hotel de Lucía, púsose á cantar á media voz *La vuelta al mundo*, el vals que había bailado con Lucía la noche de su primer encuentro en el Elíseo Montmartre.

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

	Págs.
I.—Lo que cuesta un ramillete de cien sueldos.	5
II.—Retrato de Lucía.	13
III.—Un padre romano.	23
IV.—Noche de fiebre, día de fiebre.	26
V.—Del dinero al amor.	31
VI.—Una joven casadera.	36
VII.—La señorita Lucía rompe en sollozos.	41
VIII.—La lluvia de oro.	47
IX.—La familia.	49
X.—La vida privada está murada.	55
XI.—Las locuras de una butaca de orquesta.	58
XII.—El tren de placer.	66
XIII.—El testamento.	70
XIV.—El amor y la conciencia.	74
XV.—La tocadora de harpa.	76
XVI.—Del peligro de escribir cartas.	83
XVII.—En el que se ve que hay plumadas que son estocadas.	93
XVIII.—El marco negro de la dicha.	103
XIX.—El abismo rosado.	105
XX.—La decadencia del amor.	113
XXI.—La fiesta bajo el ciprés.	118
XXII.—El espectro del banquete.	121

LIBRO SEGUNDO

I.—¿Qué es la dicha?	131
II.—Por qué las cortesanas no tienen hijos.	135

Y, después de una pausa,
—Si tú hubieras querido, no habría yo sido la última de las mujeres. Hubiese vivido contigo, sirviéndote como una criada. Tú me condenaste á vivir y á morir como una mala hembra.

Eugenio Deschamps alzaba á Lucía entre sus brazos. Aun cuando tuviera la costumbre de no tomar nada en serio, dejó caer dos lágrimas sobre las manos de su exquerida.

Ésta sonrió amargamente.

—Sí, sí,—murmuró.—Vivirás por mí ahora que yo estoy muerta.

Y fueron éstas sus últimas palabras. Aquella sacudida la había rematado.

En vano la abrazó, en vano la habló Eugenio: su alma había huido.

—La verdad es, —dijo,—que bastaría un poco de amor para impedir que todas estas jóvenes fueran unas pérdidas; pero sería preciso encontrarlas y amarlas antes de que lo fueran.

Su bello escepticismo volvió á sus labios; despidióse de la muerta después de haber llamado á la doncella, y, por toda oración fúnebre, cuando hubo traspasado los umbrales del hotel de Lucía, púsose á cantar á media voz *La vuelta al mundo*, el vals que había bailado con Lucía la noche de su primer encuentro en el Elíseo Montmartre.

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

	Págs.
I.—Lo que cuesta un ramillete de cien sueldos.	5
II.—Retrato de Lucía.	13
III.—Un padre romano.	23
IV.—Noche de fiebre, día de fiebre.	26
V.—Del dinero al amor.	31
VI.—Una joven casadera.	36
VII.—La señorita Lucía rompe en sollozos.	41
VIII.—La lluvia de oro.	47
IX.—La familia.	49
X.—La vida privada está murada.	55
XI.—Las locuras de una butaca de orquesta.	58
XII.—El tren de placer.	66
XIII.—El testamento.	70
XIV.—El amor y la conciencia.	74
XV.—La tocadora de harpa.	76
XVI.—Del peligro de escribir cartas.	83
XVII.—En el que se ve que hay plumadas que son estocadas.	93
XVIII.—El marco negro de la dicha.	103
XIX.—El abismo rosado.	105
XX.—La decadencia del amor.	113
XXI.—La fiesta bajo el ciprés.	118
XXII.—El espectro del banquete.	121

LIBRO SEGUNDO

I.—¿Qué es la dicha?	131
II.—Por qué las cortesanas no tienen hijos.	135

	Págs.
III.—Un amante de corazón.	137
IV.—Un lindo esposo.	147
V.—Un buen príncipe.	152
VI.—Un duelo á primera sangre.	155
VII.—Deudas de juego y deudas de corazón.	161
VIII.—La señorita Treinta y seis Virtudes.	164
IX.—La pena del talión.	169
X.—Perfume de virtud en los umbrales de la corte- sana.	178
XI.—El ladrón y la muerte.	182
XII.—El reloj que marca las horas de amor.	191
XIII.—El espolazo.	194

GRAN ÉXITO

ROMA BAJO NERÓN

por I. J. KRASZEWSKI

Acaba de salir la 2.^a edición

Un tomo, 4 reales.

¡Obra de sensación y actualidad!

LOS HIJOS DEL PUEBLO

Historia de una familia de proletarios
á través de veinte siglos

por EUGENIO SUÉ

Se reparte por cuadernos de 32 páginas y lámina de
regalo al precio de 1 real.

EN PRENSA

CUENTOS AL OÍDO, por Armand Silvestre.

LA MODELO, por E. y J. de Goncourt.

LA PECADORA, por A. Houssaye.

